

Entre los libros de
la buena **MEMORIA**

Martín Vicente

De la refundación al ocaso
Los intelectuales liberal-conservadores
ante la última dictadura



FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

UNM
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Martín Vicente

De la refundación al ocaso
Los intelectuales liberal-conservadores
ante la última dictadura

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Umm
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por las instituciones editoras.

Corrección: Equipo editorial (UNaM)

Diseño gráfico: Andrés Espinosa (UNGS)

Diseño: D.C.V. Federico Banzato (FaHCE)

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

©2015 Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Misiones, Universidad Nacional de General Sarmiento

Colección Entre los libros de la buena memoria 3

Vicente, Martín

De la refundación al ocaso : los intelectuales liberal-conservadores ante la última dictadura / Vicente Martín. - 1a ed adaptada. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata; Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento; Posadas : Universidad Nacional de Misiones, 2015.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-34-1276-3

1. Dictadura Militar. I. Título.

CDD 323



Licencia Creative Commons 2.5 a menos que se indique lo contrario

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Nacional de Misiones y la Universidad Nacional de General Sarmiento promueven la Colección de e-books “Entre los libros de la buena memoria”, con el objeto de difundir trabajos de investigación originales e inéditos, producidos en el seno de Universidades nacionales y otros ámbitos académicos, centrados en temas de historia y memoria del pasado reciente.

La Colección se propone dar a conocer, bajo la modalidad "Acceso Abierto", los valiosos avances historiográficos registrados en dos de los campos de estudio con mayor desarrollo en los últimos años en nuestro país, como lo son los de la historia reciente y los estudios sobre memoria.

Colección Entre los libros de la buena memoria

Directores de la Colección

Gabriela Aguila (CONICET-UNR)

Jorge Cernadas (UNGS)

Emmanuel Kahan (CONICET-UNLP)

Comité Académico

Daniel Lvovich (UNGS-CONICET)

Patricia Funes (UBA-CONICET)

Patricia Flier (UNLP)

Yolanda Urquiza (UNaM)

Marina Franco (UNSAM-CONICET)

Silvina Jensen (UNS-CONICET)

Luciano Alonso (UNL)

Emilio Crenzel (UBA-CONICET-IDES)

Comité Editorial

Andrés Espinosa (UNGS)

Guillermo Banzato (UNLP-CONICET)

Claudio Zalazar (UNaM)

Índice

Introducción	9
Presencia del liberal-conservadurismo y sus intelectuales: un estado de la cuestión	12
Enfoque analítico	24
Primera parte	
Doble geografía: ideología y espacios intelectuales	35
Capítulo I. Orden y libertad. El liberal-conservadurismo como ideología	37
Los intelectuales y las ideologías	37
Círculos cuadrados: el liberal-conservadurismo	40
Capítulo II. El espacio liberal-conservador. Actores y trayectorias	53
El liberal-conservadurismo y la compatibilidad política ante el “Proceso”	53
Un balance: la generación descalza	78

Segunda parte.	
Del sueño refundacional a la pesadilla transicional	85
Capítulo III. La suma de los miedos. Entre la decadencia y la violencia.....	87
La decadencia argentina y la democracia de masas	87
Las pautas de la Guerra Fría: el monstruo interior	96
Capítulo IV. La refundación imaginada	115
Las elites frente a las masas: autopercepción intelectual y pro- yecto político	116
Las generaciones de la República	126
Capítulo V. El orden imposible.....	135
Institucionalizar “el espíritu del Proceso”: los diálogos del Ministerio del Interior.....	135
La economía como clave de transformación política: una decepción inmediata.....	145
Capítulo VI. El ocaso del "Proceso"	155
La democracia como Jano: los dos rostros de la transición.....	156
Historia y presente de una (otra) decepción nacional	169
Conclusiones generales	179
Fuentes y bibliografía	187
El autor	205

Introducción

El 24 de marzo de 1976 asistimos al reemplazo del gobierno nacional. La consecuencia viva de la demagogia y de la irresponsabilidad es sustituida por un gobierno impuesto e integrado por las Fuerzas Armadas. La historia le exige intentar la reversión de la larga decadencia argentina. Si este gobierno comprende que lo que vive es una decadencia y no una crisis, tendrá más perspectivas de éxito.¹

Las palabras del economista Ricardo Zinn, en su libro *La segunda fundación de la República* marcaban tres ejes sobre los cuales la intelectualidad liberal-conservadora argentina se colocaba ante la última dictadura, el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”. Esos ejes eran la interpretación decadentista de un devenir de la historia argentina como crisis, la apuesta por un gobierno ordenancista y refundacional llamado a quebrar dicho ciclo, y la asunción de que, sin embargo, no existía un final óptimo asegurado para la experiencia. El libro de Zinn, editado el mismo 1976 del golpe de Estado, era una obra programática que marcaba cómo la oportunidad procesista aparecía como posibilidad de quiebre de una larga decadencia nacional. Los intelectuales liberal-conservadores, que habían ascendido al espacio público a partir del derrocamiento del segundo gobierno de Juan Domingo Perón en 1955, habían atravesado los años siguientes viendo, al mismo tiempo, cómo sus

¹ Zinn, Ricardo (1976). *La segunda fundación de la República*. Buenos Aires: Pleamar, p. 40.

diversos proyectos (la desperonización popular, la refundación de una democracia republicana, la modernización elitista) fracasaban y cómo sus preguntas más hondas (la persistencia del populismo, la ausencia de una clase dirigente rectora, la aceptación social de un Estado desorbitado) quedaban sin respuesta. El golpe de Estado del 24 de marzo aglutinó, para estos intelectuales y pese a los reparos marcados por Zinn, diversas líneas interpretativas donde, sin embargo, el signo dominante fue el de la oportunidad refundacional inscrita en tal momento político, que marcó las intervenciones de estos autores una vez iniciada la dictadura, como continuación de posturas que, desde finales de los años sesenta y radicalizadas en la década siguiente, entendían la realidad nacional bajo una matriz decadentista.

Sobre finales del ciclo procesista, sin embargo, y por otra parte, el filósofo Jorge Luis García Venturini articulaba un paralelismo entre la situación que había abierto las puertas al retorno del peronismo al gobierno en 1973 (cuadro histórico que estos intelectuales entendían como límite) y la crisis del “Proceso” que se encaminaba hacia un nuevo retorno democrático. Señalaba que “(...) se han neutralizado la amenaza terrorista y la subversión armada, pero para lograr la paz y la ansiada unión de los argentinos nos resta erradicar la subversión de las ideas”.² Esa subversión de las ideas marcaba una derrota: el “Proceso” no había actuado como la experiencia de cambio pretendida por estos actores. Es decir, se había impuesto la advertencia del mismo Zinn. Las muy distintas realidades implicadas en la cita del economista y en la de García Venturini son ejemplos de los dos polos que marcaron las interpretaciones de estos autores ante la última dictadura: de la concepción refundacional al ocaso de dicha lectura, sin que ello dejara de lado el carácter realista de sus posiciones. ¿Qué ocurrió, entonces, en el plano de las intervenciones liberal-conservadoras, para que se pase de una posición a la otra? Ese es el interrogante que marca el proceder de esta investigación.

Este trabajo, se ocupa de los intelectuales liberal-conservadores argentinos ante la última dictadura, por medio de un conjunto

² García Venturini, Jorge Luis (1983c), “En el décimo aniversario”, *La Prensa*, Buenos Aires, 11 de marzo, p. 1.

representativo de catorce intelectuales: Álvaro Alsogaray, Alberto Benegas Lynch, Germán Bidart Campos, Horacio García Belsunce, Jorge Luis García Venturini, Mariano Grondona, Juan Segundo Linares Quintana, Mario Justo López, José Alfredo Martínez de Hoz, Víctor Massuh, Jaime Perriau, Ambrosio Romero Carranza, Carlos Sánchez Sañudo y Ricardo Zinn. La elección de estos actores obedece a un doble motivo. En primer lugar, el espacio vacante que el tema de los intelectuales liberal-conservadores posee aún en los estudios sobre intelectuales, por lo que optamos por un número amplio de autores. En segundo término, como se notará luego, los intelectuales aquí seleccionados implican un amplio abanico de trayectorias, las cuales componen figuras intelectuales que, aunque diversas, están unidas por muchos más vínculos que la ideología. Si señalamos que este libro trata a estos actores *ante* la última dictadura, se debe a que la preposición del título del trabajo ejemplifica el tipo de abordaje propuesto: *ante* la última dictadura implica que analizaremos a nuestro objeto de una manera determinada, diferente a las que implicaría hacerlo *durante* la dictadura (un enfoque centralmente cronológico de 1976 a 1983) o estudiar a los intelectuales liberal-conservadores *y* la última dictadura (que implicaría un análisis en cruce entre discursividades o acciones entre los actores intelectuales y gubernamentales). El modo elegido se atiene a las propias características del objeto: los intelectuales liberal-conservadores privilegiaron los modos de intervención ligados a lo doctrinario, interviniendo sobre la cotidianeidad de modos que ligaban a la alta teoría con los problemas del presente, elaborando articulaciones entre los tópicos puntuales de cada hora histórica con problemáticas propias de los planos filosóficos, ético-políticos o culturalistas. En tal sentido, estudiar a estos actores implica respetar la primacía de lo conceptual presente en sus intervenciones, reponiendo los diversos contextos intelectuales en los cuales sus intervenciones son inteligibles.

Antes de entrar en los detalles de nuestras coordenadas analíticas, es necesario establecer las coordenadas de lectura que el objeto que nos ocupa posee en las investigaciones previas. Los trabajos

atinentes a los actores liberal-conservadores son tan escasos como dispares, por lo cual no conforman un *corpus* analítico tal como, en otros sectores de las derechas, lo componen los trabajos sobre el nacionalismo de la década de 1930 o el neoliberalismo de 1990, o como ocurre, para otros sectores de la intelectualidad, con los intelectuales de izquierda en la década de 1960 o la profesionalización de las ciencias sociales en ese mismo período.³ Esta obturación retrospectiva de actores muy destacados en su contexto, empero, ha comenzado a revertirse mínimamente en los últimos años, en consonancia con un proceso de ampliación de los trabajos sobre intelectuales en el período que nos ocupa. Por lo tanto, antes de abordar las pautas del enfoque con el cual abordamos nuestro objeto, presentaremos un estado de la cuestión con la presencia del concepto liberal-conservadurismo y el abordaje de nuestros intelectuales en investigaciones previas.

Presencia del liberal-conservadurismo y sus intelectuales: un estado de la cuestión

Este libro propone tener en cuenta las transformaciones operadas en la bibliografía sobre las derechas y sobre los intelectuales

³ Entre los trabajos más importantes: para el nacionalismo, Lvovich, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Javier Vergara; Devoto, Fernando (2006), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI; Echeverría, Olga (2009), *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. Rosario: Prohistoria. Para el neoliberalismo: Heredia, Mariana (2007), *Les metamorphoses de la representation. Les économistes et le politique en Argentine (1975-2001)*. Paris, EHESS, mimeo; Morresi, Sergio (2008), *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*. Los Polvorines: UNGS - Biblioteca Nacional; Pucciarelli, Alfredo (Coord.) (2011), *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI. Sobre los intelectuales de izquierda: Burgos, Raúl (2004), *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI; Georgieff, Guillermina (2008), *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*. Buenos Aires: Prometeo; Ponza, Pablo (2010), *Intelectuales y violencia política. 1955-1973*. Córdoba: Babel. Sobre las Ciencias Sociales: Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (2004), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós. Blanco, Alejandro (2006), *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

durante el período que se contempla, y para ello se remitirá su presentación a una serie de trabajos que, a fines analíticos, separamos en dos partes. Por un lado, los estudios que utilizan el concepto liberal-conservadurismo dentro del contexto histórico aquí analizado, y por otro, aquellos que se enfocan sobre los actores presentes en nuestro universo de análisis. Atenderemos el primer caso de manera más detallada y prolongada y el segundo de modo más breve.⁴

En 1995, en un trabajo señero y no exento de problemas, Iván Llamazares Valduviego se preguntaba por los modos en los cuales la tradición liberal aparecía como “configuración específica” en los actores liberal-conservadores en la Argentina contemporánea.⁵ El politólogo se enfocaba en el análisis de dos casos representativos, Federico Pinedo y Álvaro Alsogaray, para estudiar las transformaciones que la experiencia peronista produjo en el liberalismo argentino. Para el autor, el decenio justicialista implicó en el espacio liberal la “radicalización o profundización” del ideario liberal y su articulación con el conservadurismo, sea por las lecturas nostálgicas del ciclo 1880-1916, como en el caso de Pinedo, o por las diversas propuestas de Alsogaray de articular liberalismo económico con vertientes como la Doctrina Social de la Iglesia Católica o la Economía Social de Mercado. Para Llamazares Valduviego, sin embargo, una serie de puntos separaban a un intelectual del otro, y marcan las transformaciones del liberal-conservadurismo local: mientras que en Pinedo el autor detectaba una clara impronta republicana articulada con liberalismo, en Alsogaray hallaba la identificación del liberalismo económico con el orden social. El artículo, lamentablemente poco retomado por análisis posteriores, posee, no obstante, una serie de problemas devenidos de la propia comparación que lo vertebraba: en efecto, pese a ciertos rasgos comunes (interés en la eco-

⁴ Al cierre de este trabajo, se editó un importante libro: Nallim, Jorge (2014), *Transformación y crisis del liberalismo. Su desarrollo en la Argentina en el período 1930-1955*. Buenos Aires: Gedisa. El trabajo reformula la investigación doctoral citada a lo largo de esta investigación.

⁵ Llamazares Valduviego, Iván (1995), “Las transformaciones ideológicas del pensamiento liberal-conservador en la Argentina contemporánea: un examen del pensamiento político de Federico Pinedo y Álvaro Alsogaray”. En *América Latina Hoy*, n° 12, diciembre 1995, Salamanca, pp. 143-154.

nomía, tránsito desde posturas heterodoxas a un liberalismo clásico, articulación entre política e intelectualidad), Pinedo y Alsogaray aparecen como actores muy disímiles, lo que lleva a que la comparación tenga muchos puntos en blanco por la no coincidencia entre los actores, tanto en los temas abordados como en las lecturas propuestas. Por otra parte, el trabajo de Llamazares Valduviego se cierra con una serie de reflexiones teóricas que, por el problema recién mencionado, pierden la necesaria articulación con el análisis de los actores escogidos.⁶

Pocos años después, Mariana Heredia publicaba “La identificación del enemigo. La ideología liberal conservadora frente a los conflictos sociales y políticos en los años sesenta” y “Política y liberalismo conservador a través de las editoriales de la prensa tradicional en los años 70 y 90”.⁷ A diferencia de Llamazares Valduviego, quien prefiere analizar a los actores escogidos e ingresar luego en el plano teórico, la socióloga, en el primero de ellos, partía de entender al liberal-conservadurismo como parte de las derechas y de abordarlo como:

matriz que, en defensa de la libertad y la propiedad privada, postuló a la Constitución de 1853 como ley suprema, sostuvo que sus modificaciones podían ser sólo graduales y progresivas y recusó cualquier opción política que alejara al país del mundo “occidental y cristiano”. Esta concepción enfatiza la unidad nacional, subsumiéndola a algún principio superior tal como la patria, la tradición o el bien común. Si bien se permite

⁶ Puede verse nuestro abordaje a la figura de Pinedo, el rol del ideario liberal-conservador y las pautas que separaban las reflexiones de este actor del posterior liberal-conservadurismo posperonista. Vicente, Martín (2013), “Los furiosos de una demagogia destructora: sociedad de masas, liderazgo político y Estado en la trayectoria político-intelectual de Federico Pinedo”. En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, actualización julio 2013, París, pp. 1-19.

⁷ Heredia, Mariana (2000), “La identificación del enemigo. La ideología liberal-conservadora frente a los conflictos sociales y políticos en los años sesenta”, En *Sociohistórica*, n° 8, segundo semestre 2000, La Plata, pp. 83-111. Heredia, Mariana (2002), “Política y liberalismo conservador a través de las editoriales de la prensa tradicional en los años '70 y '90”. En Levy, Betina (Comp.). *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 57-109.

incorporar una mirada crítica, intenta reforzar los mecanismos de autoridad y orden que rigen una sociedad.

A partir de tal definición, de carácter casi minimalista, Heredia realizaba un importante aporte a la historia política del liberal-conservadurismo en la Argentina, poniendo énfasis en el análisis cronológico. Al estudiar cómo, desde tal espacio, se analizaba la realidad nacional, el artículo mostraba las maneras en las cuales las argumentaciones doctrinarias se articulaban con la hora histórica, es decir, los modos en los cuales la ideología liberal-conservadora actuaba de modo dinámico en su tiempo, así:

la “nostalgia por el orden perdido” y la apelación a los hitos fundantes de la República, rasgos distintivos del pensamiento liberal local, no constituyeron una fuga resignada hacia el pasado sino, muy por el contrario, un soporte de legitimidad y una fuente de inspiración destinada a poner de manifiesto los errores de sus rivales.

Precisamente, el carácter agonal que Heredia señalaba en el liberal-conservadurismo nacional es un eje clave para otro trabajo de su autoría, el mencionado “Política y liberalismo conservador a través de las editoriales de la prensa tradicional en los años 70 y 90”. En efecto, allí la autora destacaba:

En los años 70, este discurso estaba a la defensiva frente a una sociedad movilizadora en la cual ciertos sectores pretendían no ya distribuir más igualitariamente las riquezas del país sino cuestionar las bases mismas de la organización social. Veinte años más tarde, sus postulados han sido obedecidos aún por sus antagonistas de ayer, sembrando apoyo incluso en los sectores más perjudicados⁸.

⁸ Heredia, Mariana (2002), “Política y liberalismo...”, Op. Cit., p. 58.

El paso de una estrategia de confrontación a una preeminencia equiparable al concepto gramsciano de *hegemonía*,⁹ marcaba tanto las transformaciones del lugar que el liberal-conservadurismo ocupó en la sociedad como dos momentos claramente diferenciados para analizar la construcción de dicho sitio, algo que se verá, si bien bajo otros enfoques, en nuestro libro. Otros trabajos de Heredia, ya no centrados en el concepto liberal-conservadurismo, son especialmente relevantes como aportes, entre ellos sus abordajes a los “centros de investigación y diseño de políticas” durante el “Proceso de Reorganización Nacional”¹⁰ y su extenso estudio doctoral sobre “las metamorfosis de la representación” implicadas en la progresiva centralización de los economistas en la sociedad argentina.¹¹

Emiliano Álvarez, por su parte, ha utilizado el concepto liberal-conservadurismo en su artículo “Los intelectuales del ‘Proceso’”. Una aproximación a la trama intelectual de la última dictadura militar”.¹² Allí, el sociólogo analizaba las ideas del Grupo Azcuénaga, el encuentro internacional “Diálogo de las culturas” orquestado por Víctor Massuh en 1977, y la revista *Carta Política*, orientada por Mariano Grondona, actor partícipe de reuniones del grupo.¹³ Para el autor, se trataba de analizar cómo “la vieja ideología nacionalista” se articuló con el ideario procesista, las relaciones del mundo cultural con el “Proceso” y el efecto modernizador en el pensamiento conservador. Si bien Álvarez no partía de definiciones teóricas del concepto liberal-conservadurismo, su trabajo mostraba interés en comprender las distintas instancias en las cuales este idea-

⁹ Gramsci, Antonio (2006), *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.

¹⁰ Heredia, Mariana (2004), “El proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA”. En Pucciarelli, Alfredo (Coord.). *Empresarios, tecnócratas y militares...* Op. Cit., pp. 313-382.

¹¹ Heredia, Mariana (2007), *Les metamorphoses de la representation...* Op. Cit.

¹² Álvarez, Emiliano (2007), “Los intelectuales del ‘Proceso’”. Una aproximación a la trama intelectual de la última dictadura militar”. En *Políticas de la Memoria* n° 6/7, Buenos Aires, pp. 79-86.

¹³ *Carta Política* había sido objeto de un artículo bajo un enfoque similar durante el mismo “Proceso”, en De Ípola, Emilio y De Ríz, Liliana (1982), “Un juego de cartas políticas. Intelectuales y discurso autoritario en la Argentina actual”. En Camacho, Daniel (et. al.), *América Latina: ideología y cultura*. San José: Flacso, pp. 84-112.

rio y los actores que lo promovieron formaban parte de una serie de articulaciones en los espacios de las derechas. Dicho enfoque aparecía como clave, ese mismo año, en los primeros trabajos de Sergio Morresi y los nuestros propios.

Dentro de esta línea, la serie de trabajos más ligados a los que hemos desarrollado son los de Sergio Morresi quien, al igual que Heredia, parte en ellos de una preocupación por las transformaciones del liberalismo y la paulatina centralidad del neoliberalismo en la Argentina.¹⁴ En ese sentido, dos líneas convergentes marcan las intervenciones del autor: por un lado, sus estudios sobre la recepción del neoliberalismo en el país, que se puede apreciar en trabajos como su artículo “Neoliberales antes del neoliberalismo”,¹⁵ donde Morresi ha estudiado cómo el neoliberalismo apareció en actores como Alsogaray y Alberto Benegas Lynch. Allí, el politólogo elegía debatir las lecturas que entienden al “Proceso” como ingreso del neoliberalismo en el país, y al mismo tiempo retomar y criticar algunos de los aportes de autores presentes en este estado de la cuestión, como Heredia y Gastón Beltrán. Bajo tal enfoque, es destacable también su artículo “Las raíces del neoliberalismo argentino (1930-1985)”,¹⁶ que prolonga la escala de estudio del ingreso y la circulación del ideario neoliberal, estudiando sus articulaciones con el liberalismo-conservador de actores del Grupo como José Alfredo Martínez de Hoz y Jaime Perriau. Allí también aparecen Benegas Lynch y Alsogaray como actores claves en la recepción neoliberal, junto con Carlos Sánchez Sañudo y Ricardo Zinn. Morresi cerraba tal trabajo con lo que aparece como su clave de lectura en la con-

¹⁴ Los trabajos de Morresi comenzaron a editarse en 2007, lo mismo que los nuestros, si bien nuestras trayectorias nos colocaban en planos muy distintos: mientras en los análisis del politólogo se trataba de publicaciones posdoctorales, en nuestro caso eran los primeros resultados de un trabajo de Maestría. Al mismo tiempo, Morresi se interesó primeramente por el neoliberalismo, llegando de allí al liberal-conservadurismo, mientras que en nuestro caso el plano central fue el análisis de los intelectuales liberal-conservadores.

¹⁵ Morresi, Sergio (2007), “Neoliberales antes del neoliberalismo”. En Soprano, Germán y Frederic, Sabina (Orgs.). *Construcción de escalas en el estudio de la política*. Buenos Aires - Los Polvorines: Prometeo - UNGS, pp. 321-350.

¹⁶ Morresi, Sergio (2011), “Las raíces del neoliberalismo argentino (1930-1985)”. En Rossi, Miguel y López, Andrea, *Crisis y metamorfosis del Estado argentino. El paradigma neoliberal de los noventa*. Buenos Aires: Luxemburg, pp. 47-69.

cepción de tales autores sobre la democracia, una vez restablecida en 1983, “la democracia podía continuar, siempre y cuando se mantuviese dentro de los límites que le marcara el mercado”.¹⁷

Por otro lado, la lectura de Morresi se extendió a las relaciones del ideario liberal-conservador con la última dictadura y la actuación de intelectuales como los mencionados Benegas Lynch, Perrioux y Zinn.¹⁸ Para el autor, resulta central comprender que el eje liberal-conservador actuó como articulador de los diversos sectores que compusieron la experiencia procesista. Como se verá a lo largo de este trabajo, compartimos dicha lectura, pero al mismo tiempo marcamos una serie de puntos que complejizan el diagnóstico. Entre los trabajos de Morresi, además, debe considerarse su breve libro *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*,¹⁹ donde convergen ambas líneas de análisis. Allí, el politólogo partía de la premisa de que la derecha argentina se remozó a partir de 1983:

Esta “nueva derecha” (...) ha ido rompiendo los lazos (cada vez más frágiles) que la unían a las tradiciones nacionalistas y más ranciamente conservadoras, lo que le permitió adoptar –y refinar– un ideario coherente y sistemático, conocido popularmente como neoliberalismo. Sin embargo, los rasgos que distinguen a esta nueva derecha (o derecha neoliberal) no deben ocultarnos que sus orígenes están en la vieja derecha, con la que compartió ideas, hombres, planes y gobiernos en más de una ocasión.²⁰

Morresi volvía aquí tanto sobre la recepción neoliberal en Benegas Lynch, Martínez de Hoz y Alsogaray como en el rol del liberal-conservadurismo durante el “Proceso”, con Perrioux y Zinn

¹⁷ Idem, p. 68.

¹⁸ Morresi, Sergio (2009), “Los compañeros de ruta del Proceso. El diálogo político entre las Fuerzas Armadas y los intelectuales liberal-conservadores”. Trabajo presentado en las *XII Jornadas Interescuelas de Historia*, Bariloche. Morresi, Sergio (2010), “El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional”. En *Sociohistórica* n° 27, La Plata, pp. 103-135.

¹⁹ Morresi, Sergio (2008), *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*. Los Polvorines: UNGS - Biblioteca Nacional.

²⁰ Idem, p. 9.

como ejemplos. Para el autor, ambas líneas se entramaron para marcar las bases de esa nueva derecha vernácula. Los trabajos de Morresi, en síntesis, aparecen como material para un diálogo permanente con este libro, como se verá luego, tanto en coincidencia como en polémica.

El segundo grupo de estudios lo componen los trabajos que, sin apelar al concepto liberal-conservadurismo, se detienen sobre actores presentes en este estudio. Ya durante el “Proceso”, Adolfo Canitrot (1980) se ocupó de una lectura en clave política del plan económico del ministro José Alfredo Martínez de Hoz.²¹ Para el autor, se trataba de un “plan económico como proyecto político” de tipo ordenancista (caracterizado bajo la idea de “disciplinamiento”) que implicaba el eje del plan dictatorial. “Su objetivo de largo plazo era producir una transformación completa en el funcionamiento de la sociedad argentina tal que fuera imposible la repetición del populismo y de las experiencias subversivas del primer quinquenio de la década del ‘70’.”²² También Schvarzer, Novaro y Palermo y Canelo han sostenido lecturas del mismo calibre centradas en la politicidad de las pautas económicas, mientras los mencionados trabajos de Morresi han hecho hincapié en la faceta ideológica.²³ De todos ellos, es el de Schvarzer el más detallado en términos de análisis sobre el plan del intelectual liberal-conservador. Dentro de estos estudios interesados en la economía, en 2005, Gastón Beltrán editaba *Los intelectuales liberales*,²⁴ un trabajo que analizaba las figuras de Álvaro Alsogaray y Domingo Cavallo como representantes de dos líneas de la intelectualidad liberal, la “tradicional” y la “pragmática”, respectivamente. Al igual que los trabajos de Heredia, el breve

²¹ Canitrot, Alfredo (1980), “La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976”. En *Desarrollo Económico*, vol. XIX, n° 76, enero-marzo 1980, Buenos Aires, pp. 453-475.

²² Idem, p. 10.

²³ Schvarzer, Jorge (1986), *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires: Hyspamerica. Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003), *La dictadura militar argentina. 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós. Canelo, Paula (2008a), *El proceso en su laberinto. La interna militar, de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo – IDAES – UNSAM.

²⁴ Beltrán, Gastón (2005), *Los intelectuales liberales. Poder tradicional y poder pragmático en la Argentina reciente*. Buenos Aires: EUDEBA – Libros del Rojas.

libro, que reformulaba partes de una Tesis de Maestría, partía de la preocupación por las transformaciones del liberalismo, centrándose en los economistas. Allí, también José Alfredo Martínez de Hoz aparecía categorizado como un intelectual tradicional. En su estudio, Beltrán partía de diferenciar ambas categorías de actores tanto por sus trayectorias como por las particulares maneras en las que la ideología liberal se expresaba en cada uno. Por ello, Beltrán entendía que era clave analizar la serie de problemáticas que atravesaban al espacio liberal y que, en sus palabras, implicaba un enfrentamiento: “tradicionales vs. pragmáticos”.²⁵ Para el sociólogo, entonces, si bien el clivaje era la clave de lectura de las intervenciones de dos generaciones bien diferenciadas, no se debía, por ello, dejar de lado que al mismo tiempo existieron divergencias con otros espacios con los cuales estos autores podían compartir rasgos.²⁶

Precisamente, el plano de los clivajes es destacable en los análisis de Paula Canelo sobre la relación de intelectuales presentes en nuestra investigación y la experiencia procesista. En su libro *El Proceso en su laberinto*²⁷ la autora dedica gran parte de su análisis a comprender la actuación de Martínez de Hoz al frente de la cartera económica y las problemáticas en torno a su programa, así como el sitio que este ocupó en el clivaje interno dictatorial. En su artículo “Las dos almas del Proceso. Nacionalistas y liberales durante la última dictadura militar argentina (1976-1981)”,²⁸ por su parte, la autora opta por dividir al ala liberal en “tradicionales” y “tecnocráticos”. Perriaux y Alsogaray son parte de su análisis, además, de los intelectuales ligados al ciclo dictatorial. Estos trabajos de Canelo permiten abordar no sólo el complejo faccionalismo presente en la última dictadura, sino hacerlo a través de las ópticas de las diversas expresiones derechistas presentes, lo que marca una serie de tensio-

²⁵ Idem, pp. 45-56.

²⁶ La lamentable muerte de Beltrán en 2013 nos ha privado de conocer cómo hubieran proseguido sus estudios sobre las interpretaciones de diversos actores económicos y del influjo del neoliberalismo luego de 1983.

²⁷ Canelo, Paula (2008a), *El Proceso en su laberinto...* Op. Cit.

²⁸ Canelo, Paula (2008b), “Las dos almas del Proceso. Nacionalistas y liberales durante la última dictadura militar argentina (1976-1981)”. En *Páginas* 1, Rosario, pp. 69-86.

nes que este libro recorre, si bien de modos muy distintos. De tal manera, no sólo pueden verse allí los conflictos entre nacionalismo y liberalismo, e, incluso, ciertas convergencias, sino las problemáticas asociadas a las pujas al interior del propio espacio liberal, algo que aquí marcaremos también, en nuestro caso por medio de la apelación a las complejas instancias en las cuales los intelectuales liberal-conservadores asumían el ascenso del neoliberalismo. En este sentido, la socióloga discutía en dichos trabajos las interpretaciones de la dictadura como “la encarnación de un poder absoluto” así como de una expresión plena “del liberalismo más recalcitrante, o, indistintamente, del pensamiento neoliberal”,²⁹ operación clave para ciertos pasajes de nuestro trabajo.

Desde otra perspectiva de abordaje de estos autores, aparecen los trabajos de José Zanca sobre la intelectualidad católica. Especialmente en sus dos libros, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad* y *El humanismo católico en la Argentina*,³⁰ el historiador aborda, entre otros, al “catolicismo liberal”, y entre los actores que ocupan sus análisis aparecen Ambrosio Romero Carranza (en un plano central en el segundo de los trabajos) y, muy brevemente, Jorge Luis García Venturini. Los aportes del autor resultan claves en tanto sus dos obras permiten no sólo reposicionar las relaciones entre la tradición liberal y la fe católica, sino que al hacerlo desde el rol de una nueva generación de intelectuales en el primero de los libros y desde la recepción de la renovación católica en el segundo, abre espacios escasamente estudiados y que, como se verá a lo largo de este libro, implican puntos analíticos de importancia clave para comprender a nuestros intelectuales en un plano que en general ha sido muy poco atendido.

Debemos destacar en esta línea de abordaje a autores particulares la biografía de la familia Alsogaray escrita por los periodistas

²⁹ Idem, pp. 83-84.

³⁰ Zanca, José (2006), *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad. 1955-1966*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Zanca, José (2013), *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Fabián Doman y Martín Olivera,³¹ que si bien se centra en los años posteriores a 1983, expone detalles de interés sobre el economista y figuras como Carlos Sánchez Sañudo y Ricardo Zinn. También sobre este autor del grupo hay importantes datos en el trabajo de Cerruti.³² La biografía de Mariano Grondona escrita por Martín Sivak,³³ por su parte, es detallada y se detiene tanto en la trayectoria como en las intervenciones del intelectual. Grondona mismo ha sido objeto de abordajes en tanto columnista político: Daniel Mazzei³⁴ se ha enfocado en sus columnas en la publicación *Primera Plana*, las cuales interpretó en términos de golpismo contra el gobierno de Arturo Illia.

Finalmente, vale la pena mencionar una serie variopinta de trabajos que, desde los registros del ensayo polémico y la investigación periodística, abordan a algunos de nuestros actores. En la primera de las líneas de abordaje, Oscar Terán y Carlos Correas han dedicado intervenciones sobre la figura de Víctor Massuh durante la década de 1980. En su artículo “El error Massuh”,³⁵ Terán se ha centrado en las concepciones que el autor desplegó en el *best-seller* editado durante la última dictadura, *La Argentina como sentimiento*, mientras que Correas dedicó gran parte de su ensayo *La manía argentina*³⁶ a la figura y la filosofía del autor tucumano. En ambos casos, se trata de escritos que, centralmente, unen las concepciones de Massuh con las de la experiencia dictatorial y destacan la lectura elitista del filósofo, si bien Terán proponía centralmente rediscutir los planteos de Massuh de cara a la transición democrática y Correas prefería un análisis basado en las refutaciones de todo tipo. En el mismo sentido, también la investigación periodística de Vicente

³¹ Doman, Fabián y Olivera, Martín (1989), *Los Alsogaray. Secretos de una dinastía*. Buenos Aires: Aguilar.

³² Cerruti, Gabriela (2010), *El pibe. Negocios, intrigas y secretos de Mauricio Macri, el hombre que quiere ser presidente*. Buenos Aires: Planeta.

³³ Sivak, Martín (2004), *El Doctor. Biografía no autorizada de Mariano Grondona*. Buenos Aires: Aguilar.

³⁴ Mazzei, Daniel (1997), *Medios de comunicación y golpismo. El derrocamiento de Illia (1966)*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.

³⁵ Terán, Oscar (1983), “El error Massuh”. En *Punto de Vista* 17, abril-julio, Buenos Aires, pp. 4-7.

³⁶ Correas, Carlos (2011), *La manía argentina*. Los Polvorines: UNGS.

Muleiro 1976. *El golpe civil*,³⁷ se encargaba de estudiar, con distintos grados de detalle, las vinculaciones de actores como Alberto Benegas Lynch, Horacio García Belsunce, Jorge Luis García Venturini, Mariano Grondona, José Martínez de Hoz, Jaime Perriau, Ambrosio Romero Carranza, Carlos Sánchez Sañudo, Ricardo Zinn con diversos “clubes” intelectuales que convergieron en el “Proceso”. El autor ya había abordado brevemente al Grupo Azcuénaga en su trabajo biográfico sobre Jorge Videla, *El dictador*.³⁸ Tal libro, escrito con María Seoane, retomaba a su vez las coordenadas sobre el Grupo planteadas por Jorge Túrolo, quien en *De Isabel a Videla*³⁹ aportaba información testimonial sobre el rol de estos actores en torno a la última dictadura, precisamente un enfoque muy presente en trabajos periodísticos. Una obra previa, de características más generales, fue la de Norberto Baruch Bertocchi, *La cara civil de los golpes de Estado*,⁴⁰ también tendiente a abordar las relaciones de muchos de nuestros actores con el golpe de 1976. Allí se abordaba, de modo muy sucinto, a las figuras de Álvaro Alsogaray, Alberto Benegas Lynch, Jorge L. García Venturini, Juan S. Linares Quintana y Mario Justo López.

Del conjunto de trabajos reseñados, pese a sus diferencias, deben destacarse dos ejes, con sus respectivos aportes y ausencias. En primer lugar, una cuestión cronológica, en torno del lugar central que la década de 1970 ocupó en los análisis, especialmente por el sitio que en ellos se ha dedicado al “Proceso de Reorganización Nacional”. Ello ha permitido conocer tanto el desarrollo de trayectorias de los intelectuales liberal-conservadores como sus intervenciones en esos años, por lo cual el estado del conocimiento sobre aquellos años es particularmente avanzado. Pero, por otro lado, ello ha impedido conocer con mayor detalle las intervenciones intelectuales de estos actores en años previos y posteriores: fenómenos como la caída del

³⁷ Muleiro, Vicente (2011), *1976. El golpe civil*. Buenos Aires: Planeta.

³⁸ Seoane, María y Muleiro, Vicente (2001), *El Dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: Sudamericana.

³⁹ Túrolo, Carlos (1996), *De Isabel a Videla. Los pliegues del poder*. Buenos Aires: Sudamericana.

⁴⁰ Baruch Bertocchi, Norberto (1988), *La cara civil de los golpes de Estado*. Buenos Aires: Editorial Galerna.

peronismo en 1955, la alternancia entre democracia limitada y dictaduras, la modernización de la década de 1960, los años de expansión de la violencia política, entre otros, han quedado mayormente afuera de tales consideraciones. En parte, Heredia, Morresi y Zanca son excepciones a esta ausencia. En segundo término, una clave teórica, en tanto es notorio el modo amplio en que en la mayoría de los trabajos utiliza el concepto liberal-conservadurismo separándolo de la derecha nacionalista o bien parte de la idea generalista de usar el concepto genérico de derecha/s. Ello ha aportado un importante núcleo de conocimiento sobre el rol de estos intelectuales en el amplio espacio derechista, pero sin abordar una serie de ejes y límites presentes en la definición del liberal-conservadurismo, lo que significa una fuerte presencia del uso de categorías generalistas o bien de usos conceptuales laxos. En los trabajos de Morresi, contrariamente, sí aparece esta operación conceptual, e inclusive el autor critica esta ausencia en los trabajos de Álvarez, Beltrán y Heredia. Finalmente, relacionado con la fuerte presencia de esos ejes, aquí proponemos centrarnos en una lectura en tres planos: las relaciones ideológicas al interior del espacio liberal, las pujas políticas de cada momento histórico y los propios debates al interior de las derechas. Ello implica asumir una serie de pautas en torno al ideario y los actores objeto del estudio, como explicamos a continuación, en pos de un análisis de la intelectualidad liberal-conservadora capaz de retomar, reformular, complejizar y ampliar los aportes de estos trabajos.

Enfoque analítico

Este libro es un estudio cualitativo que procede utilizando insumos analíticos de órbitas muy diversas, entre ellas la historia político-intelectual, la sociología de los intelectuales, la teoría política, la historia política. Abordar una ideología tal como ha sido puesta en acto por un conjunto amplio y multiforme de actores no es, consideramos, tarea para un modelo uniforme ni unívoco, pues en la multiplicidad de herramientas nuestro enfoque encuentra uno de los puntos centrales de su construcción. Estudiar a los intelectuales

liberal-conservadores implica hacerlo en torno a tres ejes, que tanto pueden moverse en cruces de unión u oposición como independizarse en movimientos de ruptura. El primero de los planos es el ideológico, pues las intervenciones de estos intelectuales se construyeron desde la centralidad de la identidad política de los actores, quienes forjaron sus figuras con notorios trazos doctrinarios, precisamente en momentos de una compleja renovación del liberalismo, en general asimilable a las corrientes neoliberales, y de erección de un liberal-conservadurismo de nuevo cuño, en nuestro caso con una articulación en torno al momento procesista como clave. En tal sentido, la tradición liberal debe ser entendida como la gran línea que otorga inteligibilidad, con la vertiente liberal-conservadora como foco desde el cual las propias alternativas de las diversas formas liberales eran interpretadas. El segundo de los planos remite a las pujas del tiempo político, en tanto las operaciones intelectuales estaban destinadas a impactar sobre la realidad inmediata, como partes de debates presentes en la hora histórica de cada intervención. Al mismo tiempo, este plano es el que ponía en acto al anterior: si bien el cariz doctrinario de los intelectuales liberal-conservadores es claro, este se entramó en diálogos y pujas con su marco inmediato: qué forma adquirieron las intervenciones ideológicas, marcada por una tradición de pensamiento, fue un proceso determinado por un contexto histórico inmediato. Finalmente, debe tenerse en cuenta el peso de los debates al interior de los espacios de las derechas, en tanto el mismo cariz doctrinario como las pujas del ciclo aquí cubierto se completaban como operaciones en torno al proceso de construcción de la preeminencia del liberal-conservadurismo en el espacio de las derechas nacionales, proceso donde pujó contra las derechas nacionalistas al principio, donde conformó gramáticas de amplio rango y donde también dio cuenta de la renovación neoliberal. Este plano completa los anteriores en tanto la doctrina y el contexto temporal deben entenderse en tensión: lejos de representar posiciones extremas o radicales que se definirían por oposición ple-

na, las intervenciones liberal-conservadoras terminan por adquirir con este entramado su sitio en este triple contexto.⁴¹

Dichos ejes, por lo tanto, configuran un marco tripartito que, por sus mismas características, complejiza el plano histórico en el cual se inscribían las intervenciones de nuestros actores. Las propias características con las cuales los intelectuales liberal-conservadores expresaron sus construcciones ideológicas y lecturas nos lleva, sin embargo, a que debamos privilegiar un plano conceptual a la hora de interpretarlas: en efecto, los grandes tópicos ideológicos, ético-políticos, culturalistas, eran los configuradores de los discursos de estos actores, al punto que, aún cuando transigieran referirse al presente inmediato e incluso cuando se trataba de claras intervenciones de puja política inmediata, privilegiaban la alta teoría o los esquemas modélicos. En ese esquema que acabamos de mencionar, apareció una de las características más notorias de estos intelectuales, en tanto los mencionados tres planos sobre los cuales interpretamos las intervenciones liberal-conservadoras aparecieron representados centralmente como formulaciones conceptuales y, ligado a ellas, luego como actuando en tópicos puntuales. Por ello mismo, damos un especial espacio a las citas prolongadas de los autores que analizamos, a fines de captar las especiales inflexiones, expresiones y modos argumentativos propios de estos autores, en tanto modo de plasmar cómo se hicieron presentes sus intervenciones intelectuales en el triple eje analítico que proponemos. Elías Palti ha marcado, sobre los lenguajes políticos, una serie de problemáticas que deben tenerse en cuenta a la hora de este tipo de abordajes:

⁴¹ En ese sentido, por ejemplo, en estudios sobre principios del siglo XX el foco en las posiciones radicalizadas permite a McGee Deutsch leer a las derechas extremas desde lógicas opositivas, en McGee Deutsch, Sandra (2005), *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939*. Bernal: UNQ. Lvovich interpreta el nacionalismo de la misma época desde el peso del antisemitismo. Bohoslavsky ha colocado el análisis desde el peso del conspiracionismo, en Bohoslavsky, Ernesto (2009), *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires, Prometeo. Descentrar el análisis de las posturas radicales, por su parte, permite en el citado trabajo de Devoto interpretar la supeditación de las diversas derechas al liberalismo, y en el citado de Echeverría encontrar puntos de confluencia entre los nacionalistas autoritarios y el liberal-conservadurismo.

Un lenguaje político no es un conjunto de ideas o conceptos, sino un modo característico de producirlos. Para reconstruir el lenguaje político de un período no basta, pues, con analizar los cambios de sentido que sufren las distintas categorías, sino que es necesario penetrar la lógica que las articula, cómo se compone el sistema de sus relaciones recíprocas.⁴²

En tal sentido, las intervenciones del discurso ideológico, en este caso el de los intelectuales liberal-conservadores, aparece como parte del lenguaje político de su tiempo, en tanto es una de las voces, uno de los vocablos, que lo conforman. Por ello mismo, no buscamos trazar la totalidad de caminos que han recorrido los conceptos vertebradores de las ideas de los intelectuales del liberal-conservadurismo argentino, lo cual implicaría una serie de operaciones que llevarían a este trabajo a analizar permanentemente, entre otros focos, todas las definiciones, inflexiones y características que presentase cada concepto en cada uno de los intelectuales aquí estudiados y en cada una de las intervenciones por ellos realizada. O bien las relaciones que cada una de las instancias en que cada concepto se presentase pudiera establecer con otros autores, tradiciones o instancias, sea en cuanto a las articulaciones por cercanía o influencia como a los enfrentamientos o batallas conceptuales explícitos o implícitos. Así, se correría el riesgo de, como aquel personaje de Jorge Luis Borges, terminar trazando un mapa que tuviera el mismo tamaño del reino objeto de la cartografía. Es por ello que elaboramos un tipo de análisis relacional entre los conceptos centrales de los autores aquí considerados capaz de ofrecernos trabajarlos en tanto partes de un discurso político que se encuentra no sólo referenciado en su contexto ideológico, siendo parte de una genealogía mayor, sino dentro del lenguaje político de su tiempo, atentos centralmente a recuperar, de esos focos finalmente inabarcables previamente

⁴² Palti, Elias (2005), "De la historia de 'ideas' a la historia de los 'lenguajes políticos'. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano". En *Anales*, n° 7-8, Göteborg.

mencionados, las expresiones que nos permitan potenciar el análisis aquí propuesto.

De lo previamente mencionado se desprenden tres grandes cuestiones que hacen a los modos de construcción de nuestro análisis: en primer lugar, el sitio que debe ocupar en este trabajo la cuestión de lo espacial y temporal, entendido como una doble operación sobre lo histórico que, por un lado, rompa con la idea de historias producidas en sociedades diversas y momentos diversos capaces de ofrecer casos idénticos tanto como con la idea de que las articulaciones en sociedades periféricas de lineamientos ideológicos nacidos en los países centrales implique una torsión o una asimilación lineal de ellos. Esto implica que, por un lado, las potencialidades comparativas entre casos de sociedades diversas deban realizarse en un nivel que respete las lecturas que los intelectuales que nos ocupan han realizado de sus precursores como interpretaciones propias de un espacio político-intelectual y temporal particular que, sin embargo, entra en relación de diálogo con otros discursos pero ofrece resultados singulares. Claro que existen diversos trabajos cuyo punto central es establecer la continuidad o la similitud entre casos de sociedades y tiempos diversos, pero en general se trata de obras cuya centralidad es la confrontación política por medio no de un trabajo de análisis contextualizado sino de un ataque a bases que se entienden como inmóviles en el caso que se busca anatemizar: en ese sentido, lo que se evita, centralmente, es abordar los textos en sus propios términos, haciendo de la acción del autor estudiado, por el contrario, sólo la parte de una red teleológica estática. Como lo planteaba Quentin Skinner, “la metodología que estoy criticando incluye la abstracción de argumentos particulares del contexto de su ocurrencia con el fin de recolocarlos como ‘contribuciones’ a los supuestos debates perennes”.⁴³ Otra vía de esta captación teleológica sería la de la “mitología de la prolepsis”, que implicaría leer la obra según su proyección a futuro y no según su momento y la acción del agente que la elabora. Justamente, centrarse en las intervenciones intelectuales permite, al mismo tiempo, dejar de lado las dos

⁴³ Skinner, Quentin (2007), *Lenguaje, política e historia*. Bernal: UNQ, p. 159.

posturas previamente criticadas, al tiempo que captar el contexto donde los intelectuales produjeron sus trabajos, lo que nos abre las posibilidades de colocar a aquellos agentes en el marco contextual específico. El contexto en el cual se estudian los conceptos producidos por los agentes no es meramente el histórico-social del momento en que las intervenciones fueron escritas, puesto que captarlo es indudablemente una tarea propia de todo abordaje que buscase no tejerse en el aire, sino del propiamente intelectual en el que se produjeron dichas intervenciones.

El segundo punto que es clave para nuestro análisis es la importancia del análisis de los discursos políticos: aquí, lo político-conceptual gana centralidad y nos permite abordar el discurso de nuestros actores tanto desde parámetros simbólicos como extra-simbólicos. Es decir, las articulaciones entre textos y contextos son las que ponen en juego el pasaje de los conceptos a los lenguajes políticos. Entender a las sociedades modernas, con su heterogeneidad y diversas dinámicas, como el zócalo básico donde se extienden las relaciones que conforman lenguajes políticos, nos lleva a leerlas como provistas de múltiples conceptos, ideologías y discursos políticos, de allí que los conceptos deban interpretarse siempre dentro de una serie de procesos de debate, apropiación, etc., los cuales están fuertemente enmarcados históricamente. En tal sentido, trabajar sobre los intelectuales del liberal-conservadurismo argentino en un espacio temporalmente limitado, y entender sus conceptos como el discurso político que construyeron estos actores en ese momento histórico preciso, es el modo de analizar sus intervenciones de manera contextual. Lo cual no obsta leer esos conceptos a la luz de las tradiciones, las influencias o los debates que superen el marco histórico: precisamente, captar líneas directrices nos da una mejor posibilidad de, por un lado, entender a los actores que nos ocupan en su contexto y, por el otro, entender sus ideas dentro de un marco mayor.

Ahora bien, creemos que son necesarias, sin embargo, una serie de precisiones teóricas con respecto a algunos de los términos que hemos utilizado en esta presentación. Sin dudas, se habrá puesto de relieve que los conceptos que vertebran el enfoque presentado aquí

son las nociones de actor, texto y contexto, ya que de ellas deriva toda la serie de conceptos que vertebran la operación analítica que proponemos —ideas, conceptos, discursos y lenguajes políticos—. La primera de las categorías ha tenido, de la mano de la Historia Político-Intelectual y la Historia Conceptual, un gran giro con respecto a lo que la Historia de las Ideas o la Teoría Política consideraba como los actores intelectuales que merecían ser estudiados: mientras que estas disciplinas habían privilegiado el estudio de los grandes nombres, de los autores-faro, la Historia Político-Intelectual permite, con su insistencia en el análisis de los lenguajes políticos, abordar autores no canónicos, marginales, fronterizos, que permiten estudiar la conformación de un discurso político desde otras perspectivas no atinentes al análisis de los textos canónicos sino a poder captar un espacio dado en sus diversas manifestaciones. En lo tocante al texto, debemos marcar que no concebimos aquí a los textos como un simple reflejo de su/s contexto/s sino que entendemos que el texto es una parte constitutiva, constructiva, de su/s contexto/s. El texto, en tal sentido, es parte hacedora de lo contextual, y esta dimensión performativa le otorga diversas cualidades a distintos tipos de textos. En el caso del contexto, no son pocas las polémicas que se han desatado en torno suyo. El eje del conflicto apareció, mayormente, colocado sobre dos puntos: el primero de ellos se pregunta qué es el contexto y cuáles son sus límites y contenidos; dicho en otras palabras, si el contexto puede ser autosuficiente o si debe incorporar en él las prevalencias y tradiciones que tengan relación con el texto, y si debemos hablar de un contexto singular o de múltiples contextos —histórico, ideológico, biográfico— y qué aspectos elegiremos destacar. Como lo ha señalado Alejandro Blanco:

Dicho de otro modo, los hechos de dicho contexto serán aquellos que puedan ser postulados como hipótesis potencialmente explicativas del texto o de los textos en cuestión. Se trata, por consiguiente de ‘cerrar el contexto’ de las declaraciones pasadas (hechos de discurso) limitándolo a un conjunto de hechos discursivos que resulten relevantes para la comprensión de lo que hemos decidido examinar. Pero todo ello muestra, en defi-

nitiva, que el concepto de contexto no es algo hallado, que se lo encuentra ya disponible, sino que es seleccionado (mediante abstracción) y construido como una función de la explicación que se trata precisamente de proporcionar.⁴⁴

Es decir que proponemos un tipo de uso de la idea de contexto que, por una parte, nos permita entender al contexto como una multiplicidad de espacios –*los* contextos– que conforman un marco mayor –*el* contexto– y, por otra parte, entender la noción de contexto como una de las herramientas centrales de este enfoque y no como el determinante metodológico mismo.

Los intelectuales liberal-conservadores son, tanto desde un estado de la cuestión de escasas dimensiones como desde los términos metodológicos que aquí proponemos, un objeto descentrado. Descentrado en tanto han sido escasamente atendidos por la investigación académica, incluso por aquella centrada en los grandes tópicos atinentes a nuestro objeto: los intelectuales, las derechas, las tradiciones liberal-conservadoras. Descentrado, además, por las propias repercusiones que esos trabajos han tenido sobre el objeto: obturación, reduccionismo, simplificación. Descentrado, también, porque esos dos puntos señalados obligan a reposicionar al objeto de una doble forma: en tanto objeto dotado de un peso y una densidad específica, y por medio de un abordaje particular.

Los intelectuales liberal-conservadores son, tanto por su presencia en trabajos previos como por el modo de abordarlos que aquí proponemos, un objeto descentrado. Descentrado por el sitio que han ocupado en la bibliografía, descentrado porque ese mismo sitio obliga a reposicionarlos. Para ello, dividimos este libro en dos partes. En la primera, aparecen los dos primeros capítulos. En la segunda, los cuatro restantes. En el Capítulo I, esbozamos una definición operativa del concepto liberal-conservadurismo en tanto configuración ideológica, luego de marcar el peso de las figuras intelectuales en la constitución de ideologías. En el Capítulo II, rea-

⁴⁴ Blanco, Alejandro (2006), *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

lizamos un análisis prosopográfico de los intelectuales que nos ocupan y un balance del conjunto, a fin de entrelazar sus trayectorias con el marco del “Proceso”. En el Capítulo III, nos enfocamos en las lecturas decadentistas de los intelectuales liberal-conservadores, enmarcadas en los procesos interpretativos de la Guerra Fría, y sus implicancias ante el tiempo procesista. Este capítulo, por sus pautas, es más prolongado que los demás para mostrar los basamentos de las pautas que marcaban el pensamiento de nuestros actores desde los años previos al “Proceso”. En el Capítulo IV, analizamos los proyectos refundacionales de estos actores, desde el elitismo y la construcción de una frontera política con las masas y la idea de una “nueva generación del 80” capaz de dar respuesta a la ausencia de una clase rectora nacional. Posteriormente, en el Capítulo V, abordamos los límites que el refundacionalismo halló en el “Proceso”, centrándonos en el intento de institucionalizar las *Bases* procesistas y el proyecto económico-político. En el Capítulo VI, en tanto, damos cuenta de cómo el momento transicional fue interpretado por nuestros actores ante el fracaso de la institucionalización de la dictadura. Por último, establecemos una serie de conclusiones globales.

Este libro es una versión que retoma y reformula temas presentes en dos trabajos previos y aporta nuevos abordajes. Dichos trabajos fueron mi Tesis de Maestría en Ciencia Política *Rastros de azufre. La intelectualidad del liberal-conservadurismo argentino, entre la obturación retrospectiva y las lógicas de la última dictadura militar*, presentada en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín en 2008 y dirigida por Alejandro Blanco, y mi Tesis Doctoral en Ciencias Sociales *Una opción, en lugar de un eco. Los intelectuales liberal-conservadores en la Argentina, 1955-1983*, presentada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en 2014, dirigida por Alejandro Blanco y Daniel Lvovich. En un sentido, este libro retoma problemáticas propias de la primera de esas investigaciones a la luz de los

resultados, más amplios, de la segunda de ellas. Incorpora, además, una serie de puntos analíticos ausentes en ellas.

Alejandro y Daniel merecen agradecimientos especiales por acompañarme desde hace muchos años en mi formación. Ernesto Bohoslavsky, Olga Echeverría, Mariana Heredia, Sergio Morresi y Laura Rodríguez han sido interlocutores constantes, generosos y, por ello, determinantes. Carlos Altamirano, Gerardo Aboy Carlés, José Casco, Fernando Devoto, Osvaldo Furman, Silvano Pascuzzo, Pablo Semán y Hugo Vezzetti aportaron lo suyo durante la prehistoria de este trabajo, en la etapa de Maestría, así como el propio Daniel, Franco Castiglioni y Mariano Plotkin lo hicieron como jurados. Paula Canelo, Jorge Cernadas, Humberto Cucchetti, Malena Chinski, Nicolás Damín, Luis Donatello, Flavia Fiorucci, Valeria Galván, Dante Ganem, Guido Giorgi, Gabriela Gómes, Ezequiel Grisendi, Mariana Iglesias, Alfredo Mason, Florencia Osuna, Elías Palti, Roberto Pittaluga, Alfredo Pucciarelli, José Zanca y Eduardo Zimmermann me han realizado sugerencias o bien han intercambiado conmigo ideas que han resultado muy productivas durante la etapa doctoral, donde Sergio, Mariana y Nicolás Freibrun fueron un excelente jurado. El grupo de Historia Reciente de la Universidad Nacional de General Sarmiento es siempre un ámbito de debate sincero y amigable, gracias nuevamente a Daniel, Ernesto, Laura, Valeria, Florencia, Gabriela y a Gineth Álvarez, Jaquelina Bisquert, Felipe Bouilly, Juan Califa, Guido Casabona, Maximiliano Catoira, Juan Gandulfo, Blanca Gauto, María Paula González, Emanuel Kahan, Florencia Levín, César Mónaco, Francisco Teodoro y Cristian Vázquez.

Por fuera del mundo académico, mis afectos son muchos y los agradecimientos a ellos obedecen centralmente a sus compañías constantes: familia y amigos, por lo tanto, han tenido un enorme peso en el proceso de este libro, que está dedicado a Lucía, sostén clave de su autor.

Primera parte
Doble geografía:
ideología y espacios intelectuales

Capítulo I

Orden y libertad. El liberal-conservadurismo como ideología

Muchas veces cercano al oxímoron en términos formales, el concepto liberal-conservadurismo tiene sin embargo una larga historia y articulaciones muy diversas. Lejos de la aparente oposición lexicológica que la unión de los términos liberalismo y conservadurismo podría dar a una lectura formalista, el ideario liberal-conservador, que ha retornado en los últimos años como concepto analítico en una serie amplia de trabajos, tiene una historia y una teoría propias. Pese a ello, en pos de trabajar sobre nuestro objeto, realizaremos aquí una aproximación al concepto que nos permita abordar a los intelectuales que nos ocupan. En este capítulo pondremos una lectura operativa del concepto liberal-conservadurismo, tras destacar el rol que los intelectuales cumplen en la creación de pautas ideológicas, centrándonos en una serie de puntos que hacen comprensible, desde un marco ideológico, las pautas de los intelectuales liberal-conservadores, en torno centralmente del imperativo orden y libertad.

Los intelectuales y las ideologías

Desde el propio surgimiento del moderno concepto de intelectuales con el “caso Dreyfus” a fines del siglo XIX en Francia, la pauta ideológica se constituyó como una clave central de la identidad de los intelectuales. En efecto, las repercusiones del *affaire* en torno

a la condena del capitán Alfred Dreyfus dividieron en dos el espacio de la intelectualidad francesa: por un lado, aquellos que hicieron de su autocatégorización como intelectuales el basamento de su razón pública, la construcción de su legitimidad; por el otro, quienes condenaron tal operación y blandieron el concepto de intelectuales como una figura vergonzante.¹ Dreyfusards y antidreyfusards, además de representar dos líneas ideológicas diferenciadas, concibieron dos modelos de figura intelectual en oposición: para los primeros, el intelectual representaba una positividad, para los segundos, una negatividad. Intelectuales forjando sus propias figuras de un lado, antiintelectualismo intelectual del otro. De allí que el estudio de las ideologías, al ser analizadas desde los intelectuales, ofrezca una serie de particularidades.

En primer lugar, como ha destacado Raymond Williams, las ideologías forman parte de las palabras “fuertes”, aquellas sobre las cuales penden conflictos de sentido constantes. Terry Eagleton, por su parte, ofreció una prolongada lista de las maneras en las que las ideologías han sido descritas. Para el crítico literario inglés, esta multiplicidad de concepciones sobre la ideología marcaba la imposibilidad de ofrecer una definición acabada del término:

- a) El proceso de producción de significados, signos y valores en la vida cotidiana.
- b) Conjunto de ideas característico de un grupo o clase social.
- c) Ideas que permiten legitimar un poder político dominante.
- d) Ideas falsas que contribuyen a legitimar un poder político dominante.
- e) Comunicación sistemáticamente deformada.
- f) Aquello que facilita una toma de posición ante un tema.
- g) Tipos de pensamiento motivados por intereses sociales.
- h) Pensamiento de la identidad.

¹ Entre otros, pueden verse: Charle, Christophe (2000), *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*. Madrid: Siglo XXI. Charle, Christophe (2009), *El nacimiento de los “intelectuales”*. Buenos Aires: Nueva Visión. Ory, Pascal y Sirinelli, Jean-François (2007), *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: PUV. Winock, Michel (2010), *El siglo de los intelectuales*. Barcelona: Edhasa.

- i) Ilusión socialmente necesaria.
- j) Unión de discurso y poder.
- k) Medio por el que los agentes sociales dan sentido a su mundo, de manera consciente.
- l) Conjunto de creencias orientadas a la acción.
- m) Confusión de la realidad fenoménica y lingüística.
- n) Cierre semiótico.
- o) Medio indispensable en el que las personas expresan en su vida sus relaciones en una estructura social.
- p) Proceso por el cual la vida social se convierte en una realidad natural.²

Dentro de esta miríada de definiciones, el rol de los intelectuales es indisociable de los modos en los cuales se construyen definiciones de lo ideológico: en el caso de los intelectuales liberal-conservadores, ello debe relacionarse con las consecuencias de la triple pauta analítica que destacamos en la introducción. En efecto, así como los intelectuales tienen como uno de sus rasgos centrales la construcción de sus propias figuras intelectuales, sus abordajes de lo ideológico aparecen marcados tanto por la pauta doctrinaria como por las pujas del momento histórico. Como lo ha señalado Slavoj Žižek, las relaciones entre objetividad y subjetividad son centrales en las ideologías: retomando una clásica distinción marxiana, el autor balcánico señaló el punto “en sí” y el “para sí” de las ideologías. El primero, es “la noción inmanente de la ideología como una doctrina, un conjunto de ideas, creencias, conceptos y demás”, y el segundo, el momento de exteriorización y otredad.³ En ese sentido, ofreceremos a continuación una definición operativa del concepto de liberal-conservadurismo que nos permita leer cómo la ideología liberal-conservadora se expresaba en nuestro objeto de estudio: es decir, cómo una exterioridad tomaba formas particulares, se subjetivaba, en los intelectuales que nos ocupan. En tal sentido, el concepto de liberal-conservadurismo tal como se ha uti-

² Eagleton, Terry (2005), *Ideología. Una introducción*. Barcelona: Paidós, 2005, pp. 19-20.

³ Žižek, Slavoj (2003), *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI, p. 32.

lizado en los últimos años es inseparable, como veremos, de una serie de polémicas intelectuales. Este término ha retornado en las últimas décadas al lenguaje de las Ciencias Sociales, en nuestro país y en el exterior, tanto como modo de formulación teórica cuanto como categoría de abordaje historiográfico. Fórmula que en el plano ideológico dista del aparente oxímoron terminológico que la conjunción entre liberalismo y conservadurismo parece suponer, la categoría liberal-conservadurismo se encuentra fuertemente representada en la historia del pensamiento político desde hace siglos, si bien su construcción conceptual remite muchas veces a trazar círculos cuadrados. En efecto, ciertas definiciones estructuralistas de las ideologías, así como otras remitentes a conceptos taxativos propios de la Teoría Política han dificultado la captación de las ideologías como conjuntos móviles y dinámicos, en torno a los planteos de enfoque que hemos mencionado previamente y que se ligan con las propuestas de la Historia Político-Intelectual.⁴ Interpretar una serie de pautas en el trazado de centros y límites del concepto liberal-conservadurismo, aún bajo un presupuesto operativo como el que aquí buscamos, implica reposicionar las teorías con las cuales trabajamos como parte de las polémicas intelectuales que le dieron lugar y no como definiciones de carácter esencialista, trascendentalista o doctrinario.

Círculos cuadrados: el liberal-conservadurismo

Según ha planteado Sanford Lakoff, el liberal-conservadurismo que diversos analistas entienden como centralmente expresado a mediados del siglo XX, con representantes como (en los casos citados por el autor) Raymond Aron, Michael Oakeshott y los *neo-cons* estadounidenses, tiene sus orígenes en las obras de dos pensadores europeos de los siglos XVIII y XIX: Edmund Burke y Alexis

⁴ Ver Vicente, Martín (2014a), "Trazando círculos cuadrados: en torno al liberal-conservadurismo como ideología". En *Intersticios*, vol. 8, n° 1, marzo, Madrid, pp. 73-94.

de Tocqueville.⁵ Para el politólogo norteamericano, en una óptica que aquí compartimos, dichos teóricos fueron los iniciadores de la articulación liberal-conservadora, pero si bien los orígenes del pensamiento liberal-conservador se dan en Gran Bretaña con Burke, es en Francia donde los doctrinarios dan por primera vez forma a un *corpus* teórico que logra equilibrar liberalismo y conservadurismo. Ello en un contexto donde la idea conservadora neta comenzó a ser usada con referencias religiosas inseparables de la concepción política y al mismo tiempo abrieron un surco que influirá fuertemente en los “moderantistas” españoles.⁶ El conjunto de autores doctrinarios se diferenciaba de las argumentaciones propias de una teología política que comenzaron a exponer, como señalamos previamente,

⁵ Lakoff, Sanford (1998), “Tocqueville, Burke, and the Origins of Liberal Conservatism”. En *The Review of Politics*, vol. 60, n° 3, Cambridge, pp. 435-464. Si bien pueden parecer muy distintas en una primera aproximación, en especial si se comparan las lecturas de los autores sobre el gran suceso que marcó sus trayectorias intelectuales, la Revolución Francesa, hay, para nosotros, en las propuestas de Burke y Tocqueville, un similar equilibrio entre un elitismo abierto y el temor a la tiranía de las masas, si bien el autor francés se muestra más favorable a la idea de democracia. Al mismo tiempo, sostenemos que en el liberal-conservadurismo de ambos, en el primero es preeminente el eje conservador y en el segundo el liberal. Ver Burke, Edmund (1996), *Textos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica. Tocqueville, Alexis de (2006), *El Antiguo Régimen y la Revolución*. México: Fondo de Cultura Económica. Tocqueville, Alexis de (2010), *La democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica. En el caso del británico, sin dudas, existe aún lo que en su momento Macpherson denominó “el problema Burke”: dónde colocar las ideas de un autor que fue secuencialmente visto como “archiconservador”, “liberal utilitarista” o “adelantado del derecho natural”. Ver Macpherson, Crawford Brough (1980), *Burke*. Madrid: Alianza.

⁶ El contexto de surgimiento y difusión de la teoría de los doctrinarios, implica considerar un tipo de “liberalismo *under siege* (bajo estado de sitio/asedio)” como lo ha caracterizado Craiutu: allí el liberalismo se reformula en un sentido defensivo capaz de dar lugar a nuevas posiciones. Ver Craiutu, Aurelian (2003), *Liberalism under Siege: The Political Thought of the French Doctrinaires*. Oxford: Lexington Books. Esto es fundamental si se analizan fenómenos situados, como, a modo de ejemplo, los *neocons* estadounidenses y las articulaciones del catolicismo político con el liberalismo y nuestro propio caso de estudio. Ver Nash, George (1987), *La rebelión conservadora en los Estados Unidos*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano. Fazio, Mariano (2008), *Cristianos en la encrucijada. Los intelectuales cristianos en el período de entreguerras*, Madrid, RIALP. Recientemente, los artículos compilados en Jarsic y Posada Carbó han reposicionado las preguntas sobre este tipo de articulaciones en torno a los procesos latinoamericanos del siglo XIX, clásicamente reducidos a pujas entre liberales y conservadores. Ver Jarsic, Iván y Posada Carbó, Eduardo (2011), *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica. En la misma senda temática, Barrón, Luis (2001), “Liberales conservadores: Republicanismo e ideas republicanas en el siglo XIX en América Latina”. En *Latin American Studies Association*, Washington.

fervientes contrarrevolucionarios como Louis de Bonald en su *Teoría del poder político y religioso* o Joseph De Maistre en su *Estudio sobre la soberanía*, y optaron por intentos de encausar los resultados de la Revolución Francesa sobre carriles moderados.⁷ De allí que englobamientos de un presunto conservadurismo genérico que uniría a unos con otros sean operaciones reduccionistas. En las diversas torsiones de los doctrinarios, la pregunta central era la que, como propone Enrique Aguilar, articula la obra del propio Tocqueville: “¿Cómo preservar la libertad en la democracia?”,⁸ lo que muestra la concepción, si no contraria, como mínimo no a favor del fenómeno democrático así como una contundente afirmación: la democracia era el fenómeno sobre el cual debían girar las preguntas sobre la vida sociopolítica, lo que en estos autores llevaba a una respuesta ordenancista profundamente compleja.

Si tal pauta propia de la historia intelectual y la teoría política es clave para leer al liberal-conservadurismo, debemos también marcar una clave de la historia política. Fue en la península ibérica donde, durante el período que Carlos Marichal propuso lúcidamente entender como el de *las* revoluciones liberales en lugar de el de *la* revolución liberal, se produjo la división entre un liberalismo conservador representado por los “moderados” y un liberalismo jacobino encarnado en los “radicales”.⁹ Desde allí, el liberalismo tendrá dos representaciones cabalmente diferentes, una representada por el liberal-conservadurismo y otra por lo que aquí denominamos liberalismo reformista, que se abrió camino en la política “partidaria”

⁷ De ahí la ya clásica teorización de Remond sobre las tres derechas francesas: una legitimista, ligada al Antiguo Régimen, monárquica, católica y antiliberal; otra orleanista, surgida de la revolución liberal de 1830, con dos vertientes: el liberalismo popular y el liberal-conservadurismo; la bonapartista, finalmente, nacionalista, populista (en el sentido europeo del concepto) y autoritaria. Remond, René (1982), *La Droite en France de 1815 à nos jours. Continuité et diversité d'une tradition politique*. París: Aubier-Montaigne. Ver Bonald, Louis de (1988). *Teoría del poder político y religioso*. Madrid: Tecnos y De Maistre, Joseph (1978), *Estudio sobre la Soberanía*. Buenos Aires. Diction.

⁸ Aguilar, Enrique (2008), *Tocqueville. Una lectura introductoria*. Buenos Aires: Sudamericana, p. 13.

⁹ Marichal, Carlos (1980), *La revolución liberal y los primeros partidos políticos en España. 1834-1844*. Madrid: Cátedra.

antes que en las teorizaciones.¹⁰ Debemos también señalar que los modos de conceptualizar esta separación entre liberalismo, conservadurismo y una vertiente que los amalgame no son, sin embargo, para nada uniformes y diversos autores han tratado de marcar diversas pautas de diferenciación. Para el jurista estadounidense Bruce Ackerman, existieron históricamente dos tipos de liberalismo, uno de raíz conservadora que colocaba en su centro la libertad identificada con el mercado y acababa siendo equiparable a un modo específico de capitalismo, es decir, cercana al mismo tiempo al liberal-conservadurismo y ciertas posiciones de neoliberalismo, y otro de raíz revolucionaria que se expresó en las revoluciones modernas y sus proyectos constitucionales.¹¹ También desde la órbita del derecho, Carlos Nino optó por establecer una distinción entre un liberalismo conservador y otro igualitario, señalando además a este último como el verdadero liberalismo, en tanto el primero, también aquí, aparecía leído como cercano al neoliberalismo.¹² En estos dos casos, muy sugerentes, se trataba de miradas implicadas en una polémica al interior del mundo liberal, es decir, de operaciones intelectuales, como advertimos antes. Ambas optaban por priorizar una mirada ético-política progresista e igualitarista, respectivamente, del liberalismo por sobre otro tipo de argumentaciones. Y es justamente este abordaje, propiciado por el peso del factor ético-político, el más eficaz, sostenemos, para establecer la separación entre dos tipos de liberalismo, que aquí llamamos liberal-conservadurismo y liberal-reformismo.

El breve pero complejo tránsito histórico desde las concepciones liberales y conservadoras clásicas hacia la génesis liberal-conservadora puede observarse, básicamente, en torno a dos grandes

¹⁰ Entrecorramos ya que, como señalamos previamente, el liberal-conservadurismo preexiste a este quiebre hispánico, pero es en España donde hay una autoasunción de los actores más definida. Nuevamente, retomando a Macpherson, se trataría del “problema Burke” entendido como derivación. (Macpherson, Crawford Brough, *Burke...* Op. Cit.

¹¹ Ackerman, Bruce (1995), *El futuro de la revolución liberal*. Buenos Aires: Ariel, pp. 7-29. Esta afirmación de Ackerman habilita un debate sobre el carácter liberal de las revoluciones modernas, donde creemos que es más importante el carácter republicano que el liberal.

¹² Nino, Carlos (1990), “Liberalismo conservador: ¿liberal o conservador?”. En *Revista de Ciencia Política*, Vol. XII, n° 1-2, Buenos Aires, pp. 19-44.

ejes: por un lado, la desaparición de la creencia liberal en la autosuficiencia de la sociedad, patente en ideas ya mencionadas como “la mano invisible del mercado” de Smith o “la fábula de las abejas” de Bernard de Mandeville, que conformará el eje de las reformas propuestas por los liberales de fines del siglo XIX y principios del XX, y será, asimismo, retomada, si bien con cambios profundos, por los neoliberales. En segundo término, la paulatina descentralización del pensamiento religioso en el conservadurismo, donde es observable un desplazamiento de estas justificaciones hacia autores que conformarán un ideario conservador reaccionario, cuyo pico se dará en los autores franceses enfrentados a la teoría de los doctrinarios, con Luis de Bonald y Joseph de Maistre como símbolos, y al mismo tiempo propiciará una transformación a principios del siglo XX.¹³

Una vez expuestas las precedentes bifurcaciones,¹⁴ podemos tipificar, siempre con finalidad operativa, la ideología liberal-conservadora, y diferenciarla del liberalismo y del conservadurismo específicos, como lo haremos a continuación. Entendemos, entonces, al liberal-conservadurismo como la articulación ideológica entre liberalismo y conservadurismo que parte de una concepción antropológica negativa, basada en el ideal religioso de que la vida terrena es necesariamente incompleta e inferior a la que espera una vez abandonada la vida biológica,¹⁵ que se profundiza al analizar las consecuencias de la Modernidad, especialmente el “siglo de las masas”, como denominó José Ortega y Gasset al siglo XX, fenómeno que, sin embargo, para el madrileño comenzó en la centuria previa.¹⁶ Aquí, por lo tanto, la democracia aparece como un bien

¹³ Harbour, William (1985), *El pensamiento conservador*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, pp. 21-40.

¹⁴ El propio contexto liberal y conservador explica la fundamental importancia del advenimiento liberal-conservador desde el siglo XVIII, como lo han marcado Strauss y Eric Voegelin en su correspondencia, “toda la oscuridad moderna (...) comenzó en el siglo XVII”. Strauss, Leo y Voegelin, Eric (2009). *Fe y filosofía. Correspondencia 1934-1964*. Madrid: Trotta, p. 66.

¹⁵ Harbour, William (1985), *El pensamiento conservador...* Op. Cit. pp. 21-90.

¹⁶ Ortega y Gasset, José (1992), *La rebelión de las masas*. Madrid: Planeta. Puede verse un interesante ensayo en torno a las concepciones antimasivas de la intelectualidad modernista en Carey, John (2009), *Los intelectuales y las masas. Orgullo y prejuicio en la intelectualidad literaria, 1880-1939*. Madrid: Siglo XXI. El crítico literario ha postulado una continuidad

a lograr por medio de la elevación de tales masas, pero hasta que tal momento no se patentice, es concebida como un peligro que amenaza a las minorías, por lo que entiende como la deformación central de las formas masivas de la democracia. Tal forma ha sido llamada por John Stuart Mill “la tiranía de la sociedad”, un modo más profundo de entender las amenazas sociopolíticas que el clásico “despotismo político” propio de los liberales originales, preocupados por limitar el poder político, y confiados en la sociedad como ente racional en tanto formado por sujetos iguales en libertad y racionalidad.¹⁷ Precisamente, la obra del autor de *Sobre la libertad* bien puede verse como la del último clásico moderno y el primer contemporáneo. Esta preeminencia del temor a las masas que viene a sumarse a la voluntad de establecer un poder político institucional acotado, hace que la articulación liberal-conservadora sea confluyente con una idea limitada de República de un modo más directo que en el liberalismo y el conservadurismo, retomando con pautas contemporáneas aquella pregunta de Tocqueville. El ideario republicano en los liberal-conservadores permite solucionar los hiatos que el liberalismo y el conservadurismo poseen en torno a la idea de un Estado mínimo y un poder político institucional, y de una doble configuración estatal y política fuerte, respectivamente. Se trata, por ello, de las lecturas que el liberal-conservadurismo hará del ideario liberal, en especial de las centradas en las reformulaciones del ideal romano por parte del republicanismo moderno: el liberal-conservadurismo asumirá que el liberalismo es republicano, pero republicano inscripto en una tradición previa a la Modernidad, tradicional, es decir, mediante el giro conservador. Nótese cómo, además, hay una clara construcción que ejecuta una remisión a los ejes de la ética judeocristiana y su reformulación grecorromana, un doble foco de la construcción que ejecuta el liberalismo conservador.

entre las visiones despreciativas de las masas propias de la segunda mitad del siglo XIX y las concepciones de ciertas vanguardias intelectuales de las primeras décadas del siglo XX.

¹⁷ Mill, John Stuart (2005), *Sobre la libertad*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Como lo han propuesto Ashford y Davies,¹⁸ el republicanismo ha permitido una revisión crítica del liberalismo y del conservadurismo originales, y ha sido especialmente influyente en el siglo XVIII europeo, es decir, en el momento que hemos marcado como el surgimiento de una fuerte teoría liberal-conservadora con la obra de, en primera instancia, Burke. Efectivamente, las vertientes atomistas y utilitaristas de ciertas versiones del liberalismo, tanto como la cerrazón de inspiración premoderna del conservadurismo, generaron una crisis que, en el paso de los siglos XVII al XVIII comenzó a cobrar forma de salida en el pensamiento liberal-conservador. La idea republicana en el liberal-conservadurismo aparece basada en tres ejes. En primer lugar, su construcción en torno al concepto de ciudadano como sujeto político que determina el espacio de lo público: basado en la antropología negativa, serán ciudadanos aquellos que puedan formar parte del conglomerado, generalmente elitista, de los mejores, dejar de lado el espacio amorfo de la masa. En segundo término, con la idea de la unión entre el espacio de lo público y la institucionalidad: el espacio social, en su vertiente política, será un espacio fuertemente institucionalizado y, por lo tanto, con pautas que impidan los desbordes de las masas tanto como de la tiranía política. Finalmente, como una lógica que lleva del sujeto a las estructuras, en tanto la idea de República es entendida como devenida desde la entidad y la sabiduría de las instituciones y tradiciones heredadas, es decir, propias del republicanismo premoderno, a las cuales busca proteger de posibles amenazas disolventes patentes en la concepción de la democracia como proclive a ser un espacio amenazante por medio del accionar de las masas o su manipulación por un poder tiránico.

El liberal-conservadurismo, así, postula la necesidad de un orden social jerárquico, que estaría instaurado en la propia naturaleza de la República, cuya lógica aparece sustentada por las implicancias de los anteriores puntos básicos. Estos puntos conforman el basamento de los dos imperativos del modelo liberal-conservador:

¹⁸ Ashford, Nigel y Davies, Stephen (1992), *Diccionario del pensamiento liberal y conservador*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 288-290.

orden y libertad. Según lo expresan Ashford y Davies, “la cuestión de la libertad es de gran interés para los liberales porque esta es (...) su meta definitiva”, en cambio “los conservadores en general no consideran a la libertad como el *summum bonum*”, en tanto, si bien la juzgan como un bien, “la subordinan a otros, particularmente el orden y la tradición”.¹⁹ Ahora bien, como profundizaremos a continuación, en la lectura que aquí realizamos del liberal-conservadurismo, las nociones de orden y tradición son inseparables, en tanto es la segunda la que explica y justifica a la primera, al tiempo que le otorga a la idea de orden una articulación de tipo jerárquico.

Orden implica aquí la supresión del caos social tanto como de las formas societales, especialmente políticas,²⁰ plausibles de ser disruptivas del modelo propugnado, y en consonancia con la concepción cosmológica; en ese sentido, aquí aparece una mirada sobre el sistema democrático que es central: su ligazón con un esquema republicano cerrado y su alejamiento de las formas masivas. Este rechazo a los esquemas masivos se extiende a todos los fenómenos que impliquen una ruptura de los cánones elitistas, por cuanto entiende que en la realidad existen tanto los “mejores” como los “peores”, y la sociedad debe ser tutelada por los primeros, que buscarán elevar a los demás, mediante formas pedagógicas, a un estadio superior. Una vez logrado ese orden, puede darse paso a la libertad, la cual no está ligada con la idea liberal decimonónica, sino que aparece como una libertad acotada al respeto de los marcos delimitados por dicho orden. En otras palabras, se trataría de un tipo de libertad equidistante de la idea de libertad positiva tanto como de la idea de libertad negativa que hemos mostrado desde Berlín, pero que las incorpora para forjar una concepción que se liga con ciertas vertientes del ideario republicano, especialmente en la línea francesa cuyo mayor exponente es Charles de Montesquieu, en tanto el sujeto es libre de adoptar la ley de los libres, la ley justa y esto tiene un necesario

¹⁹ Idem, p. 204.

²⁰ Los teóricos liberal-conservadores, si bien advierten sobre los peligros de ciertas formas económicas que normalmente califican de colectivistas, las remiten siempre a modelos políticos que las implementan y hacen de ellas una extensión de sus lógicas en tanto articulaciones masivas. Ver Nash, George (1987), *La rebelión conservadora en los Estados Unidos...* Op. Cit.

correlato social. Como lo ha señalado Pierre Manent,²¹ hay en el barón de Montesquieu una inversión del principio lockeano por el cual la libertad está fundada en el derecho. En el pensador francés, por el contrario, se trata más bien del eje puesto sobre la amenaza del poder a la libertad, como en su clásico *dictum* acerca de la necesidad de que el poder frene al poder.²² En tal sentido, la idea republicana aquí presente es aquella que se interroga por la soberanía y los límites del poder en un sentido con un doble actor: la sociedad y, por ende, los individuos que la componen, disgregados aquí en mejores y peores, por un lado; el Estado y el poder público, por el otro. En tal sentido es que recuperamos aquí el influjo de Montesquieu, en tanto es en su *Espíritu de las Leyes* donde aparece la distinción que el liberal-conservadurismo hará suya: la República puede ser el gobierno de muchos, tanto en forma de aristocracia como de democracia, pero será necesariamente un régimen moderado y basado en la virtud. En tal sentido, las leyes son interpretadas como la construcción al mismo tiempo racional y tradicional, como el verdadero motor de la República: gobierno de las leyes, esa es la *res pública* en el liberal-conservadurismo, la cosa pública en tanto forja lo público como espacio ciudadano basado al mismo tiempo en la libertad y el orden de la tradición, es decir, la conjunción liberal-conservadora por la cual tal concepción republicana se transforma en un modo de la aristocracia *dentro* de la democracia.

Un pensador con un diagnóstico tan oscuro sobre la Modernidad, y cuyas lecturas de la democracia distan de ser entusiastas, como Strauss, antepone, de hecho, la idea de ley como ordenadora y garante de un modelo moderantista que la propia democracia, por sí sola, no había sabido asegurar. Para el autor, la moderación es la forma social de un tipo de elitismo inscripto en las fronteras sociales donde sólo algunos podrán subir “la escalera que asciende desde la democracia de masas hacia la verdadera democracia”.²³ No debemos confundirnos, sin embargo, con la posibilidad de libertad inscripta

²¹ Manent, Pierre (1987), *Historia del pensamiento liberal*. Buenos Aires: Emecé, p. 129.

²² Montesquieu, Charles de (1984), *Del Espíritu de las Leyes*. Buenos Aires: Hyspamérica, p. 114.

²³ Strauss, Leo (2007), *Liberalismo antiguo y moderno*. Buenos Aires: Katz, p. 16.

en la ley propia de los liberales: en los liberales la ley es posibilidad tanto como condición de la libertad, pero en un sentido que, en caso de poder ser republicano, lo es de modo muy diverso al planteado por el liberal-conservadurismo. Si un autor como Locke escribe en un contexto republicano donde su obra forjará el liberalismo propiamente dicho, los liberal-conservadores clásicos lo hacen en un contexto donde republicanism, liberalismo y conservadurismo ya existían, es decir, lo hacen no creando las bases de una ideología sino una articulación, un clivaje ideológico que, como provocativamente ha marcado John Pocock, ha quedado subsumido por las relecturas “conservadoras” de autores como Hanna Arendt, Eric Voegelin y el mencionado Strauss.²⁴

La concepción recién presentada llevará, en el liberal-conservadurismo, a diversas lecturas sobre la virtud como el modo de separar, en el plano social, mejores y peores, y, en el plano del sistema político, aristocracia/elitismo de democracia, e incluso democracia de democracia, en tanto se operará una serie de lecturas sobre la democracia como plausible de ser deformada desde la misma democracia por formas distorsivas. La compleja dinámica entre la apertura democrática a las masas y el perfeccionamiento de medidas restrictivas de la misma voluntad popular fue señalada por Hobsbawm como “el dilema fundamental del liberalismo del siglo XIX”.²⁵ Recordemos que la virtud es clave tanto en el liberalismo como en el conservadurismo, pero aclaremos que aquí adquiere un cariz fundamentalmente meritocrático, en tanto es el modo en el cual el sujeto se plasma como ciudadano: el sujeto meritatorio, virtuoso, es actor político de la República y no mera parte de la masa. Es, straussianamente, un “señor”, en tanto es quien se ha forjado en los cánones capaces de “fundar una aristocracia dentro de la sociedad

²⁴ Pocock, J. G. A. (2003), *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid: Tecnos, pp. 545 y ss.

²⁵ Hobsbawm, Eric (2003a), *La era del imperio, 1875-1914*. Buenos Aires: Debate, p. 95. Pueden verse los abordajes del propio Hobsbawm en torno a la misma temática en dos obras diferentes, parte de su ya clásica saga de “las eras” en Hobsbawm, Eric (2003b), *La era del capital*. Buenos Aires: Debate, pp. 109-126 y Hobsbawm, Eric (2003c), *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Debate, pp. 116-147.

de masas democrática”.²⁶ Como lo destacó el teórico *neocons* Peter Berkowitz, en tanto “[es] bien conocida la tendencia del pensamiento liberal a restar significación a la virtud en sus descripciones y prescripciones concernientes a la vida política”, su lectura propone una recuperación de la virtud dentro de los amplios cánones del universo liberal, entendiendo que, si bien existen formas liberales tendientes a “poner en jaque la integridad de la virtud”, su postulación “es indispensable”.²⁷ Al respecto, es sumamente sugerente la fórmula de este autor a la hora de abordar al “padre del liberalismo”, John Locke: “virtud privada y bien público” como una línea lógica inescindible.²⁸ Esta recuperación de la idea de virtud, por lo tanto, que parte del sujeto y se hace patente en lo público, aparecerá articulada en el liberal-conservadurismo con la idea republicana.²⁹ La construcción del sujeto político racional propia del liberalismo, junto con la idea de aquello tradicional como bueno y sabio, dan lugar a abrir el espacio de la virtud como espacio ciudadano propio del liberal-conservadurismo en su articulación con el republicanismo.

En el sentido de la construcción que estamos presentando, es especialmente importante destacar las lecturas de Philip Pettit sobre el republicanismo, en cuanto a partir de una idea de libertad como no-dominación (libertad negativa), pero desde allí realizar una reformulación de esta idea para separarla de las vertientes del liberalismo más identificadas con el neoliberalismo.³⁰ El autor propone que el ideario republicano aparece basado, entonces, no en una libertad

²⁶ Strauss, Leo (2007), *Liberalismo antiguo y moderno...* Op. Cit., p. 25.

²⁷ Berkowitz, Peter (2001), *El liberalismo y la virtud*. Santiago, Andrés Bello, pp. 25 y 27.

²⁸ Idem, pp. 99-132.

²⁹ No negamos aquí las potencialidades de diversas versiones igualitaristas o progresistas del ideario republicano, sino que abordamos el tipo de clivaje posibilizado en el liberal-conservadurismo. Ver Gargarella, Roberto (2008), *Los fundamentos legales de la desigualdad. El constitucionalismo en América (1776-1860)*. Buenos Aires: Siglo XXI y Ovejero, Félix (2008), *Incluso un pueblo de demonios. Democracia, liberalismo y republicanismo*. Madrid: Katz.

³⁰ Pettit, Philip (1999), *Republicanism: una teoría sobre la libertad y el gobierno*. Barcelona: Paidós, pp. 11-30. Aquí puede ingresar, si bien están por fuera de nuestro objetivo las polémicas suscitadas entre las ideas de libertad negativa, no dominación y autonomía, la lectura del republicanismo desde una óptica de libertad negativa característica de la Escuela de Cambridge. Ver Pocock, J.G.A. (2003), *El momento maquiavélico...* Op. Cit. y Skinner, Quentin (2004), *La libertad antes del liberalismo*. México: Taurus.

negativa, sino que lo hace, y ya desde Maquiavelo, en la idea de no-interferencia que, una vez delimitadas sus pautas, podrá interpretarse como no-dominación en un sentido que le permita ubicarse por fuera y por encima de las ideas de libertad positiva y negativa.³¹ En tal sentido, el liberal-conservadurismo se referencia en esta concepción, en tanto, como señalamos, es el ideario republicano el que le permite, como una prolongación que sus autores normalmente consideran deseable o incluso naturalizan, formular un modo de regulación política de la sociedad. Por ende, es aquí, en el sentido de los alcances de la República, donde no sólo se juega la concepción socio-política del liberal-conservadurismo sino su idea de Estado. Veamos: la forma republicana del Estado aparece como *constitutiva* para el liberal-conservadurismo, al punto que sólo habrá un Estado moderno en el sentido cabal donde haya República.³² A diferencia del liberalismo, aquí el Estado no estará tomando su forma con respecto a los sujetos, es decir, limitado según el consenso, sino que será un constructo basado en la tradición y por ello mismo ordenancista y sujeto a una racionalidad superior: la del tiempo, y sólo podrán ejercer como parte activa del cuerpo ciudadano los mejores. Por ello, es asimismo diferente al Estado propio del conservadurismo donde, como vimos, la forma adquiere caracteres más viscosos.

El liberal-conservadurismo tendrá por eje, entonces, una lectura de los conceptos centrales del liberalismo y el conservadurismo, anteponiendo la idea de orden a la de libertad, y buscando en la formulación republicana el modelo capaz de dar lugar a este delicado equilibrio. Es, por ello, un modelo ideológico mixturado, de ahí una complejidad no sólo en sus postulados sino en las posibilidades del analista de aprehenderlos sin referenciarse al mismo tiempo en el liberalismo, el conservadurismo y el republicanismo. Alejado al mismo tiempo de la confianza en el sujeto propia del liberalismo y de la estricta remisión a lo pretérito del conservadurismo, el liberal-conservadurismo adoptará una idea ordenancista para el

³¹ Pettit, Philip (1999), *Republicanism...* Op. Cit., pp. 35-148.

³² La asimilación del Estado a la República es un factor que adquiere torsiones multiformes en los autores liberal-conservadores, en general ligado al país de pertenencia de cada autor y las tradiciones con las cuales debaten.

desarrollo de la libertad, en tanto será la división entre mejores y peores, ausente en el liberalismo clásico y aquí configurada por una antropología negativa que irá más allá del argumento teocéntrico del conservadurismo, para internarse en una relectura del ideario de virtud republicana, la que componga el eje de su concepción de la sociedad: orden y libertad.

* * *

Como veremos a lo largo de las páginas venideras, las pautas liberales y conservadoras doctrinarias se amoldarán, en nuestros actores, en un modelo liberal-conservador que tendrá en la conjunción de orden y libertad su eje y que será la base ideológica que marcará las intervenciones de los intelectuales liberal-conservadores ante la última dictadura. Para comprender las complejas pautas de dichas intervenciones es necesario primero presentar las trayectorias de los catorce autores que conforman nuestro objeto de trabajo como parte de un universo que, si bien multiforme, aparecía marcado por una serie de coincidencias en los trayectos intelectuales que, sumados a la unidad ideológica, ubicaban a los intelectuales liberal-conservadores como un conjunto marcado por la compatibilidad política ante el momento procesista.

Capítulo II

El espacio liberal-conservador. Actores y trayectorias

El liberal-conservadurismo y la compatibilidad política ante el “Proceso”

Hugo Quiroga, siguiendo una tradicional operación politológica, realizaba una diferenciación entre los tres tipos de legitimidad en los cuales la última dictadura militar buscó basamento y fortaleza: la legitimidad de origen o título, la legitimidad de ejercicio y la legitimidad de fines. Para el politólogo, “la primera obedece al ‘estado de necesidad’ que invocan las fuerzas armadas el día del levantamiento”, en tanto “el peligro que amenaza el orden público, la integridad del Estado y conduce a la disolución social debe ser conjurado”; por su parte, la legitimidad de ejercicio aparecía ya que el gobierno golpista “ha sido supuestamente legitimado en su título, pero que también se piensa legitimado en el *ejercicio* de un poder que se practica con coherencia, sin contradicciones con los valores y objetivos que son su razón de ser”; finalmente, “completando la justificación del uso de la fuerza, para buscar obediencia y consenso, el régimen militar de 1976 invoca también la *legitimidad de fines o de destino*. Ello fue planteado el mismo día del golpe; la intención de instaurar una *auténtica* democracia republicana, representativa y federal”.¹ A esta vía tripartita, Quiroga le sumaba la legitimación debida al “apoyo pasivo de la mayoría para que el golpe se legitimara

¹ Quiroga, Hugo (2004), *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares. 1976-1983*. Rosario: Homo Sapiens, pp. 50-51.

con el apoyo activo de una minoría convencida en las bondades de la autoridad militar”.²

Sergio Morresi, posteriormente, se ha apoyado en la citada distinción de Quiroga para trazar la vía múltiple sobre la cual la intelectualidad liberal-conservadora actuó enhebrando un discurso que sirvió de basamento al del “Proceso”, ya que según su óptica, que compartimos, en el núcleo común entre estos tres reclamos de legitimidad procesista es donde debe buscarse la identidad ideológica de la experiencia,³ siendo justamente allí donde los intelectuales que nos ocupan articularon la ideología liberal-conservadora con la experiencia del “Proceso de Reorganización Nacional”. Al tomar esta idea descriptiva del tipo de ligazones políticas que se trazó entre los intelectuales liberal-conservadores, buscamos señalar, como lo hace el citado artículo, que ella se encontraba facilitada y permite ser explicada por la concordancia de tales teóricos en un territorio ideológico común que, más allá de las diferencias internas específicas que pudieran mostrar entre ellos, los ligaba a una matriz de larga data capaz de actuar como espacio de referencia, y sumar positivamente dentro de ese marco tales disparidades, logrando un movimiento dinámico que permite, en parte, explicar la fortaleza de este lineamiento ideológico. Tal unidad montada en una matriz común nos lleva, ahora, a poder leer tal geografía ideológica como el núcleo desde el cual se explican los presupuestos y modos analíticos de los mencionados autores, tanto como las líneas directrices que elaborarán desde ese marco eje. Es decir, con el liberal-conservadurismo como centro, los intelectuales que aquí nos ocupan realizarán una intervención donde actuarán asumiendo tanto la condición de analistas como la de ideólogos, en un proceso complejo que por sus propias características parece preanunciar otro de los tantos motivos de su soterramiento a la hora de los abordajes sobre la intelectualidad en los años que este estudio abarca.

La bibliografía sobre los espacios intelectuales en la segunda mitad del siglo, interesada centralmente por ejes donde los inte-

² Idem, p. 52.

³ Morresi, Sergio (2010), “El liberalismo-conservador...”. Op. Cit. pp. 104 y 107-109.

lectuales liberal-conservadores no actuaron (la izquierdización y la consolidación de las Ciencias Sociales), ha conformado un proceso que obturó, retrospectivamente, el rol de estos autores. Por ende, recuperar sus trayectorias biográfico-intelectuales, una vez conceptualizado el liberal-conservadurismo como ideología política específica, es un paso necesario para trabajar con sus ideas. El modo de abordaje elegido para este apartado busca realizar un relevamiento prosopográfico de los actores, es decir, trabajarlos como parte de un grupo social buscando una serie de características comunes al mismo tiempo que de diferencias tales que nos permitan obtener un cuadro tanto cuantitativo como cualitativo. En tal sentido, la estrategia prosopográfica nos permite, por un lado, trabajar a los agentes individuales en relación al conjunto y, por el otro, dejar de lado las implicancias que, a decir de Bourdieu, conformarían “la ilusión biográfica”⁴ en tanto construcción narrativa cuando no se trata aquí de estudios de tipo biográficos ni de seguir a lo largo del trabajo las trayectorias intelectuales de los autores. El tipo de abordaje analítico que aquí realizamos busca destacar una serie de particularidades que conformen al sujeto estudiado en cuanto actor intelectual, dentro de una serie determinada de espacios y lógicas sociales capaces de ofrecer no sólo datos sobre dicho actor sino sobre el grupo intelectual-ideológico que estamos estudiando. Su objetivo es, entonces, demarcar el lugar de los intelectuales que nos ocupan ante el trazado de espacios que ofrecimos previamente.

Uno de los más notorios intelectuales de esta tendencia, Álvaro Alsogaray, ha destacado en el espacio público con roles muy diferentes: político, funcionario público, impulsor del liberalismo económico. Pero Alsogaray ha sido, fundamentalmente, un intelectual, y específicamente un intelectual liberal-conservador que, sin embargo, realizó un tránsito hacia las nuevas tendencias de la derecha liberal, las que hoy conocemos genéricamente como neoliberalismo. Nacido en Santa Fe en 1913, dentro de una familia de tradición patricia ligada al ejército, se recibió de ingeniero mecánico

⁴ Bourdieu, Pierre (2007a), “La ilusión biográfica”, en *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

en la Universidad Nacional de Córdoba, amén de realizar diversos estudios dentro de las Fuerzas Armadas y posteriormente estudiar economía en posgrados en el extranjero. A su retorno tuvo un cargo que, a las luces de su notorio antiperonismo, parecería insólito: fue designado por el propio Juan D. Perón al frente de la Flota Aérea Mercante Argentina, donde llegó tras un cargo en la empresa mixta estatal-privada Zonda. Su primera experiencia en el Estado fue breve, a cargo de la Flota Aérea Mercante Argentina (FAMA) desde el 21/09/48 al 9 de abril del año siguiente, cuando el propio líder justicialista lo echó de su cargo.⁵ Posteriormente, fue Subsecretario de Comercio y Ministro de Industria de la “Revolución Libertadora”, bajo Lonardi y Aramburu, respectivamente, aunque en 1956 renunció por diferencias con Raúl Prebisch, especialmente de tenor ideológico. Fue designado Ministro de Economía del gobierno de Frondizi, en una de las maniobras que la intelectualidad progresista más cuestionó al líder desarrollista, según diversas fuentes por presión del sector liberal del Ejército donde revistaba su tío Julio Alsogaray.⁶ También en dicha administración fue Ministro Interino de Trabajo y Seguridad Social, manteniendo el primer cargo durante un tramo del interinato de José María Guido. Tras el golpe de Estado de 1966 fue designado al frente de la embajada nacional en los Estados Unidos, cargo que ocupó por dos años. Fundó el “Instituto de la Economía Social de Mercado” (IESM), que según sus palabras estuvo inspirado en las ideas que aplicaron en la Alemania de Konrad Adenauer Ludwig Erhard y, en la Francia de Charles De Gaulle, Jaques Rueff, de quienes fue un constante difusor. El IESM forjó fluidos contactos con referentes de la nueva derecha liberal, y lanzó una revista, *Orientación Económica*.

Alsogaray fundó diversos partidos políticos, como el Partido Cívico Independiente, que editó el periódico *Tribuna Cívica* en los

⁵ La versión de los biógrafos no autorizados de la familia Alsogaray propone que se debió tanto a incompatibilidades ideológicas (quitar retratos de Eva Perón, publicar publicidad en el matutino opositor *La Prensa*) como prácticas (remitir a Perón facturas de viajes de su esposa), caracterizados por el mandatario justicialista como “desastres”. Doman, Fabián y Olivera, Martín (1989), *Los Alsogaray...* Op. Cit., pp. 41-44.

⁶ Idem, p. 218. Ver Potash, Robert (1994), *El ejército y la política en la Argentina. 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Primera parte, 1962-1966*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 143-144 y Rouquié, Alain (1982), *Poder militar y sociedad política en la Argentina. II: 1943/1973*. Buenos Aires: Emecé, p. 198.

años de Frondizi, durante el breve lapso en que se hizo cargo del ministerio de Economía. Fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas desde 1968. Si bien se autodenominó opositor a las políticas de Martínez de Hoz en el “Proceso de Reorganización Nacional”, y hay escritos en concreto contundentes al respecto, en aquellos años señaló compartir el diagnóstico general del programa, su hija María Julia fue funcionaria del gobierno en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), designada en 1977, Alsogaray mismo participó de los diálogos políticos del “Proceso” con su partido Nueva Fuerza e incluso varios funcionarios procesistas fueron luego militantes de la Unión del Centro Democrático (UCD), siendo el caso más notorio el del exgobernador bonaerense Jorge Aguado. La UCD, el más importante de los partidos forjados por el santafesino, por breve tiempo logró ser “el tercer partido” del sistema político argentino, durante los primeros años del retorno democrático, y donde Alsogaray compartió militancia con otros intelectuales liberal-conservadores aquí considerados, como el vicealmirante Carlos Sánchez Sañudo y el economista Ricardo Zinn, con quienes también impulsó la construcción, a partir de 1982, del Encuentro Nacional Republicano, un conglomerado político de diversas expresiones autodenominadas de derecha y centroderecha. Fue asesor con rango de Secretario de Estado del primer gobierno de Carlos Menem, cargo al que renunció a principios de 1991. Como señaló Ezequiel Adamovsky,⁷ una de las particularidades de Alsogaray fue su constante búsqueda de transmitir sus ideas económicas y políticas, lo que hace comprensible que haya abarcado una serie de ámbitos muy extensa: la vida académica, los medios, la edición de diversos libros ensayísticos o programáticos, la vida político-partidaria. Entre sus libros se destacan dos vertientes: los que ofrecen ensayos sobre diversos tópicos políticos y económicos, como *Política y economía en Latinoamérica* o *Experiencias de cincuenta años de política y economía argentina* y los que conforman escritos programáticos o plataformas gubernamentales, como *Bases para la acción política* o *Bases para un programa liberal de gobierno*. Falleció en abril de 2005.

⁷ Adamovsky, Ezequiel (2009), *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta, p. 332.

También Alberto Benegas Lynch fue otro importante referente de los economistas liberal-conservadores influidos en este ciclo por el neoliberalismo. Nació en 1909 en Buenos Aires, parte de una familia dedicada a la vitivinicultura cuya tradicional Bodega Benegas, ubicada en la provincia de Mendoza, dirigió durante 30 años. Obtuvo su título de economista en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, donde luego se doctoró. Trabó relaciones con figuras de la renovación liberal como Ludwig von Mises, Friedrich Hayek y Leonard Read en 1950, en ocasión de un viaje a los Estados Unidos, conexiones que profundizó cinco años luego, cuando el gobierno de la “Revolución Libertadora” lo nombró ministro consejero en la embajada nacional en Washington. Fue acreditado como miembro de la *Mont Pellerin Society* por medio de las invitaciones de Mises y Hayek en 1957, el mismo año en el que a sus instancias se creó en la Argentina el Centro de Estudios sobre la Libertad (CEL), inspirado en la *Foundation for Economic Education*, que dirigía Leonard Read. Con el sello de esa institución lanzó obras de autores de gran importancia para el pensamiento liberal nacional e internacional, como Federico Pinedo, Hans Sennholz y el propio von Mises. Ya durante ese primer año de vida el CEL invitó al país a brindar seminarios a Hayek, Read y Louis Baudin, y en 1958 lanzó la revista *Ideas sobre la libertad*. La revista se basó en su concepción y diseño en *The Freeman*, la publicación de la propia fundación liderada por Read, subtitulada justamente *Ideas on Liberty*. Con el paso de los años, el Centro traería al país a diversos intelectuales, donde se destacó la presencia de Mises, y crearía un sistema de becas de estudios de la mano de Read, para perfeccionar a graduados argentinos en los Estados Unidos en la propia *Foundation* y en universidades como Columbia, New York o Yale, y posteriormente en la de Grove City, en este caso de la mano del propio Sennholz. Fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas (desde 1968) y de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas (desde 1969), de la cual fue Presidente entre 1985-86, y de otras similares fuera del país. Fue uno de los partícipes de la Asociación Patriótica Argentina (APA), liderada por el almirante Isaac Rojas, donde fue parte de la Comisión Promotora, y de la Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora.

Fue uno de los integrantes del ya mencionado Encuentro Nacional Republicano. En el ámbito empresario, amén de la bodega familiar, presidió la Cámara Argentina de Comercio (1955-56) y la Asociación Vitivinícola Argentina. Su obra, caracterizada por una constante tendencia a la intervención breve y polémica, se encuentra en libros como el ensayo breve *Destino de la libertad*, así como distintas intervenciones en obras colectivas lanzadas a través de las redes editoriales donde tuvo, desde su rol de académico, lugares clave. En su trabajo *Por una Argentina mejor*, editado en 1989, compiló y reformuló diversos escritos previos, por lo que actuó como una síntesis de su pensamiento, cuando ya era una figura del panteón liberal local: había sido homenajeado en vida con una obra colectiva donde escribieron autores tan reconocidos como Ezequiel Gallo, Francis Korn o Manuel Mora y Araujo. Falleció en 1999.

Germán Bidart Campos, abogado doctorado en la UBA, ha sido uno de los intelectuales de mayor reconocimiento académico dentro del espectro liberal-conservador, y el que ha producido uno de los giros ideológico-políticos más notorios. Nacido en 1927 en Buenos Aires, se graduó en 1949, tras lo cual realizó estudios de posgrado en España, y a su vuelta obtuvo, con la Tesis “La democracia como forma de Estado”, su grado de Doctor en Derecho en la misma casa. Fue profesor de Derecho Constitucional y Derecho Político en la propia UBA, donde también fue Director del Instituto de Investigaciones Jurídicas y Sociales Ambrosio L. Gioja y fue nombrado Profesor Emérito en 1995. Otros de los cargos académicos de su trayectoria fueron: Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica Argentina (UCA) entre 1962 y 1967 y Vicerrector Académico de la UCA entre 1986 y 1990. En el marco estatal, se desempeñó como Director del Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires, miembro de la Comisión Asesora para la Reforma Constitucional en 1972, asesor de la Convención Nacional Constituyente en 1994. Su obra escrita es de una amplitud tal que, en la actualidad, la biblioteca de la Suprema Corte de Justicia de la Nación posee un archivo especial con su nombre. Además, fue director del importante medio profesional editado por la UCA

El Derecho, y uno de los principales colaboradores de la revista *La Ley*, la más importante del espacio del Derecho. Formó parte de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires y de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas (desde 1982), así como de la Asociación Argentina de Ciencia Política, desde su fundación en 1957. Dentro de su obra no exclusivamente jurídica, vale mencionar obras como *Historia e ideología de la Constitución Argentina* (1969), *Lecciones elementales de política* (1973), *El régimen político. De la Politeia a la República* (1979), *Problemas políticos del siglo XX* (1981), el libro-folleto *Pensando la República* (1982) y *Problemas de la democracia argentina* (1983). El giro ideológico-político al que hemos referido ocurrió en la década de 1980, cuando una manifestación discriminatoria le realizó un “escrache” por su condición de homosexual. A partir de allí, Bidart Campos profundizó su compromiso con los Derechos Humanos, al punto de ser considerado en la actualidad un emblema de las causas humanitarias. Obtuvo diversos galardones: en 1983, el Premio Nacional Consagración en Ciencias Sociales; en 1986 recibió el diploma al mérito en Ciencias Políticas de la Fundación Konex, y en 1996 el mismo galardón en Derecho Constitucional; en el año 1994 recibió sendas distinciones de la Universidad Nacional de Mar del Plata y de la Universidad de Belgrano, y el Premio a la Producción Científica y Tecnológica de la UBA. Falleció en 2004, un año luego de haber sido nombrado Ciudadano Ilustre de la ciudad de Buenos Aires.

Horacio García Belsunce, al igual que Alsogaray, fue otro intelectual ligado a la economía pero titulado en otra disciplina, ya que es abogado, recibido en la Universidad de Buenos Aires, donde se doctoró en Jurisprudencia, y se ha especializado en Derecho Tributario. Nacido en 1924, es hijo de un abogado español que emigró a la Argentina, donde contrajo matrimonio con Emma Belsunce, de ahí el apellido compuesto que en años recientes apareció ligado al mundo de las noticias policiales: su hija, la socióloga María Marta, fue asesinada en un sórdido episodio en el *country club* “El Carmel”, de la localidad de Pilar. Ejerció como profesor titular de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA durante

casi treinta años, de 1956 a 1984, salvo en el interregno peronista de 1973-76, cuando renunció en solidaridad con el cesanteado Roberto Alemann. En dicha Facultad tuvo diversos cargos docentes y directivos, como la dirección del Instituto y del Posgrado en Derecho Tributario. En 1984 renunció por diferencias con el gobierno de Raúl Alfonsín y su política de Derechos Humanos. Tuvo diversos cargos en el Estado: Subsecretario de Hacienda de la “Revolución Libertadora”, Secretario de Hacienda en el interinato presidencial de José María Guido, 1962-1963; fue y es miembro de diversos organismos como la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, la Academia Nacional de Ciencias Económicas (desde 1966), la Academia Nacional de Derecho (desde 1982), a las cuales presidió en 1986-89 y 2001-04 respectivamente, y de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas (desde 1979), amén de instituciones similares en el extranjero y entidades como el Jockey Club y el Círculo de Armas. Fue uno de los creadores de la Fundación de Investigaciones Económicas de Latinoamérica (FIEL), de la cual fue vicepresidente. En el área empresarial, fue directivo de la Cámara Argentina de Comercio, entre 1962 y 1968, años en los que tuvo a su cargo los puestos centrales: Director (1962), Vicepresidente (1963-66) y Presidente (1966-68); al mismo tiempo, fue Vicepresidente primero de ACIEL (1964-66). Fue, además, el primer Presidente de las Comisiones Mixtas Argentino-Española, Argentino-Japonesa y Argentino-Alemana, y ocupó la presidencia de importantes empresas como la cervecería Quilmes, la compañía de electrónica Philips y el diario *La Prensa*, entre otras. Su obra se divide en dos grandes núcleos, el dedicado a su especificidad profesional, con títulos como *Estudios financieros* (1966) o *Temas de derecho tributario* (1982), y el conjunto de trabajos de corte analítico económico-político como *Trece años en la política económica argentina. 1966-1979* (1979) o *Política y economía en años críticos* (1982). Obtuvo el Premio Konex en las áreas “Derecho Administrativo, Tributario y Penal” en 1996 y en “Humanidades” en 2006, así como el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Católica de Salta en 2002. Alejado de los sitios de alta

exposición pública que ocupara otrora, sus mayores intervenciones de los últimos años se dieron en cartas de lector enviadas al periódico *La Nación* y en homenajes a la “Revolución Libertadora”.

Jorge Luis García Venturini nació en la ciudad de Bahía Blanca en 1928, y se mudó a los quince años a la Capital Federal, donde cursó sus estudios secundarios y universitarios, estos últimos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, casa en la que se doctoró en Filosofía. Fue docente de esa institución, tanto en esa dependencia como en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de la Universidad del Salvador (USAL) y de la UCA. Amén de sus ensayos de tono filosófico como *Filosofía de la historia* (1963) y *Politeia* (1976), sus trabajos se centraron fundamentalmente en una profusa obra divulgativa y pedagógica, tanto de su especialidad como en los libros *Curso de Filosofía* (1959), *Introducción dinámica a la filosofía de la historia* (1966) o *Historia general de la Filosofía* (1972), cuanto de otras áreas de las Humanidades, como *Curso de Psicología* (1959) o *Curso de Historia de la Educación* (1962). Los dos ensayos previamente mencionados, así como el primero de los cursos, fueron verdaderos *best-sellers*: *Politeia* tuvo seis ediciones, cinco sucesivas y la más reciente en 2003; *Ante el fin de la historia*, cinco ediciones sucesivas; el *Curso de Psicología* alcanzó la notable cifra de veintisiete ediciones.⁸ Escribió *Dos ensayos* junto a Alberto Benegas Lynch (h). Miembro fundador del Partido Demócrata Cristiano en 1955, cuando formó parte de la corriente juvenil ligada a las ideas de Jacques Maritain,⁹ su otra notoria actividad militante fue formar parte del Encuentro Nacional Republicano. Fue, además, asiduo colaborador de la revista católica *Criterio*, del periódico *La Prensa*, miembro de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas (desde 1975), y tuvo dos cargos públicos

⁸ Las casas editoras de estas obras no diferenciaban entre reimpresión y reedición, por lo que subsumimos la primera forma editorial a la segunda.

⁹ Ghirardi, Enrique (1983), *La Democracia Cristiana*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, p. 90. Ghirardi también señala a García Venturini, en ese momento, como parte de un grupo juvenil contrario al liberalismo económico, algo improbable desde los artículos del bahiense de esos años y negado por los informantes que accedieron a darnos datos del filósofo.

relevantes: director de Cultura de la provincia de Buenos Aires y director de EUDEBA durante la última experiencia dictatorial, a los que accedió desde su rol de miembro del “Grupo Azcuénaga”, si bien su paso por la función pública fue breve, y la experiencia de la editorial universitaria especialmente rodeada de controversias entre militares y civiles.¹⁰ García Venturini había estado ligado al mundo editorial mediante la dirección de la colección “El tema del hombre”, de la editorial Troquel (donde publicó diversos trabajos propios), dedicada a temas de filosofía, metafísica e incluso esoterismo y parapsicología. Durante el “Proceso”, precisamente, ocupó un destacado rol como intelectual televisivo, con visitas regulares al programa *Hora Clave*, conducido por Bernardo Neustadt y otro intelectual liberal-conservador, Mariano Grondona. No llegó a ver el final de tal régimen pero sí sus declinantes últimos días: falleció el 23 de setiembre de 1983.

Mariano Grondona nació en Buenos Aires en 1932. Hijo de una familia de negocios ligados al campo, estudió en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, donde fue compañero de otros futuros intelectuales muy destacados como Guillermo O’Donnell, José Nun y Rodolfo Ortega Peña. Previamente, su fuerte vocación religiosa lo ligó al padre Luis María Etcheverry Boneo, y a la Acción Católica.¹¹ De tal postura, más cercana al nacionalismo de inspiración católica, giró hacia el liberalismo en los tiempos que rodearon la caída del peronismo, de la cual participó como comando civil cuando ya era miembro de la Asociación Cultural para la Defensa y Superación de Mayo (ASCUA). Tras recibirse en la UBA, viajó a realizar estudios de posgrado en Ciencias Políticas y Sociología a España, los cuales cursó en el Instituto de Estudios Políticos y la Universidad de Madrid, respectivamente. En 1969 se doctoró en la misma Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, donde ejerció la docencia en Derecho Político –luego Teoría del Estado– desde 1960, en la cátedra de Ambrosio Romero Carranza,

¹⁰ Invernizi, Hernán y Judith Gociol (2002), *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 225-256.

¹¹ Sivak, Martín (2004), *El Doctor...* Op. Cit., pp. 41-46.

y fue nombrado, en 2004, como Profesor Emérito. También dictó clases dentro del primer grupo de profesores de la por entonces novel carrera de Ciencias Políticas de la USAL desde 1967. Fue docente en la Escuela Interamericana de Guerra desde 1961, y docente e investigador de la Harvard University en los Estados Unidos, entre 1985-91. Su carrera periodística se inició en *La Nación* en 1962 y, tras un alejamiento en 1965, desde 1987 volvió a las páginas del diario de la familia Mitre, siendo su rol premiado cuando obtuvo el Diploma al Mérito de la Fundación Konex en el rubro Análisis Político. Entre sus trabajos periodísticos más destacados se cuentan la participación en *Primera Plana*; la dirección de la revista *Visión* entre 1978 y 2005, a la cual ingresó recomendado por José A. Martínez de Hoz,¹² *Carta Política* entre 1974 y el final del PRN, solventada por el empresario del azúcar Raúl Piñero Pacheco,¹³ y *A Fondo*, durante los primeros años ochenta. También se destaca su importante trayectoria en proyectos televisivos como *Tiempo Nuevo*, al que se sumó invitado por su creador, Bernardo Neustadt, a mediados de la década de 1970 y en el que permaneció hasta que en los años noventa creó el programa que aún hoy conduce: *Hora Clave*, por el cual fue premiado por la Fundación Konex en 1997 con el Diploma al Mérito, el Premio de Platino y el Premio de Brillante por su labor televisiva.

Grondona fue Subsecretario del Interior durante el interinato de Guido, una gestión donde darían sus primeros pasos en la función pública otros intelectuales liberal-conservadores, como José A. Martínez de Hoz, Jaime Perriau, a quienes estudiaremos aquí, además de Federico Pinedo y Guillermo Walter Klein. Posteriormente, tendría un breve paso como embajador plenipotenciario del gobierno de facto instaurado en 1966, dentro del área del canciller Nicanor Costa Mendez, y también el rol de asesor de Planeamiento, desde noviembre de 1968 a agosto de 1969. Esas fueron sus

¹² Idem, p. 188.

¹³ Experiencia solventada por el empresario del azúcar Raúl Piñero Pacheco. El propio Piñero Pacheco da cuenta de las relaciones entre militares, intelectuales y empresarios en un libro autobiográfico. Ver Piñero Pacheco, Raúl (1981), *La degeneración del 80*. Buenos Aires: El Cid Editores.

experiencias directas en el mundo del Estado y la política, si bien fue co-autor, junto al sociólogo José Enrique Miguens, del famoso Comunicado 150 del bando “Azul” del Ejército que tenía como figura al general Juan Carlos Onganía. Escribió también un Plan Político para la Fuerza Aérea, de la cual fue asesor muchos años, durante el PRN, e incluso fue sondeado como posible candidato independiente en una fórmula porteña del FREPASO a fines de los noventa, en el pico de lo que fue un reacomodamiento ideológico que el propio Grondona calificó como progresista.¹⁴

Segundo V. Linares Quintana nació en City Bell en 1909 y se mudó a Buenos Aires a los ocho años. Recibido de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, casa en la que también obtuvo su doctorado en Jurisprudencia, comenzó a ejercer la docencia en esa casa y en la Universidad Nacional de La Plata en 1939, donde además creó y dirigió la Licenciatura Especializada en Ciencia Política. Fue docente de ambas casas de estudios durante cuatro décadas. Fue, luego, Profesor Emérito de ambas universidades, así como Doctor Honoris Causa por la North Carolina University de los Estados Unidos, donde ejerció como docente durante 1951-54, cuando debió dejar sus cargos en el país por motivos políticos, retornado en 1955, año en que asumió, hasta 1956, como director de Asuntos Jurídicos del ministerio del Interior, cargo que volvería a ejercer bajo el mandato de Arturo Illia. Fue también decano de Ciencias Políticas, Jurídicas y Económicas en la Universidad del Museo Social Argentino (UMSA) y profesor (con grado Extraordinario) de Derecho Constitucional en la Universidad Católica de La Plata (UCALP). También dio clases en la Universidad del Museo Social Argentino y en la Escuela de Guerra Naval. Especializado en Derecho Constitucional, fue el encargado de trabajar en el estatuto que regularía a los partidos políticos, por expreso encargo del general Edelmiro J. Farrell, en 1944, tras haber

¹⁴ Sivak, Martín (2004), *El Doctor...* Op. Cit. pp. 65-92, 117-125, 159-180, 259-283. Justamente en aquellos años diversos medios publicaron documentos concernientes a la actuación de Grondona en los golpes de Estado de 1966 y 1976, con lo cual este intelectual realizó una suerte de *mea culpa* pero si bien admitió haber redactado el sonado Comunicado aludido, negó haber asesorado a los uniformados del “Proceso”.

ejercido como director del Departamento de Trabajo bonaerense desde 1942, mismo año en el cual ingresó como asesor legislativo en el Nacional, y como director de Establecimientos Penales Bonaerenses. En 1959 fue asesor del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires; de la Academia de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires desde 1956, presidiéndola entre 1983-86; Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, a la cual ingresó en 1976, entre 1987-90; fundador y primer Presidente de la Asociación Argentina de Ciencia Política en 1957, al mismo tiempo presidió la Asociación Latinoamericana de Ciencias Políticas, y fue miembro de la *International Political Science Association*. También formó parte de una de las instituciones derivadas del porteño Colegio de Abogados, el Fondo de Estudios sobre la Administración de Justicia (FORES), creado en 1976, anunciando en su declaración de principios que la institución “nace como respuesta al espíritu que guía a este Proceso de Reorganización Nacional”. Allí ocupó primero el cargo de profesor titular en los programas pedagógicos de la institución y luego fue parte del Comité Asesor. Su amplia obra fue premiada con diversos galardones, como los premios “Mario Carranza” y “Accesit” otorgados por la UBA en 1938 a su Tesis doctoral *Derecho público en los territorios nacionales argentino y comparado*; los premios “B. Nazar Anchorena” y “José A. Berry” otorgados por la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires en 1946 y 1957; Primer Premio Nacional de Ciencias en las áreas Historia, Filosofía, Derecho y Ciencias Políticas, en 1957; Premio en Derecho de la Fundación Bunge & Born, en 1981; Premio Konex de Platino en Derecho Constitucional y Diploma al Mérito en el mismo área, en 2006. Fue primo de destacados intelectuales como el economista Raul Prebisch y quien fuera presidente de la Asociación Argentina de Medicina, el doctor Julio Uriburu, Segundo V. Linares Quintana falleció a principios de 2013, a los 103 años de edad.

Mario Justo López nació en 1915. Se recibió de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA en 1940, donde

también se doctoró en Jurisprudencia en 1958 con la Tesis “Burocracia en el Estado moderno”, y donde militó en el Partido Socialista Obrero. Fue docente de esa casa de estudios, que lo distinguió como Profesor Emérito en 1981, de la Universidad de Belgrano y del Instituto Nacional Superior del Profesorado, amén de, como señalamos, la Escuela Interamericana de Guerra. Recibió los premios “Ireneo Cuculu”, otorgado por la Institución Mitre (1938-39), el Diploma al Mérito de la Fundación Konex en el área Ciencias Políticas (1986) y el Premio Bunge & Born (1988). Fue miembro de la Asociación por la Libertad, de la Academia de Ciencias de Buenos Aires, de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, y de la Academia Argentina de Educación. Durante las décadas de 1970 y 1980 fue actor central de la Asociación Argentina de Ciencias Políticas. También ocupó lugares en instituciones menores o más esporádicas, como en la Comisión Popular de Homenaje a la Revolución de Mayo, organizada para el sesquicentenario de 1810, como miembro de la Comisión Ejecutiva. Ocupó el cargo clave de Procurador General de la Nación durante el PRN, en los años 1979-83, años durante los cuales promovió o fue parte de diversas revisiones del proyecto de la “Generación del 80”, en consonancia con el rescate de esa experiencia que fue central en el discurso del PRN y los intelectuales ligados a la última experiencia autoritaria. Fue colaborador de los diarios *La Nación* y *La Prensa*. Al igual que en los casos de Bidart Campos y Grondona, sus primeras experiencias docentes se ligaron a la órbita de un intelectual liberal-conservador de una generación previa, Ambrosio Romero Carranza, en lo que primero fue Derecho Constitucional y luego Derecho Político. Fue parte de la Comisión para la Reforma Constitucional en 1971 y su amplia obra es aún hoy referencia central de los ámbitos del derecho más ligados a la politología. Dentro de tales escritos, su voluminoso trabajo en dos tomos *Introducción a los estudios políticos* es un verdadero clásico, editado originalmente en 1972 y que ha tenido diversas reediciones ampliadas. Su obra se divide en dos grandes líneas: por un lado, los tomos ligados al

Derecho Político, como *La representación política* (1959), *La soberanía* (1967) o *Manual de Derecho Político* (1973), donde se destaca una línea de obras estrictamente politológicas, enfocadas sobre los partidos políticos, como *Partidos Políticos. Teoría general y régimen legal* (1968). Por otro lado, ensayos como *El mito de la Constitución y tres ensayos sobre la democracia* (1963) y *La empresa política de la generación de 1880* (1982). Falleció en 1989.

José Alfredo Martínez de Hoz nació en la provincia de Salta en 1925. Su familia llegó al país ya en el siglo XVIII, tuvo al primer Regidor y Alcalde del Cabildo de Buenos Aires y formó parte de la fundación de la Sociedad Rural Argentina. Martínez de Hoz estudió derecho en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, en otro caso de relación con la economía desde un área diversa de formación. En esa casa de altos estudios fue profesor de Derecho Agrario y Minero hasta ser exonerado por el peronismo en 1973. También fue docente de la USAL en áreas similares. Previamente a ser ministro de Economía del PRN, había ocupado el mismo cargo durante el gobierno de Guido, entre mayo y octubre del 63, del cual previamente había sido secretario de Agricultura y Ganadería; anteriormente había tenido a su cargo la cartera de Economía pero a nivel provincial, en su tierra natal durante la “Revolución Libertadora”. Además de los negocios agropecuarios familiares, *Joe* condujo varias empresas, entre ellas la que dirigía al momento del último golpe de Estado, la acería Acindar; al mismo tiempo, presidía la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresas y tenía profusos contactos con referentes de los negocios internacionales, el más sonado con Nelson Rockefeller. Primer presidente del Ateneo de la Juventud Democrática Argentina (AJDA), fundado en 1946, su vida de cenáculos se continuó formando parte del exclusivo Club Demos, erigido en torno a Federico de Álzaga y que, en palabras de Mario Cadenas Madariaga, era orientado por el propio Martínez de Hoz. Según plantea Turolo, su designación como ministro partió del Ejército, donde había trabado amistad con uniformados como Videla por la afición de ambos al hipódromo, pero centralmente a través del Grupo Azcuénaga, y fue acep-

tada por las demás fuerzas, luego de una compulsa de más de diez candidatos, entre los que había otros tres integrantes del Grupo Azcuénaga, como el propio Cadenas Madariaga, Enrique Logan y el ya presentado Horacio García Belsunce.¹⁵ Posteriormente, los dos primeros se incorporarían a su gabinete, lo mismo que otros integrantes del Grupo como Jorge Zorreguieta o, a modo de asesor, Ricardo Zinn —a quien analizaremos luego—.¹⁶ Falleció en marzo de 2013. Entre sus publicaciones, se diferencian claramente dos tipos de obras: por un lado, los libros ligados a estudios sobre cuestiones económicas puntuales, como *Enfiteusis y arrendamiento vitalicio en la Argentina y Nueva Zelanda*, de 1961, o *El régimen económico-jurídico de la producción y comercio de granos*, editado al año siguiente, y aquellos en los que analizó su gestión al frente del ministerio de Economía durante el PRN, *Bases para una Argentina moderna*, de 1981, y *Quince años después*, de 1991.

Víctor Massuh nació en 1924 en San Miguel de Tucumán. Hijo de una importante familia ligada a los negocios, estudió Filosofía en la Universidad Nacional de Tucumán, donde se doctoró, en años en los que allí daban clases los exiliados Rodolfo Mondolfo, Roger Labrousse y Elizabeth Goguel. Realizó estudios posdoctorales en Alemania y los Estados Unidos, en las universidades de Tübingen (1967-58) y Chicago (1964), respectivamente. Entre sus cargos académicos se destacan su labor en la Universidad de Buenos Aires, donde dirigió el departamento de Filosofía, y la Universidad Nacional de Córdoba, donde fue decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, junto a su cargo de investigador del Conicet desde 1975. También fue docente de la Escuela de Aviación Militar en Córdoba. Fue asiduo colaborador del matutino *La Nación* y de *La*

¹⁵ Turolo, Carlos (1996), *De Isabel a Videla...* Op. Cit., pp. 52-54.

¹⁶ Luego de ser uno de los ministros de más prolongada trayectoria en un gabinete nacional y el ministro de Economía más duradero hasta allí, volvió a los negocios privados. Su actuación como ministro dictatorial lo puso en el banquillo judicial en diversas ocasiones, y fue preso por una causa llevada a cabo por el juez federal Norberto Oyarbide que investigó el secuestro y desaparición, en 1976, de los empresarios Federico y Miguel Gutheim (padre e hijo), propietarios de la algodonera SADECO. La causa tiene una prolongada historia, y ha sido reflatada con la caída del indulto que Carlos Menem firmó en 1990, y Martínez de Hoz pasó sus días finales cumpliendo arresto domiciliario en la condena de la misma causa judicial.

Gaceta de Tucumán y miembro de la comisión de ASCUA durante el primer peronismo, con el cargo de vocal. En sus obras se destacan nítidamente dos grandes conjuntos: la serie de trabajos filosóficos centrados en la Filosofía de la Religión, su especialidad académica, como *El rito y lo sagrado* (1965) o *Nietzsche y el fin de la religión* (1969), y los ensayos publicados mientras fue embajador ante la Unesco del “Proceso”, *La Argentina como sentimiento* (1982) y *El llamado de la Patria Grande* (1983), verdaderos *best-sellers* cuya relevancia e intencionalidad política ha sido estudiada en su momento por Oscar Terán.¹⁷ Massuh fue designado ante la Unesco en 1976 y formó parte del Consejo Directivo de tal organización, entre 1978-83, presidiéndola entre los años 80 y 83 –fue el segundo argentino en ocupar tal cargo, el primero había sido el intelectual católico *Atilio Dell’Oro Maini* en los tempranos años sesenta–, y convocando al Coloquio Internacional “El diálogo de las culturas” –nombre tomado de la primera obra del filósofo, un pequeño volumen editado en Salta en 1956– realizado en Villa Ocampo. Tras el fin de la última dictadura, Massuh se sumergió en una suerte de ostracismo que quebró irregularmente con unas pocas obras, comparando su silencio con el de Martin Heidegger luego del nazismo, aunque ocupó el cargo de embajador en Bélgica durante el primer mandato de Carlos Menem, entre 1989 y 1995. En 1997 ingresó a la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. También fue parte de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. En 2002 recibió el Premio 25 Años Sociedad Argentina de Filosofía. Falleció en 2008.

Jaime Perriaux, uno de los más influyentes (cuanto misteriosos) actores de la historia argentina reciente, conocido también como *Jacques* por su ascendencia francesa, nació en 1920. Recibido de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, donde se graduó en 1944 con medalla de oro y el premio “Alberto Tedín Uriburu”, cursó posteriormente estudios en la University of Michigan, también en el área de Derecho, gracias a una beca como Research Fellow durante 1944-45, y finalmente Filosofía en la Sorbonne en París, en 1949-50. Amén de una sólida

¹⁷ Terán, Oscar (1983), “El error Massuh”... Op. Cit.

trayectoria profesional, fue funcionario del interinato de Guido y de las dictaduras de Onganía, Levingston y Lanusse. En esta última creó la Cámara Federal en lo Penal, conocida como “el Camarón”, mientras era ministro de Justicia, en 1972. Al año siguiente obtuvo la representación de los derechos editoriales de su admirado José Ortega y Gasset, con lo cual forjó una densa amistad con el mundillo orteguiano, en especial con el discípulo del autor de *La rebelión de las masas*, el también filósofo hispano Julián Marías.¹⁸ Dos importantes hitos de su trayectoria intelectual fueron la publicación de su traducción de *Sociedad y Naturaleza*, el tratado de Hans Kelsen, y una versión casi completa del monumental trabajo de Arnold Toynbee *Estudio de la Historia*, en 1956. Fue Vicepresidente del poderoso grupo germano-argentino Staudt & Cia., dedicado a la venta de armas y con intereses en empresas como Krupp y Siemens, donde además tuvo a su cargo la representación legal de la viuda del fundador del *holding* de origen teutón. Ya desde los últimos años del peronismo, Perriau se integró a grupos de notables de gran influencia en la vida pública, como fue el caso de ASCUA, tras haber sido parte de los cursos de Cultura Católica. Tras la caída del gobierno de Juan D. Perón, el abogado formó parte del Club Demos y, durante los años de Frondizi, de la primera versión del Grupo Azcuénaga, ambas nucleadas por Federico de Álzaga. Con el retorno del peronismo al poder en 1973, Perriau se transformó en el orientador de este último grupo, por lo cual también se lo ha denominado Grupo Perriau. Desde allí, fue el articulador de relaciones entre intelectuales, militares y empresarios que diagramaron diversas alternativas en torno a la refundación argentina tal cual era entendida en el espacio liberal-conservador.¹⁹ Perriau

¹⁸ El propio Martínez de Hoz conceptualizó el ascendente de Perriau sobre el PRN diciendo que a través suyo el pensamiento de Marías “había sido el mentor” de la última dictadura, lo que fue desmentido tanto por el filósofo ibérico y luego por el propio ministro procesista. Ver Baruch Bertocchi, Norberto (1988), *La cara civil de los golpes de Estado...* Op. Cit., pp. 95 y 152.

¹⁹ Si bien se ha probado la ligazón del Grupo con militares de la denominada “línea dura” como Genaro Díaz Bessone y Alfredo Saint Jean, sus interlocutores más habituales fueron el propio Videla y su futuro ministro del Interior, Albano Hardindeguy, y su primer sucesor en la presidencia de facto, Roberto Viola, junto con influyentes hombres de los medios

fue el artífice de las convocatorias a una serie de hombres ligados al derecho y la economía a sumarse a la plantilla original, muchos de los cuales pasaron por el gobierno procesista.²⁰

Diversos autores, a cuya lectura nos sumamos, proponen que el Grupo Azcuénaga fue el principal sostén civil de la última dictadura, por la cantidad de funcionarios que aportó al gobierno dictatorial, y el influjo de las ideas de estos actores en los objetivos y el accionar dictatorial.²¹ Hay evidencias de que Perriaux escribió

cercanos a los militares como el aquí estudiado Mariano Grondona. Según consigna Turolo, fue el general Hugo Miatello, un militar amigo de Videla desde la infancia, el encargado de oficiar de nexo entre el Grupo y los militares, logrando de hecho que el Ejército designara a dos uniformados para ser contactos permanentes con este núcleo civil: los “duros” Santiago Riveros y Carlos Suarez Mason. Turolo, Carlos (1996), *De Isabel a Videla...* Op. Cit. pp. 43-44. Muleiro señaló que la relación entre el intelectual orteguiano y el hombre de armas se inició en los tiempos de “el Camarón”. Muleiro, Vicente (2011), *1976...* Op. Cit., p. 84. Esta muestra de la amplitud de vertientes de la derecha que orbitó en torno al Grupo permite corroborar no sólo su influencia en el futuro gobierno procesista, sino también la capacidad del liberal-conservadurismo para ser articulador de la derecha argentina, y su pertinencia ideológica en un proyecto refundacional como el del “Proceso de Reorganización Nacional”.

²⁰ Entre los más destacados: los luego secretarios de Agricultura de Joe Martínez de Hoz, Mario Cadenas Madariaga (1930-) y Jorge Zorreguieta (1928-). El primero, abogado recibido en la UBA, fue subsecretario de Gobierno y Jefe de Gabinete del ministerio de Trabajo de la provincia de Corrientes durante el gobierno de la “Revolución Libertadora” y abogado consultor de YPF durante el gobierno de Arturo Frondizi, además de ostentar importantes cargos en entidades del agro. El segundo, padre de la hoy Reina de Holanda, Máxima de Orange, fue secretario tanto de la Sociedad Rural Argentina (SRA) como de Confederaciones Rurales Argentinas (CRA). El futuro ministro de Justicia videlista, el abogado Carlos Alberto Rodríguez Varela, quien también ocupó el cargo de Fiscal del Estado provincial en la gestión policial bonaerense de Ramón Camps, y luego fue abogado del primer dictador del “Proceso”. Fue rector de la UBA entre 1981 y 1982, y Secretario Letrado de la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Quien sería ministro de Economía de Viola, Lorenzo Sigaut (1933-), economista y parte de la conducción de FIAT, previamente funcionario de la gestión de Adalbert Krieger Vasena durante la “Revolución Argentina”. Incluso un intelectual católico-nacionalista, pero que gustaba definirse como “liberal ortodoxo”, como el futuro segundo ministro de Educación de Videla, Juan J. Catalán, quien reemplazaría a Ricardo Bruera en esa cartera a mediados de 1977. Nacido en Tucumán, abogado y exministro de Economía de tal provincia entre 1967 y 1968, Catalán había sido uno de los creadores de la Fundación para el Avance de la Educación en 1974.

²¹ Durante la transición democrática, la jueza Amelia Berraz de Vidal buscó ligar a los miembros del Grupo por su participación en el golpe de Estado, pero estos negaron haber formado parte del *putch*, y sus palabras fueron corroboradas por los uniformados. Turolo señala que, pese a ello, en *off the record*, una fuente militar admitió que el rol jugado por el grupo fue coincidente con el que aquí señalamos. Turolo, Carlos (1996), *De Isabel a Videla...* Op. Cit., p. 36. Ante la Justicia, el propio Videla aceptó el rol del Grupo, aunque lo minimizó

diversos documentos militares, y García Belsunce señaló que el plan económico de Martínez de Hoz circuló en el Grupo, si no fue, de hecho, concebido allí, como sostiene Muleiro.²² Más allá de estas imbricaciones ideológicas y programáticas, el Grupo fue clave en una serie de eventos que propiciaron el golpe del 24 de marzo, como el sonado simposio de la Cámara Argentina de Comercio de finales de 1975, donde disertaron varios integrantes del Grupo, señalando que el país atravesaba una instancia límite, en consonancia con el diagnóstico patronal; y la propuesta de un *lockout* empresario fogueada por Perriau y Martínez de Hoz, que se concretó en el caso del agro entre el 24/10 y el 10/11 de ese mismo 1975. Además, los integrantes del Grupo serían figuras de los “Diálogos” a los que invitaba el Ministro del Interior de Videla, el General Harguindeguy, en pos de intercambiar ideas sobre el futuro del gobierno dictatorial. Perriau falleció en 1981.

Ambrosio Romero Carranza nació en San Fernando, provincia de Buenos Aires, en 1904. Recibido de abogado en 1930 en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, donde trabó una relación de fuerte impacto personal con Monseñor Gustavo Franceschi a partir del curso sobre San Pablo dictado por el sacerdote. Previamente, Romero Carranza había sido discípulo de Monseñor Miguel De Andrea, quien incluso lo preparó para su primera Comunión. La carrera tanto judicial como académica y política del jurista fue extensa y marcada por el diálogo entre la tradición liberal y los principios católicos, por lo cual puede entenderse su posición como la de un actor liminar a ambos espacios.²³ Entre sus cargos

señalando su influencia “en alguna oportunidad”. Seoane, María y Muleiro, Vicente (2001), *El Dictador...* Op. Cit., p. 451, versión que varió en su última entrevista, donde reconoce un influjo más fuerte del Azcuénaga. Reato, Ceferino (2013), *Disposición final. La confesión de Videla sobre los desaparecidos*, Buenos Aires, Sudamericana.

²² Muleiro, Vicente. 1976... Op. Cit., p.75. García Belsunce hace referencia al conocimiento y apoyo, por parte del grupo de civiles, de los lineamientos generales del plan económico de Martínez de Hoz aprobado “antes del 24 de marzo de 1976”. García Belsunce, Horacio (1978), *Trece años en la política económica argentina. 1966-1978*. Buenos Aires: Emecé, p. 187.

²³ Vicente, Martín (2014c), “El cuerpo roto de la Nación Católica: del humanismo cristiano a los intelectuales liberal-conservadores en el momento posperonista”. En *PolHis* n° 13, Buenos Aires.

en el Poder Judicial destacan su rol como Defensor de Menores y Fiscal en la provincia de San Juan, que ejerció desde el año de su egreso académico; Secretario de Juzgado en la Capital Federal, cargo del cual fue exonerado por el peronismo en 1949, mismo año en que se transformó en el defensor legal del diario *La Prensa*; restituido al mundo judicial por la “Revolución Libertadora” en 1955, ocupó un cargo en la Cámara Federal de Apelaciones hasta su retiro en 1974, siendo uno de los encargados de juzgar el asesinato del general Pedro Aramburu; en 1963 fue nombrado conjuez de la Suprema Corte y presidente de la Junta Electoral de la Capital Federal. En 1954 fundó el Seminario de Historia Argentina junto a Manuel Río y Manuel Ordóñez, sus compañeros en la representación del periódico de la familia Paz, por donde pasaron intelectuales como Carlos Floria, César García Belsunce –hermano de Horacio, cuya trayectoria hemos analizado previamente– o Alejandro Padilla. El inmueble donde funcionó el Seminario fue cedido a tal fin por Monseñor Miguel de Andrea, quien había sido mentor espiritual de Romero Carranza desde su niñez, al punto de ser su tutor de bautismo. En 1955 pasó un período de cárcel en Devoto, donde estaba preso el propio de Andrea, aparentemente la detención del jurista fue por ciertos conceptos vertidos en una entrevista con la prensa uruguaya. Desde 1956 ejerció la titularidad de la cátedra de Derecho Constitucional en la mencionada facultad, donde como ya apuntamos se formaron diversos intelectuales liberal-conservadores, y fue Profesor Consulto desde 1971. También dictó clases en la UCA y la USAL. Fue miembro de la Academia Nacional de Derecho desde 1967 y de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas desde 1987, donde fue nombrado Académico Emérito. Fue uno de los fundadores, en 1935, de la Corporación de Abogados Católicos, que presidió, y del Partido Demócrata Cristiano, en 1955, siendo integrante de su primera junta. Fue, además, miembro de Acción Católica y de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, colaborador de diversos medios como *La Nación*, *Criterio* y *La Ley*, dirigió la revista *Rumbo Social*, durante doce años desde 1976, donde publicó una serie de importantes artículos sobre las figuras

del laicado católico. Su obra se divide en una serie de escritos sobre su especialidad como *El derecho de resistencia a la opresión* (1967) e *Historia del Derecho Político* (1971); políticos como *Historia Política de la Argentina*, tres volúmenes editados en 1970, 1971 y 1975 y escritos en colaboración con Alberto Rodríguez Varela y Eduardo Ventura Flores Pirán, transformado luego en un manual de historia política y constitucional que tuvo sucesivas reediciones, y *Qué es la Democracia Cristiana* (1956); y libros ligados a temáticas católicas, como *El triunfo del cristianismo* (1947), traducido a varios idiomas, u *Ozanam y sus contemporáneos* (1951), amén de numerosos trabajos sobre figuras del catolicismo argentino. Durante el “Proceso” tuvo relaciones tanto con miembros del Grupo Azcuénaga como con la APA y el llamado Grupo La Plata,²⁴ donde su colega y amigo Rodríguez Varela fue una figura central. Falleció en 1999.

Carlos Sánchez Sañudo, nació en 1914. Estudió en la Escuela Naval de Guerra, de la que egresó en 1937 con el cargo de Guardiamarina, especializado en el área de Comunicación. Entre 1952 y 1953 dictó clases en la Escuela Naval Militar y en la Escuela de Aplicaciones para Oficiales. Llegó al cargo de Almirante de la Marina. Desempeñó un rol activo en el golpe de Estado que derrocó a Perón el 16 de setiembre de 1955, y fue Secretario del Almirante Isaac Rojas, a cargo de la vicepresidencia de facto durante la “Revolución Libertadora”, junto a quien estaba embarcado con destino a Buenos Aires al momento de la renuncia del fundador del Partido Justicialista. Robert Potash, le atribuye, también, un rol central en el derrocamiento de Frondizi, señalando que incluso este fervoroso antiperonista anheló el triunfo justicialista bonaerense que marcó el inicio del fin del gobierno del presidente de la Unión Cívica Radical Intransigente.²⁵ Entre sus funciones militares, cabe destacar su

²⁴ El Grupo La Plata, al igual que el Azcuénaga, reunió a intelectuales, empresarios, políticos y militares ligados al PRN, si bien sus posturas fueron más radicalmente derechistas que las de quienes se nuclearon en torno a Perriaux. Muleiro, Vicente (2011), *1976...* Op. Cit., pp. 55-126.

²⁵ Potash, Robert (1994), *El ejército y la política en la Argentina. 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Segunda parte, 1966-1973*. Buenos Aires: Sudamericana, p. 477.

comando de la fragata Sarandí, el crucero La Argentina y el portaaviones La Independencia; tras ejercer la titularidad de la Dirección General de Material Naval, se retiró de la fuerza en 1962. Fundó la Escuela de Educación Filosófica y Económica de la Libertad y la Fundación Alberdi –fue reconocido como uno de los mayores difusores del legado del autor tucumano, y hay diversas reediciones de textos alberdianos editados y prologados por Sánchez Sañudo–, fue miembro fundador de la Fundación Emilio J. Hardoy en 1997, y llegó a presidir la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas en 1995-96, de la cual era académico desde 1969. Como su amigo Benegas Lynch, fue parte de la “Comisión Promotora” de APA, desde donde se promovía el retorno a los ejes de la Constitución Nacional de 1853. Al mismo tiempo, fue dirigente de la Ucedé desde el retorno democrático, llegando a ser titular de la secretaría de Doctrina, donde militó en el grupo antiperonista visceral que sus rivales internos denominaron “los dinosaurios”, férreos enemigos de la alianza con el menemismo que el partido realizó tras las elecciones presidenciales de 1989. El político Francisco Siracusano solía bromear señalando, en una humorada sobre el carácter antiperonista del marino apodado “Bebe”, que “Sánchez Sañudo todavía está subido a la torpedera del 55 persiguiendo a Perón”.²⁶ Fue Presidente Honorario de la Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora. Falleció en 2005.

Ricardo Zinn, en cierto sentido, comparte con Jaime Perriax la particularidad de ser un actor social de extrema relevancia para la historia reciente y a la vez poco conocido. Nació en Buenos Aires en 1926. Hijo de un pastor protestante, recibido de economista en la Universidad de Buenos Aires, se ligó tanto al mundo de los negocios como al de la política: en el primero de los ámbitos, fue ejecutivo de las empresas Sasetru y SocMa, presidente de Sevel, entre otras ligadas al Grupo Macri, y fue el mentor intelectual del delfín del clan, Mauricio, hasta que un aparente intento de *takeover* empresarial lo separó de las huestes de Franco Macri,²⁷ en el segundo, tuvo cargos

²⁶ Doman, Fabián y Olivera, Martín (1989), *Los Alsogaray...* Op. Cit., pp. 137-138.

²⁷ Cerruti, Gabriela (2010), *El Pibe...* Op. Cit., pp. 48 y 76-78.

en los gobiernos de Arturo Frondizi, Roberto Levigston, Alejandro Lanusse y María Estela Martínez de Perón, como Secretario de Coordinación del ministerio de Economía, asesor en temas financieros de los gabinetes de facto, y secretario de Programación y Coordinación Económica, respectivamente. Sobre esta última experiencia, muchos análisis coinciden en marcar a Zinn como el creador del plan económico conocido como “el Rodrigazo”, en la breve gestión ministerial de Celestino Rodrigo. Ya durante el PRN, Zinn fue asesor de Martínez de Hoz y uno de los artífices del plan económico al interior del Grupo Azcuénaga, más tarde diseñó las líneas maestras del Plan de Entidades Financieras,²⁸ amén de ariete entre el gobierno y el Grupo Macri, uno de los más beneficiados durante el PRN.²⁹ Impulsor del Centro de Estudios Macroeconómicos de la Argentina (CEMA), gran cantera de funcionarios procesistas y la Escuela de Dirección y Negocios, IAE, hoy parte de la Universidad Austral, y asesor de dirección de la publicación política *A fondo*, dirigida por Mariano Grondona. Junto al empresario Gilberto Montagna creó la Fundación Carlos Pellegrini, otro nucleamiento del liberal-conservadurismo, como lo deja en claro su nombre. Participó, además, en la Fundación Piñeiro Pacheco, de escandaloso final legal.³⁰ Una vez acabada la última dictadura militar, Zinn fue hombre de la Ucedé, tuvo fuertes relaciones con la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas, FIEL, el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, CARI, y la Asociación de Bancos Argentinos, ADEBA. En los primeros años de la presidencia de Carlos Menem fue asesor de María Julia Alsogaray en las privatizaciones de la telefónica ENTEL y SOMISA, junto con Mariano Grondona (h). Murió en 1995, junto a José Estenssoro, de quien era asesor en la privatización de la petrolera YPF que el menemismo dejó en manos de María Julia Alsogaray, en un accidente aéreo sospechado, justamente, de su carácter accidental. Tras su muerte la Fundación Carlos Pellegrini publicó un compilado de sus escritos

²⁸ Idem, p. 49.

²⁹ Castellani, Ana (2009), *Estado, empresas y empresarios. Difusión de ámbitos privilegiados de acumulación en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo.

³⁰ Piñeiro Pacheco, Carlos (1981), *La degeneración del '80...* Op. Cit.

durante la transición democrática, titulado weberianamente *Ricardo Zinn: Por una ética de la responsabilidad*, que compila intervenciones una vez retornada la democracia en 1983, en diversos eventos y en medios como *La Nación*.

Un balance: la generación descalza

La reconstrucción de las trayectorias biográfico-intelectuales y de las sociabilidades que hemos realizado previamente permite, ahora, centrarnos en un análisis del grupo de actores. En primer lugar, vemos que más de la mitad de nuestros autores (siete de catorce) han nacido en la década de 1920, con lo cual la simetría generacional no sólo es estrictamente normal en términos del conjunto, sino que actúa como una suerte de eje de tránsito entre el representante más joven de los considerados, Mariano Grondona (1932) y el nacido en primer término, Ambrosio Romero Carranza (1904). En autores marcados por las teorías de José Ortega y Gasset, ello es un dato de conjunto fuertemente significativo en términos de autoasunción intelectual, lo mismo que el origen social compartido, clave en sus posiciones elitistas.³¹ En efecto, la común procedencia social es patente en tanto todos los actores pertenecieron a sectores entre medio-altos y altos, y han nacido en abrumadora mayoría en Capital Federal o la Provincia de Buenos Aires (once de catorce), con el dato de la absoluta pertenencia de todo el universo considerado a la religión católica, si bien los énfasis en torno a las problemáticas católicas difirieron en cada autor. Dicha identidad, sin embargo y como veremos, aparecía siempre colocada en un plano secundario frente al ideológico: la primacía de la política como dato central. En cuanto a la formación, vemos que la profesión más frecuente en el conjunto fue la de abogado (ocho de catorce), lo que marca la preeminencia de una carrera universitaria tradicional y sus articulaciones con posteriores especializaciones, como la Economía (dos de ocho), las Ciencias Sociales (cuatro de ocho) o la Filosofía (uno

³¹ Ortega y Gasset, José (1992), *La rebelión de las masas...* Op. Cit.

de ocho). Otras carreras tradicionales en la intelectualidad argentina como la Economía y la Filosofía también tienen representación, aunque menor, en los estudios de grado de estos intelectuales (dos de catorce en cada caso) y posgrado (uno de catorce en cada caso), lo mismo que los estudios al interior del mundo militar (dos de catorce). Estos autores no formaron parte de la renovación disciplinaria del espacio intelectual que se produjo desde 1955, sino que permanecieron en el ámbito del ensayismo o, en los momentos en los cuales adoptaron discursos científicistas, lo hicieron de modos muy distintos a los que marcaban las grandes lógicas de los espacios intelectuales, lo cual expone nuevamente una de las causas de la obturación retrospectiva. En tal sentido, estos autores permanecieron en la idea de elites letradas, al punto de promover una concepción donde las prácticas periodísticas como intervenciones ideológicas eran una de sus formas centrales de expresión en el espacio público, estrategia tan cara a los autores del ensayismo.³² Otro de los sitios centrales para juzgar las trayectorias intelectuales, la pertenencia académica, ha sido muy frecuente (nueve de catorce) y con diversas manifestaciones: universidad pública en todos los casos (nueve de nueve), universidad privada en un alto porcentaje (seis de nueve) y docencia en ámbitos académicos militares (tres de nueve), dentro de los cuales dos de esos tres han ejercido la docencia en instituciones militares transnacionales. Aquí debemos marcar, sin embargo, dos salvedades ligadas a las condicionantes de nuestra investigación: el hermetismo de los sectores militares con respecto a sus docentes y programas no nos permite comprobar si hubo más casos de intelectuales que desarrollasen una docencia regular. Al mismo tiempo, nos impide comprobar si hubo, también, más casos de docencia en las redes internacionales de cursos militares que ejercieron un influjo notable sobre las concepciones de las dos últimas dictaduras argentinas y cuál fue su posible extensión a otras experiencias similares en Latinoamérica. En segundo lugar, diversos informantes de

³² Ver Saïtta, Sylvia (2004), "Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)". En Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano, *Intelectuales y expertos...Op. Cit.*, pp. 107-146.

este trabajo han señalado que algunos de los intelectuales de mayor penetración en el mundo empresarial fueron asiduos benefactores de instituciones académicas privadas, pero en condición anónima.

El rol institucional jugado por estos intelectuales es otro de los tópicos centrales para captar su accionar: en tal sentido, hay un equilibrio entre la pertenencia a instituciones profesionales ligadas a sus disciplinas (ocho de catorce) y las no profesionales, verdaderos cenáculos elitistas (once de catorce) en donde la Academia Nacional de Ciencias Políticas y Morales funcionó como un espacio relacional axial (nueve de catorce). Al mismo tiempo, al interior del conglomerado de instituciones, en cinco casos fueron fundadores y en cuatro presidentes de diversos nucleamientos, ejemplo del importante rol que estos intelectuales tuvieron en las estrategias institucionales de las Academias Nacionales. Estas instituciones funcionaron como espacios relacionales intermedios entre la participación en el Estado en casos de dictadura (cinco en la “Revolución Libertadora”, tres en la “Revolución Argentina”, seis en el “Proceso de Reorganización Nacional”), de interregno constitucional durante el interinato de Guido (seis) y los cargos en períodos democráticos (donde debemos destacar, empero, que el caso de Alsogaray en el gobierno de Frondizi parece haber obedecido a la presión militar sobre el líder de la UCRI, y el de Zinn en el gobierno de María Estela Martínez de Perón a un intento de direccionamiento liberal-conservador), y las participaciones en grupos de notables no institucionales (donde se destaca el Grupo Azcuénaga con cinco casos). El ámbito empresarial fue otro espacio relacional para estos autores (cinco casos en empresas internacionales, cuatro en empresas nacionales, dos en extranjeras y tres en organismos de capital mixto). En tal sentido, los grupos y las empresas han funcionado como plataformas más consistentes de relación con el poder estatal que los partidos políticos, donde salvo los casos notorios de Alsogaray –y, en menor medida, de Sánchez Sañudo y Zinn en la UCD, y de todos los mencionados más Benegas Lynch y García Belsunce en el Encuentro Nacional Republicano, lo mismo que el de García Venturini en la Democracia Cristiana– fueron espacios muy ocasionales. El caso de Romero

Carranza en la Democracia Cristiana merece palabras aparte, puesto que su participación como fundador e integrante de su primera junta coincide con un período de fuerte producción intelectual ligada a temáticas religiosas, que será sin embargo el pináculo y la culminación de una de las etapas de su trayectoria biográfico-intelectual, que luego quedará centralizada en el mundo académico y jurídico. Hay una serie de explicaciones para los fenómenos previamente repasados: en primer lugar, la autoconcepción intelectual de estos autores los colocaba como actores de elite más ligados a las prácticas de cenáculos exclusivistas, que entendían que la política partidaria era un fenómeno propio de la denostada democracia de masas. A su vez, los años del pretorianismo político dañaron fuertemente no sólo a las instituciones partidarias sino su relación con la sociedad, que ejerció distintas prácticas políticas por fuera e, incluso y centralmente, *por encima* de los partidos.

Hay otro aspecto central a tener en cuenta, y es el de las transformaciones ideológicas. Sin tratarse de cambios biográfico-intelectuales e ideológicos tan plenos que puedan configurar virajes políticos, entendidos como “un viaje político para, después de una crítica y un replanteo, aparecer en cualquier otra parte del espectro político”,³³ movimientos como los de García Venturini y Grondona, desde el catolicismo político al liberal-conservadurismo se explican por una continuidad de la mirada católica articulada con ideologías políticas y fuertemente influyente en el espacio de la intelectualidad católica.³⁴ Es importante destacar también que, del grupo de actores que hemos trabajado en este escrito, una parte importante de ellos se encuentran en lo que elegimos denominar como un “proceso de tránsito” entre el liberal-conservadurismo y el neoliberalismo; no casualmente, este tipo de trayectoria biográfico-intelectual aparece protagonizada excluyentemente por intelectuales ligados, por formación o desempeño, a las áreas de la economía, las primeras en recibir el influjo del neoliberalismo. Han sido los casos, con dife-

³³ Bunzel, John (1990), *Los intelectuales norteamericanos y las ideologías (1968-1988)*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, pp. 7-8.

³⁴ Ver Zanca, José (2006), *Los intelectuales católicos...* Op. Cit. y Zanca, José (2013). *Cristianos antifascistas...* Op. Cit.

rentes grados de profundidad, de Alsogaray, Benegas Lynch, García Belsunce, Martínez de Hoz, Sánchez Sañudo y Zinn. En estos intelectuales aparecieron diversas incorporaciones de ideas del neoliberalismo que se inician en la faz económica y acabarán, con el correr de los años y profundizándose alrededor del “Proceso”, en un pasaje hacia posiciones de fuerte diálogo con los conceptos neoliberales, al tiempo que apareció una fuerte estrategia propia de las transformaciones de la derecha liberal a nivel mundial: la conformación de instituciones capaces de organizar y formar actores a la vez que expandir sus ideas a diversos estratos de la vida social.³⁵ En esta transformación, lejos de plasmarse una negación de las implicancias del modelo rector del liberal-conservadurismo, entendemos que se prueban, como hemos referido antes sobre el caso de las derechas autoritarias, las fuertes pautas que han permitido a este ideario ser el articulador de diversas vertientes de las derechas argentinas desde una posición de preeminencia. Bohoslavsky y Morresi³⁶ han establecido cómo el liberal-conservadurismo forjó su sitio determinante entre las derechas nacionales durante este período: si ello en efecto fue así, las complejas tramas por las cuales se movieron los actores que promovieron tal ideología son un dato central para el posterior estudio de las intervenciones que plasmaron dicha centralidad. Un abordaje propio de la Historia Político-Intelectual implica, al momento de analizar a los intelectuales liberal-conservadores ante la última dictadura, plasmar las diversas variables que las trayectorias de estos actores permiten notar la convergencia en torno al “Proceso” como parte de la construcción de una hegemonía al interior del espacio de las derechas argentinas donde el liberal-conservadurismo se impuso a la derecha nacionalista. Cómo, en otras palabras, esta generación descalfa, plétórica de experiencias intelectuales diversas,

³⁵ Smith, James (1994), *Intermediarios de ideas. Los “grupos de expertos” (Think Tanks) y el surgimiento de la nueva elite política*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano. Ver Heredia, Mariana (2004), “El Proceso como bisagra...”. Op. Cit.

³⁶ Bohoslavsky, Ernesto y Morresi, Sergio (2011), “Las derechas argentinas en el siglo XX: ensayos sobre su relación con la democracia”. En *Iberoamérica Global*, vol. 4, n° 2, noviembre de 2011, Jerusalén, pp. 17-49.

encontró un horizonte sobre el cual calzó sus lecturas esperanzadas sobre la transformación del país.

Como se verá a continuación, muchas de las pautas con las cuales los intelectuales liberal-conservadores construyeron sus sitios en espacios diversos (intelectuales, mediáticos, académicos, gubernamentales tanto como redes de diverso tenor) tuvieron la construcción de su sitio hegemónico al interior de las derechas nacionales como un foco. Esa puja apareció como una clave de interpretación de la realidad argentina, leída bajo un prisma decadentista que marcó las expectativas de estos actores ante la última dictadura, tal como veremos a continuación, y también estructuró sus lecturas sobre el ocaso de la experiencia procesista.

Las trayectorias de los intelectuales liberal-conservadores implican figuras intelectuales diversas, pero nucleadas alrededor de la última experiencia dictatorial tanto de manera individual como grupal, marcados por la crisis del liberalismo y la búsqueda, de máxima, de la refundación de la vida nacional y, de mínima, de un momento ordenancista ante lo que entendieron como la peligrosa deriva de la sociedad de masas. En la segunda parte de este libro, nos enfocaremos en analizar las diversas maneras en las cuales las expectativas y las decepciones se inscribieron en el espacio liberal-conservador.

Segunda parte
Del sueño refundacional
a la pesadilla transicional

Capítulo III

La suma de los miedos. Entre la decadencia y la violencia

Es un tópico compartido al interior de las Ciencias Sociales que el liberalismo argentino experimentó, en sus diversas variantes, un proceso de crisis marcado por la emergencia de la primera democracia de masas que emergió con la Ley Electoral de 1912 y cuyo punto más problemático se halló a partir de los años treinta, llegando a su momento cúlmine durante el ciclo peronista. El problema de las masas en la vida política aparecía, en las interpretaciones liberal-conservadoras, ligado a una serie de fenómenos que, para estos autores, marcaban las pautas de la decadencia nacional: la democracia masificada, los partidos populistas, el Estado “desembozado”. El punto central de las intervenciones liberal-conservadoras, por lo tanto, apareció colocado sobre el trazo de una serie de diagnósticos sobre la decadencia argentina y la apertura de un horizonte refundacional tramado en torno de la instauración del “Proceso” como un tiempo de transformaciones de la realidad que entendían como decadente.

La decadencia argentina y la democracia de masas

Como marcamos en la introducción de este trabajo, los intelectuales liberal-conservadores entendían que la Argentina vivía una decadencia prolongada. “Sesenta años de decadencia” era el título de uno de los capítulos de *La segunda fundación de la República*, el programático libro de Ricardo Zinn que buscaba analizar el declive

nacional y presentar al “Proceso de Reorganización Nacional” como oportunidad de quiebre de dicho ciclo. Los sesenta años remitían al inicio del ciclo de la democracia de masas en el país y al ocaso del modelo liberal-conservador tutelar iniciado en 1880. La crisis liberal de los años treinta y la experiencia peronista no habían hecho sino profundizar dicha crisis que, en los complejos años posteriores a 1955, había alcanzado sus expresiones más notables. El retorno del peronismo al poder, en efecto, había sido para los intelectuales liberal-conservadores la muestra de que la democracia tal como era practicada en la Argentina era un problema de dos caras. Por un lado, un rostro teórico: la democracia de masas era una de las formas problemáticas de la democracia, que podía tanto oscilar entre el desborde de una concepción rousseauiana y las deformaciones populistas, como dar lugar a un gobierno de los peores, en términos de Jorge Luis García Venturini, “una *kakistocracia*”. El filósofo bahiense señalaba en un artículo aparecido en 1974 en *La Prensa*, periódico clave en la circulación de trabajos de los liberal-conservadores:

En no pocas conciencias democracia pasó a significar o a implicar la mediocridad, la medianía (la llamada mediocracia), o directamente la posibilidad de acceso al poder de los menos aptos, de los inferiores, aun de los incapaces y de los peores. Hay casos donde ya no se trata de aristocracia ni de democracia sino abiertamente de kakistocracia.¹

El término “kakistocracia” será muy influyente entre los autores liberal-conservadores y, con el rol mediático del propio García Venturini, se haría un concepto básico de los discursos que atacaban al populismo como desviación de las formas democráticas. La democracia de masas era, en el planteo del bahiense, el eje de la decadencia argentina. No era la democracia *per se* el problema sino su forma masiva, puesto que las masas eran el problema configurador. Al orteguiano “siglo del hombre común”,² los intelectuales liberal-

¹ García Venturini, Jorge Luis (2003). *Politeia*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas, pp. 307-308.

² Ortega y Gasset, José (1992). *La rebelión de las masas*. Madrid: Planeta.

conservadores lo experimentaban como un momento de decadencia de los valores modernos y liberales (generalmente entendidos como sinónimos) que daba por resultado a un sujeto político extrañado: el hombre masa. La antropología negativa, la postulación de una concepción moderantista del republicanismo, la apelación a un tipo restrictivo de democracia, que hemos analizado en el Capítulo I como constitutivos del ideario liberal-conservador, eran claves sobre las cuales nuestros actores leían los roles de las masas en la vida pública y conformaban un doble problema que en torno al “Proceso” aparecerá en una versión radicalizada.

Las masas como problema

El momento abierto con el derrocamiento de Juan Domingo Perón había visto a los intelectuales liberal-conservadores construyendo un paréntesis de espera en torno a la posible desperonización de las masas, entendida por medio de una lectura de paralelismo de la realidad nacional con el reciente escenario europeo. Si el clivaje fascismo-antifascismo propio de la Europa marcada por el trauma de la II Guerra Mundial había sido adoptado y prolongado en la Argentina con la oposición peronismo-antiperonismo, la misma concepción entendía a la desperonización como una consecuencia de los fenómenos de desfascistización del Viejo Continente. Era la respuesta liberal-conservadora del dilema que Carlos Altamirano marcó como centro de la hora posperonista: “Qué hacer con las masas”.³ Dicho problema, en efecto, apareció como clave del tiempo siguiente a setiembre de 1955, en tanto las masas eran entendidas como el núcleo popular de la experiencia peronista y un dato duro de la Argentina surgida de la crisis liberal. La concepción realista de los intelectuales que nos ocupan, otro rasgo configurativo del liberal-conservadurismo, así, fue un basamento clave para sus intervenciones sobre el problema de las masas y la democracia luego del fin del segundo gobierno justicialista. Una lectura realista de la

³ Altamirano, Carlos (2001), *Bajo el signo de las masas*. Buenos Aires: Ariel.

democracia como la expresada en aquel momento por Víctor Massuh en el luego famoso número 237 de *Sur*, editado tras el golpe que derrocó al peronismo, buscaba rescatar a la democracia no como un concepto ideal sino como una realidad compleja:

La formación espiritual del argentino tiene que ver con la educación para la democracia. Bien es cierto que, en nuestras tierras, la democracia es el ideal más permanente y su realidad, sin embargo, es una historia de frustraciones. Hay que plantar el árbol de la democracia una y mil veces.⁴

Era un momento de euforia que, como el propio título de la revista lo planteaba, se debía a una hora excepcional: “Por la reconstrucción nacional”, rezaba la portada de la revista dirigida por Victoria Ocampo. Los tonos refundacionales de las intervenciones de estos autores, allí, dejaron de lado la característica antropología negativa propia del liberal-conservadurismo en un marco de tensa espera de transformaciones. En tal sentido, la idea de que las masas se hallaban en un vacío ideológico (y por ello su identidad era plausible de transformación) se asentaba en los caracteres de sus apariciones en el espacio público, y donde las interpretaciones podían variar desde subrayar su cariz repentino hasta entroncarlas con pliegues históricos profundos, pasando por las diversas maneras de enfatizar la manipulación. Pero hasta allí, sin embargo, las masas no eran una negatividad absoluta sino una serie de posiciones sociopolíticas de mayor o menor complejidad (espontaneísmo, manipulación, sedimentación del pasado, entre otras) pero sin trazos de mayor densidad autónoma.⁵ Justamente esa interpretación permitía los resquicios de esperanza en la transformación desperonizadora pero al mismo tiempo marcaba en el triunfo o fracaso de tal cambio

⁴ Massuh, Víctor (1955), “Restitución de la verdad”. En *Sur* 237, noviembre-diciembre, Buenos Aires, p. 108.

⁵ La obra de Federico Pinedo, intelectual reivindicado por nuestros actores, y con contactos con ellos, quien ya se autodenominaba liberal-conservador, es un claro ejemplo de cómo la lectura sobre las masas puede potenciarse en torno a la cuestión del liderazgo, pero sin llegar a efectuar las consecuencias de una lectura antropológicamente negativa. Ver Vicente, Martín (2013), “Los furores de una demagogia...”. Op. Cit.

sus límites y las pautas del tiempo venidero. En las interpretaciones liberal-conservadoras se patentizaba una lectura sobre las masas que entendía que sobre ellas había actuado el aparato formativo peronista, en un sentido donde, desde lo estructural, como han subrayado Maristella Svampa y Flavia Fiorucci, existió en el modelo peronista una concepción que aparecía vinculada al proyecto liberal de educación del soberano. Svampa lo ha marcado de la siguiente manera:

Es profunda la continuidad ideológica del modelo peronista con respecto a la representación antigua de las masas: continuidad sarmientina que lo acercaba más al modelo del '80 (la posibilidad de "civilizar" a las masas bárbaras), que a la supuesta irreductibilidad que planteaban liberales y conservadores de la época, o la inversión sin más realizada por los revisionistas desde el registro Pueblo-Nación.⁶

En tal sentido, los jóvenes intelectuales del liberal-conservadurismo consiguieron interpretar con agudeza cuál era el desafío que el peronismo había supuesto: la apropiación de un proyecto pedagógico que estaba en las bases formativas de nuestros actores, pero reinterpretado desde el populismo. Resonaban aquí las clásicas formulaciones del barón de Montesquieu acerca de la problemática de confusión entre la libertad del pueblo y el poder del pueblo.⁷ Al igual que con la experiencia yrigoyenista antes, las masas eran leídas tanto por los opositores del líder radical como luego del justicialista, como manipuladas, lo cual colocaba el eje problemático primero en los líderes y llevaba, tras sus derrocamientos, a repensar cómo transformar la compleja educación de las aparentemente simples masas. Con el peronismo fuera del Estado, la hora se ofrecía como marco

⁶ Svampa, Maristela (2006), *Civilización o barbarie. El dilema argentino*. Buenos Aires: Taurus, pp. 293-294. Fiorucci, Flavia (2011), *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*. Buenos Aires: Biblos.

⁷ Para el autor francés se trataba del peligro de confundir el poder del pueblo por la vía de la participación con la seguridad subjetiva por medio de la organización de la vida política. En tal sentido, Montesquieu privilegiaba la segunda opción, es decir, la libertad civil por sobre la libertad política: en el plano interpretativo de nuestros autores, la democracia formal o la República en contra de la democracia de corte rousseauiano. Montesquieu, Charles de (1984), *El espíritu de las leyes...* Op. Cit.

de posibilidad para desandar aquello que se había construido en la década justicialista.⁸

Estos intelectuales entendían que el contexto implicaba cambios radicales, tales como los que acababa de experimentar Europa. Juan Segundo Linares Quintana expresaba la tonalidad de la concepción:

La dictadura peronista, que instauró en el país un régimen despótico que suprimió la libertad y negó el derecho y la justicia, en el hecho violó todos los derechos y garantías constitucionales, desconociendo hasta los más elementales atributos de la personalidad humana.⁹

El tipo de dictadura que, para los autores liberal-conservadores, había implicado el peronismo, lo colocaba en una familia de regímenes totalitarios junto con los fascismos y el stalinismo, pero con un rasgo particular: el lugar de la democracia antiliberal en la experiencia populista. Así lo señalaba Mariano Grondona: “[Sin] ese elemento liberal, la democracia amenaza entonces con convertirse en un totalitarismo más”, por lo cual se estaría en un totalitarismo de masas, de donde, por lo tanto, “el régimen de la dictadura peronista fue estrictamente democrático y legal. Pero no fue liberal sino totalitario”.¹⁰ Las masas, como sustento y objeto del gobierno eran entendidas como parte inescindible de la democracia, pero como sujeto efectivo conformaban la desviación totalitaria. De ahí que la

⁸ Es sugestiva la interpretación que Fiorucci realiza del desencuentro del proyecto pedagógico peronista y la intelectualidad liberal: para la autora, el fracaso del peronismo en “cooptar e intervenir” sobre estos llevó a que el gobierno tomase, desde 1950, una postura de “enfrentamiento directo”. Fiorucci, Flavia (2011), *Intelectuales y peronismo...* Op. Cit., pp. 29-63. Desde nuestros autores, era muy claro en este sentido García Venturini al plantear la oposición: “Dos conceptos, pues, definitivamente excluyentes. O pedagogía o demagogia, educación o barbarie. Esta es la opción fundamental”. García Venturini, Jorge Luis (1967), *Introducción dinámica a la filosofía política*. Buenos Aires: Losada, p. 121. Originalmente, la intervención se publicó en *La voz del interior* en 1961.

⁹ Linares Quintana, Juan S. (1956), *Tratado de la ciencia del Derecho Constitucional. La libertad constitucional. Libertades particulares*. Buenos Aires: Alfa, p. 269.

¹⁰ Grondona, Mariano (1959), “Los factores de poder en la Argentina”, en *Criterio*, n° 1345-1346, Buenos Aires, p. 904.

desperonización fuera una clave y su no concreción deviniera luego el signo de un fracaso.

Si bien el gobierno de Arturo Frondizi, quien alcanzó la primera magistratura con un pacto con Perón y un gran caudal de votos justicialistas, fue un problema para los intelectuales liberal-conservadores, a lo que se sumaba el desarrollismo como opción económica no liberal (y, para nuestros autores directamente antiliberal), fueron sin embargo la Revolución Cubana y la recepción del nuevo anticomunismo los determinantes del fin de aquel paréntesis. A partir de finales de la década de 1950 y hasta los primeros años de la siguiente, estos autores promovieron una lectura donde el anti-comunismo se imbricó con el antipopulismo y forjó un breve ciclo donde las lecturas liberal-conservadoras se imbricaron con las de otras corrientes de las derechas. El contexto de la Guerra Fría, la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam, y las diferentes alternativas mundiales que definieron la etapa de la bipolaridad entre los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, llevaron a que tanto el peronismo como la cuestión de las masas comenzaran a presentarse bajo una óptica nueva. La peculiaridad de los modos de intervención de los intelectuales liberal-conservadores contrastó, en tal sentido, con la de otros espacios del liberalismo, que habían privilegiado el “uso en clave” del comunismo para superponerlo al peronismo y, al mismo tiempo, hacer que tal estrategia formara parte de sus lecturas críticas al totalitarismo.¹¹ En los años que nos ocupan, efectivamente, el problema del comunismo se escinde de la cuestión totalitaria que lo ligaba a los fascismos y, en esa cadena equivalente al interior de las concepciones liberal-conservadoras, protagonizará junto al populismo un entramado particular. Dicha construcción será retomada posteriormente cuando, en la década de 1970, las concepciones de la amenaza se entronquen con los análisis sobre la violencia política y la disgregación de la comunidad, como veremos, y será clave en las lecturas de la oportunidad procesista.

¹¹ Nallim, Jorge (2002), *The Crisis of Liberalism in Argentina. 1930-1946*. Pittsburg, University of Pittsburg, Tesis PHD, mimeo.

La lectura de las masas como problema clave a partir de las últimas décadas del siglo XIX, que tuvo en *La rebelión de las masas* del filósofo español José Ortega y Gasset la interpretación más influyente para los autores liberal-conservadores, apareció en los diagnósticos de estos autores como el problema de fondo que explicaba la decadencia nacional. Si el problema de las masas en la democracia se hacía patente en la política nacional con la promulgación de la Ley Sáenz Peña, demostrando la defección de la elite que había forjado la Argentina moderna, con la crisis del liberalismo y la experiencia peronista su presencia en la vida pública configuraba los años posteriores al derrocamiento del gobierno justicialista en 1955. Se preguntaba en 1976 Ricardo Zinn de manera retórica: “En 1916, cuando comienza el pleno imperio del gobierno radical, la pregunta fue: ¿Gobierno del pueblo? ¿Para qué?”, en tanto la respuesta estaba clara para estos autores, ya que “el gobierno del pueblo, frente a la independencia y frente a la organización nacional, es un objetivo de segundo orden. No tiene valor autosuficiente”.¹² Esta lectura del pueblo como una forma masiva problemática para la democracia había aparecido fuertemente en los intelectuales liberal-conservadores como reacción a sus propias expectativas de desperonización popular en 1955 y el fracaso de dicha operación, que veremos en el apartado siguiente. Allí, la lectura del pueblo aparecía por medio de interpretaciones como las de García Venturini, quien desde las páginas de *Criterio*, se encargaba de subrayar que “[en] el oscuro laberinto de la semántica contemporánea sobresale –justamente por su oscuridad– el vocablo *pueblo*, quizá el más empleado del léxico político”.¹³ El filósofo destacaba uno de los ejes centrales desde los cuales el liberal-conservadurismo leía la noción de pueblo: como un sujeto que, por su propia definición, era ajeno al acto político como totalidad:

Y así como “el pueblo” (considerado como totalidad) no protagoniza un hecho tampoco protagoniza una idea. “El pue-

¹² Zinn, Ricardo (1976), *La segunda fundación...* Op. Cit., p. 129.

¹³ García Venturini, Jorge Luis (1961), “En torno a la noción de pueblo”. En *Criterio* n° 1378, Buenos Aires, p. 297.

blo” nunca es tal cosa o tal otra, de este o aquel credo religioso o político. Por eso, la connotación más certera del vocablo pueblo, es decir, la totalidad de personas humanas que integran un cuerpo político (hablamos un lenguaje mariteniano) nunca puede ser sujeto de una acción, sólo puede funcionar como objeto pasivo y aun esto potencialmente.¹⁴

La idea de pasividad, clave para las lecturas de las masas como sujetos sin capacidad de agencia real, se complementaba con la visión del bahiense de una doble problemática de la hora. En primer término, los usos desviados del concepto de pueblo; en segundo lugar, la idea populista de que en dicho pueblo (ya fallido, para el autor, desde la concepción desviada) anidaba la razón: “El equívoco de nuestra época –quizá de otras también– no se limita al uso promiscuo del término ‘*pueblo*’ sino que con alarmante frecuencia y generalidad se atribuye al pueblo la posesión de la verdad, a veces de la verdad política, otras de la verdad total”.¹⁵ Estas aseveraciones de García Venturini eran representativas del problema que las masas, para los intelectuales liberal-conservadores, implicaban en la vida pública una vez que el paréntesis sobre las masas culminaba.

Para estos autores la democracia debía separarse en modelos antitéticos: la democracia de masas y la democracia republicana, algo por lo cual habían bregado desde su ascenso en los espacios públicos en 1955. Como vimos en el Capítulo I, el giro republicano moderantista del liberal-conservadurismo implicaba la asunción de un tipo democrático elitista y de baja intensidad. Charles de Montesquieu, Alexis de Tocqueville o *El Federalista* podían compartir, en esos diagnósticos, lugar con el liberalismo argentino del siglo XIX, la concepción antimásiva de José Ortega y Gasset o la apelación a la renovación liberal: la amplitud de fuentes y el diverso tipo de argumentaciones marcaba la centralidad del problema, que era abordado desde distintos ángulos. Masas y democracia se imbricaban como un mismo eje en los diagnósticos liberal-conservadores,

¹⁴ Idem, pp. 297-298.

¹⁵ Idem, p. 298.

mientras que el populismo aparecía como el numen de dicha problemática a la hora de interpretar la realidad argentina. La reconstrucción liberal-conservadora que estos intelectuales esperaron del “Proceso” debe enmarcarse en este diagnóstico, desde la doble clave del ordenancismo (el gobierno capaz de cortar con la compleja realidad de principios de 1976) y la refundación (la experiencia que llevara a cabo una transformación nacional). Pero el contexto nacional no era el único marco en el cual nuestros actores interpretaron la ocasión procesista, sino que el cuadro internacional de la Guerra Fría apareció también como un condicionante de las intervenciones de estos intelectuales. En el centro de la concepción de un enfrentamiento entre las potencias globales había un punto axial: el rescate del Occidente. La democracia como problema, tal como la hemos analizado, era inseparable de la concepción occidentalista, entendida por los liberal-conservadores como seriamente amenazada.

Las pautas de la Guerra Fría: el monstruo interior

El rescate de Occidente

“Nos transformamos rápidamente en la capital meridional del movimiento revolucionario comunista”, se alarmaba Ricardo Zinn en su obra programática, haciendo un *racconto* de las formas de “penetración comunista”.¹⁶ El enemigo es poderoso, advertía, puesto que su accionar desestabilizador cobraba formas no asequibles a las interpretaciones de la medianía. El autor marcaba dónde se encontraba el eje de tal obturación: “La incompetencia política, todavía no ha aceptado el catálogo de las armas empleadas”.¹⁷ Así como la sociedad de masas era un problema al politizarse, también lo era en un sentido cognitivo: en un círculo vicioso, la sociedad no reflexionaba lo suficiente, lo que llevaba al populismo y a la invisibilización del enemigo comunista. Para los autores liberal-conserva-

¹⁶ Zinn, Ricardo (1976), *La segunda fundación...* Op. Cit., p. 91.

¹⁷ Idem, p. 95.

dores, los años de la Guerra Fría aparecieron, en ese sentido, como un momento en el cual la problemática de las masas se redefinía. La violencia propia de una guerra soterrada se ligaba, en estos intelectuales, a las diversas formas del populismo, cuña destructora en el Occidente, en tanto este período de mediados de los setenta fue el marco en el cual extremaron su lectura política de la otredad hasta llevarla al campo de la dicotomía, para establecer desde allí los criterios de una guerra interna sobre un enemigo que se creía mundial pero se atacaba focalmente en cada nación. La intelectualidad del liberal-conservadurismo pudo construir, desde su versión de la otredad, una categoría de enemigo tan amplia como para incluir a todo aquel que no se ajustase a los cánones que ella misma determinaba, en una operación multiabarcativa y maximalista. Una estrategia de este tipo, nuevamente, redireccionaba las propias coordenadas del liberal-conservadurismo al interior de las derechas nacionales, en tanto se recreaba, como ya señalamos, una gramática que aunaba a las derechas nacionalistas con nuestros intelectuales en pos de la lectura sobre el enemigo. En tanto articulaciones sumamente complejas, esta producción de una suerte de borramiento de los límites se centraba en las lecturas del enemigo como amenaza multiforme que se leía desde una frontera política clave: el Occidente, que al mismo tiempo implicaba reposicionar, una vez más, la pregunta por el rol de las masas.

Como señalaba García Venturini en el mismo año 1976: “El Espíritu de Occidente enfrenta a un enemigo que, con los medios que el propio Occidente le ha proporcionado, es hoy más temible y poderoso que nunca”.¹⁸ La tiranía totalitaria y la kakistocracia, definida como tal en un resonante artículo en *La Prensa*, eran ese enemigo de dos caras: el totalitarismo nazifascista y/o comunista, y el gobierno de los peores, también totalitario, como ya lo había planteado Grondona. Y era, para el filósofo, el propio “Espíritu de Occidente” la conformación capaz de hacer frente a lo que presentaba como tan decisivo enfrentamiento, “cosmovisión que hay que poner al día todos los días y mostrarla reactualizada y cargada

¹⁸ García Venturini, Jorge Luis (2003), *Politeia...* Op. Cit., p. 265.

de esperanzas a las nuevas generaciones, porque si bien su fuerza radica en que es verdadera, también es menester que luzca un rostro atractivo y una prestancia hidalga”.¹⁹ Límite ético-político cuanto estético, la frontera masiva en los tiempos de la violencia aparecía recreando el problema de las masas: era sobre ese sujeto masivo y amorfo donde el peligro terrorista se hacía patente. La pérdida de la racionalidad política encontraba su otredad absoluta ya no en los movimientos de masas, sino en la transformación de estos en cauces violentos. Un sujeto ideológicamente hueco y masificado era, por lo tanto, pasto para las llamas de la violencia política.

El concepto, fuertemente hegeliano, de “Espíritu de Occidente” que teorizó y difundió García Venturini, y fue retomado profusamente por los intelectuales liberal-conservadores, apareció en la pluma del bahiense tras una serie de torsiones conceptuales. Si en 1956 elegía hablar, genéricamente, de “la civilización occidental”²⁰ y en 1962 introducía la cuestión clave de la religión y optaba por “Civilización Cristiana Occidental”,²¹ será en los años clave de mediados de la década de los setenta cuando proponga la categoría que nos ocupa. En efecto, durante esa etapa, el filósofo comenzará a mencionar en sus artículos al “Espíritu de Occidente”, que definirá en su libro más resonante, *Politeia*, editado en 1978. Allí, García Venturini concibió este concepto como la unión de las lógicas judía, fe monoteísta y bíblica, y griega, razón y logos socrático, donde “la concepción judía –que luego serán la fe y la cosmovisión cristianas– habría de integrarse con el espíritu griego para constituir

¹⁹ Idem, p. 268. En distintos estudios pueden encontrarse análisis que marcan la fortaleza de una clave interpretativa, que se extendió a diversos lineamientos ideológicos, fuertemente influida por las categorías de los años de entreguerra y luego por las de la Guerra Fría: la lucha “libertad vs. totalitarismo” aparecía tutelando muchas construcciones discursivas que se tramaban sobre la dicotomía política. Es notable cómo, por otra parte, los teóricos del liberal-conservadurismo se manejaban con mucha de la terminología que signó los conflictos alrededor del primer peronismo, y cómo encastraban esa lógica dicotómica dentro del esquema prohijado por las concepciones bipolares propias de la Guerra Fría. Las reacomodaciones conceptuales, empero, no hacen sino marcar la fortaleza de las construcciones dicotómicas y los posteriores efectos de frontera, que como vimos aparecen actuando sobre tópicos diversos.

²⁰ García Venturini, Jorge Luis (1956a), “Reseña de *El futuro de Occidente*, de J. G. de Beus”, en *Criterio*, n° 1253, Buenos Aires.

²¹ García Venturini, Jorge Luis (1962), *Ante el fin de la historia*. Buenos Aires: Troquel, p. 44.

el núcleo sustancial de lo que personalmente llamamos el Espíritu de Occidente”.²² A la razón y la fe, señalaba el filósofo, “hay que añadir un tercero, en cierta forma derivado o consecuente de estos dos primeros: la libertad”.²³

En esa síntesis y en esas circunstancias quedó conformado el Espíritu de Occidente. Desde entonces fuimos sabiendo que el ser humano no es un mero objeto o un objeto más importante, sino un sujeto; que no es algo sino un alguien; que no es sólo un individuo sino una persona. Persona significa ser racional (zoon logón ejón); esto lo dijeron los griegos. Pero también significa espiritualidad abierta a la trascendencia, dignidad intrínseca, anterior y superior a todos los poderes de la tierra; esto sólo lo dijo la Revelación.²⁴

La libertad aparecía posibilitada por la razón y la fe: esta construcción terminaba de explicar la cuestión de la aprehensión para con las masas, en tanto su formación en un plano nihilista estaba marcada por la falta de razón y fe. Era imposible, entonces, concebirlas como conglomerados de sujetos libres. Al mismo tiempo, esta construcción del bahiense remitía a una problemática muy fuertemente presente en las décadas previas en el espacio liberal-conservador, expuesto de manera tajante por Ambrosio Romero Carranza en su obra *El triunfo del cristianismo*, que se había reeditado en 1975. Si bien estos actores parten de un marco ecuménico y se mueven dentro de él, la superioridad del cristianismo aparece en tanto es entendido como una religión, una ética, superior, donde la fe judía no era sino una parte posibilitadora de la lógica occidental. Como lo había dejado en claro Jaime Perriaux a inicios de la década, se trataba de destacar “lo prodigioso de la contribución judía, hebrea, israelita, o como se la quiera llamar, a la civilización occidental, por lo menos en su faz contemporánea”.²⁵ Israel, piedra basamental,

²² García Venturini, Jorge Luis (2003), *Politeia...* Op. Cit., p. 254.

²³ Idem, p. 255.

²⁴ Idem, p. 257.

²⁵ Perriaux, Jaime (1970), *Las generaciones argentinas*. Buenos Aires: Eudeba, p. 41.

entonces, del “Espíritu de Occidente”, pero desde el surgimiento de este, supeditada a él, proseguía García Venturini:

El Espíritu de Occidente se ha dado, pues, en función de una teología, una metafísica, una antropología y una filosofía de la historia, distintas de las que existieron secularmente en todo el planeta, con la excepción –ya está dicho– de Grecia –pueblo elegido de la razón– e Israel –pueblo elegido de la Revelación–. La razón y la fe, pues, Jerusalén y Atenas, Atenas y Jerusalén, curiosamente las capitales de Occidente. Y sobre esta base teológica y filosófica surgió una ética y una política diferentes.²⁶

El autor bahiense, empero, destacaba que la némesis del Espíritu de Occidente no se encontraba en el Oriente, sino dentro del propio Occidente, en lo que el autor denominaba, alternativamente, sus patologías y sus aberraciones. Por ello destacaba que en la propia concepción occidental estaba presente el respeto al Oriente:

Al afirmar y exaltar el Espíritu de Occidente no despreciamos al Oriente, por supuesto, en sus variadas expresiones. No despreciamos al Oriente porque eso estaría en contra del Espíritu de Occidente, que por su propia índole humanista y trascendente se opone a todo racismo, a todo nacionalismo, a todo sentimiento tribal, a toda discriminación ‘a priori’ entre los hombres.²⁷

Ese era el sentido último de la construcción ecuménica: el respeto, el reconocimiento, pero no el diálogo entre pares, sino, bajo la idea del cristianismo como espiritualmente semita, tal como había enfatizado el Papa Pablo VI y, desde allí, subrayado el espacio liberal-conservador. Ese semitismo espiritual era el que estaba implicado en el “Espíritu de Occidente”, bajo las formas que estamos analizando, que al mismo tiempo retomaba y reformulaba problemáticas inscriptas en la historia del liberal-conservadurismo argentino en

²⁶ García Venturini, Jorge Luis (2003), *Politeia...* Op. Cit., p. 260.

²⁷ Idem, p. 259. Pese a este desarrollo, dos años luego García Venturini, en una entrevista, se mostraba fuertemente despreciativo del Oriente, al afirmar: “Oriente no existe. ¿Por qué [Occidente] debería comprenderlo?” (1980).

torno a la “cuestión judía”. De los diversos trazos de antisemitismo de principios de siglo que ha relevado Lvovich²⁸ a las transformaciones pro-judías durante el ciclo iniciado en los años treinta, marcadas por las luchas, al interior de las derechas, con las visiones nacionalistas.²⁹ Esta concepción formaba parte de una puja entre los opuestos Occidente-Oriente, donde su némesis se construía del mismo modo pero con características ético-políticas enfrentadas, al “Espíritu de Occidente”. Espejo en reverso, así:

Hoy el enemigo de Occidente no es sólo una concepción política, o económica o social, o todo ello sumado. Es algo más. En efecto, se presenta como una cosmovisión, esto es, como una visión totalizadora del hombre, del mundo y de la vida, que procura dar respuesta a todos los interrogantes posibles, y que, siendo atea, no está exenta de religiosidad.³⁰

“Si no tuviéramos una cosmovisión habría que inventarla, pero la tenemos, y ésta es precisamente el Espíritu de Occidente, con sus viejas raíces y su milenaria trayectoria”, señalaba García Venturini.³¹ En tal sentido, aparecía planteada una lucha entre dos cosmovisiones, la del espíritu teorizado por el bahiense y la de un ateísmo corruptor del Occidente desde sus propias entrañas: la quiebra del pensamiento religioso emergía como un hijo putativo de las lógicas racionalistas.

Víctor Massuh realizó, en tal sentido, una de las más densas intervenciones liberal-conservadoras en su obra *Nihilismo y experiencia extrema*.³² El libro, editado en 1975, una fecha pico para las intervenciones radicalizadas de nuestros actores, trazaba un derrotero del

²⁸ Lvovich, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo...* Op. Cit.

²⁹ Que tuvo su representación más significativa en el relato ficcional de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, “La fiesta del monstruo”, editado en 1947. La narración de los creadores de Bustos Domecq, en efecto, condensaba las relaciones nacionalismo-peronismo-antisemitismo y las tramaba en una suerte de tradición nacionalista y autoritaria donde el peronismo recreaba el régimen rosista. Bustos Domecq, Honorio (seud. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares) (1977), “La fiesta del monstruo”. En *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*. Buenos Aires: Librería La Ciudad.

³⁰ García Venturini, Jorge Luis (2003), *Politeia...* Op. Cit., p. 267.

³¹ Idem, p. 267-268.

³² Massuh, Víctor (1975), *Nihilismo y experiencia extrema*. Buenos Aires: Sudamericana.

nihilismo contemporáneo que se entroncaba con la problemática de una obra previa del tucumano, *Nietzsche y el fin de la religión*.³³ En ambos trabajos había un diagnóstico básico: el pensamiento decimonónico se encargó de buscar destruir las bases de sustento de las concepciones religiosas, dando lugar al nihilismo moderno que se profundizó, y vulgarizó, en el siglo XX. De ahí su declarada intención de lograr captar el modo en el cual los hombres mataron a Dios y crearon dioses mundanos y supletorios. Para Massuh, Ludwig Feuerbach, Karl Marx y Friedrich Nietzsche conformaron “el fenómeno espiritual más decisivo del siglo XIX: la conversión del ateísmo naturalista del siglo XVIII en un ateísmo humanista o humanismo radical”.³⁴ Para el tucumano, el nihilismo, enraizado en las transformaciones ejercidas por esos filósofos de la sospecha, era la sumatoria de dos fenómenos: la secularización y el momento de las masas, entendidas en su teoría como la negación de Dios en la etapa contemporánea. La fórmula de tal ciclo de la negación, en sí misma, era en tal sentido un continuo lógico: las instancias de la secularización posibilitaban las configuraciones del tiempo del “hombre medio”, como supo definirlo Ortega y Gasset.³⁵ En tal sentido, la era de las masas tenía un eje en la cuestión religiosa que se transformaba en una antropología negativa a la hora de interpretar la vida sociopolítica.³⁶ El carácter elitista del pensamiento de los intelectuales liberal-conservadores, que como otras manifestaciones se pondrá particularmente radical en los años setenta, poseía bases ancladas en la religión pero dejaba de lado la advertencia de William Harbour acerca de una problemática ínsita en la teoría conservadora: la de reducirse a una clave teológica por medio del “humanismo teocéntrico”.³⁷ Veamos, a continuación, cómo la religión apareció como un problema de una dinámica específica.

³³ Massuh, Víctor (1969), *Nietzsche y el fin de la religión*. Buenos Aires: Sudamericana.

³⁴ Idem, p. 108.

³⁵ Ortega y Gasset, José (1992), *La rebelión...* Op. Cit., p. 48.

³⁶ Vicente, Martín (2012), “El fundamento religioso del elitismo en los intelectuales liberal-conservadores argentinos en la década de 1970. Los casos de Jorge L. García Venturini y Víctor Massuh”. En *Papeles de Trabajo* n° 9, junio, pp. 179-197.

³⁷ Harbour, William (1985), *El pensamiento conservador...* Op. Cit., pp. 21-25.

La religión, base de Occidente

La concepción occidentalista de los intelectuales liberal-conservadores, radicalizada en el marco de la Guerra Fría y de la complejización de la situación sociopolítica nacional, se articuló con las transformaciones de sus planteos sobre la religión católica. El marco de las interpretaciones religiosas había sido, a partir de 1955, tensionado tanto por la recepción de la renovación católica implicada en tendencias como el nuevo humanismo cristiano, la *Nouvelle Theologie*, y las diversas líneas de la renovación teológica cuanto como por la lucha contra las derechas nacionalistas, la apertura a concepciones ecuménicas y las relecturas de la historia argentina bajo un prisma religioso. En ese sentido, la articulación de la Iglesia Católica con el peronismo separó a los autores liberal-conservadores del marco institucional y reforzó su concepción de la *Ecclesia* como comunidad de fieles. Los nacionalismos radicales, simbolizados por los fascismos europeos e igualados al peronismo, aparecían como némesis tanto de la nueva sensibilidad católica como del liberal-conservadurismo que, en sus basamentos, era asumido por estos actores como un ideario profundamente católico. García Venturini expresaba la más tajante de las posiciones de este espacio cuando, en una reseña editada en *Criterio* del libro *Los católicos, la política y el dinero*, de Pierre-Henri Simon, sentenciaba: “quienes debieron ser los propiciadores de la más amplia fraternidad universal se han encerrado, paradójicamente, en el más cerrado y estéril de los nacionalismos”.³⁸ La frase del filósofo sobrepasaba la Europa analizada en el libro del francés, y se dirigía a la Argentina, más concretamente a la Iglesia Católica y los laicos que acompañaron la experiencia peronista y que, como han señalado diversos estudios, ligaron religión y política a un punto que hizo difícil diferenciar una de la otra.³⁹ La operación era multifocal, no sólo por la obvia crítica al

³⁸ García Venturini, Jorge Luis (1956b), “Reseña de *Los católicos, la política y el dinero*, por Pierre-Henri Simon”, en *Criterio* n° 1262, Buenos Aires, p. 478.

³⁹ Entre otros, ver Bianchi, Susana (2001), *Catolicismo y peronismo. Religión y Política en la Argentina. 1943-1955*. Buenos Aires: Trama - Prometeo. Caimari, Lila (2010), *Perón y la Iglesia Católica. Religión, estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires: Emecé.

rol de la Iglesia institucional y de los mismos creyentes, sino por las repercusiones que implicaba el paralelismo de la Europa fascistizada con el de la Argentina del decenio peronista. La reseña del libro de Simon, uno de los principales nombres del catolicismo antifascista y al mismo tiempo un gran denunciante de las complicidades de los religiosos con el avance de tales regímenes, se trataba de una puesta en acto de la metáfora de la lucha antiperonista como antifascista, y al mismo tiempo una poderosa señal al interior del universo católico para marcar que estaba evidentemente quebrado.

Anteponiendo la identidad política a la religiosa, era reformular la potencialidad política de la religión católica, lo que fue un eje central para nuestros actores, donde convergieron el quiebre del cuerpo católico y las pujas al interior de las derechas. Desde ese sitio, releer la historia argentina fue parte de una operación polémica entendida como un claro programa posperonista. Aperturismo religioso, humanismo católico y apelaciones renovadoras podían convivir con silencios o construcciones tangenciales ante las transformaciones del complejo universo católico (con el Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín como casos claves), tanto para asimilar las lecturas personalistas de la renovación teológica como para hallar nuevos modos de entender el Occidente como construcción basada en el catolicismo o enfrentar las consecuencias del avance de la contemporaneidad posreligiosa, como vimos previamente.

La recepción de la obra de los renovadores franceses comenzó muy temprano en nuestros autores, de la mano del influjo y las polémicas que los trabajos de Maritain generaron en nuestro país, y que en los intelectuales liberal-conservadores tuvo una especial potencia en tanto su obra generó un drástico conflicto con el catolicismo nacionalista, precisamente en los años formativos de nuestros actores, como destacamos.⁴⁰ En tal sentido, es especialmente grá-

Zanatta, Loris (1995), *Perón y el mito de la Nación Católica*. Buenos Aires: Sudamericana, si bien con éste último marcamos ciertos reparos en su análisis.

⁴⁰ Ver Orbe, Patricia (2006), "La concepción política de Jacques Maritain, eje de una controversia católica". En Biagini, Hugo y Roig, Arturo (Dir.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II*. Buenos Aires: Biblos. Zanca, José (2013), *Cristianos antifascistas... Op. Cit.*

fico el modo en el cual García Venturini señalaba la centralidad de esa lucha contra los nacionalismos y el influjo que la vida y obra del neotomista ejercieron en su tiempo y sobre él mismo, en el artículo que escribió en *La Prensa* tras la muerte del filósofo de Meudon:

Siempre en defensa de la persona humana y de su dignidad trascendente. Siempre en lucha sin cuartel contra todos los mitos y los “superhombres”, contra todas las formas de totalitarismo, contra las tiranías de cualquier tipo y color, de extrema izquierda o extrema derecha que ha padecido y padece el mundo contemporáneo, siempre en defensa de la verdadera Iglesia de Cristo, opuesto tanto a la reacción intolerante como a la nueva herejía del tercermundismo.⁴¹

La figura del francés era, finalmente, saludada con la siguiente frase: “Ha muerto Jacques Maritain, ha muerto un filósofo y, quizás, un santo”.⁴² Así, cinco años luego, durante el “Proceso”, García Venturini decía del autor galo: “representa el mayor esfuerzo filosófico, no sólo de nuestra época, por asumir la mejor tradición occidental y expresarla en una síntesis, fundada ésta en ciertas verdades teológicas y morales”.⁴³ El influjo del nuevo humanismo fue tal entre los autores liberal-conservadores que, incluso un intelectual fuertemente influido por la renovación neoliberal como Álvaro Alsogaray elegía, sobre el cierre de la década previa, destacar el rol de la religión en su propuesta. Para el ingeniero, su concepto de Economía Social de Mercado estaba tan inscripto en el catolicismo que bien podía aceptar el rótulo de “humanismo”.⁴⁴ El problema, decía el santafesino, era que la democracia cristiana había abjurado del uso del concepto de liberalismo, presa de prejuicios antiliberales, como si el liberalismo fuera contrario al catolicismo.⁴⁵ Duran-

⁴¹ García Venturini, Jorge Luis (1973), “Ha muerto Maritain”. En *La Prensa*, 8 de mayo, Buenos Aires, p. 11.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ García Venturini, Jorge Luis (2003), *Politeia...* Op. Cit., p. 209.

⁴⁴ Alsogaray, Álvaro (1968), *Bases para la acción política futura*. Buenos Aires: Planeta, p. 7.

⁴⁵ Alsogaray, Álvaro (1969), *Política y economía en Latinoamérica*. Buenos Aires: Atlántida, pp. 11-19.

te el “Proceso”, Víctor Massuh y Ricardo Zinn, entre otros, daban centralidad al concepto de persona en sus ensayos, una manera de enfrentar tanto las corrientes políticas que entendían basadas en la masificación (fascismo, comunismo, populismo) como las tensiones del neoliberalismo que el propio Alsogaray buscaba superar (entre ellas, el individualismo metodológico y las ideas atomistas de lo social). Cual movimiento de pinzas sobre el pasado inmediato, el filósofo tucumano comparaba al peronismo con una religión supletoria, falsa y tribal, en tanto Zinn entendía al populismo a modo de una forma política carente de la idea de persona humana y Alsogaray advertía sobre las problemáticas que la propia renovación liberal podía generar en concepciones humanistas como las de nuestros autores.

Ambrosio Romero Carranza, el autor de mayor peso en los espacios católicos por los que circularon nuestros actores (como señalamos, en este sentido una clara figura liminar), ejecutó en el clave año 1975 una fuerte operación intelectual. Ese año, marcado como vimos por la radicalización de las interpretaciones del espacio liberal-conservador, el mismo en el que Massuh editó su trabajo clave *Nihilismo y experiencia extrema*, fue el de la reedición de un libro claramente militante del jurista. *El triunfo del cristianismo* había aparecido originalmente en 1947 en la editorial católica Huarpes y había sido reeditado por Emecé en 1950. Traducido a diversos idiomas, fue la obra de mayor repercusión dentro de los escritos religiosos de Romero Carranza, y volvió a editarse por el Círculo de Lectores.⁴⁶ El propio trayecto del libro es sugerente: de una editorial de temáticas cristianas a inicios del peronismo, a una de las mayores casas editoras del país al promediar la década justicialista y a su reaparición en una colección de grandes tiradas que promovía “clásicos contemporáneos”. La reedición de esta obra central del abogado, tras veinticinco años de su última versión, aparecía complejizando aún más las diversas instancias de un espacio ideológico que experimentaba en esos momentos una etapa clave de redefini-

⁴⁶ Romero Carranza, Ambrosio (1975), *El triunfo del cristianismo*. Buenos Aires: Club de Lectores.

ciones. Organizado en torno a lo que Romero Carranza entendía como las luchas históricas del cristianismo, el libro señalaba:

El cristianismo triunfó, pues, en esas luchas, de sus más temibles y peligrosos adversarios, echando tan profundas raíces en el corazón y la mente de la humanidad que ya nada ni nadie lo podrá arrancar. Aunque surjan nuevos heresiarcas y proliferen múltiples sectas disidentes, la luminosa doctrina del Salvador no será ensombrecida por más grande que sea el cúmulo de dispares opiniones y creencias. Y aunque se propague en Europa y América un ateísmo disolvente creador de innumerables partidos políticos y sistemas sociales enemigos de toda fe, los cimientos de la civilización cristiana tampoco podrán ser conmovidos por este diluvio de doctrinas ateas.⁴⁷

El punto central de la amenaza a la cual se refería Romero Carranza era la doble vía conformada por el ateísmo (es decir, una de las formas del nihilismo, como hemos analizado en Massuh) y la reformulación de los cánones religiosos, vaciados ahora de su sentido real, por medio de la erección de un falso ídolo: en este caso, el Estado en su sentido no humanista, es decir, no católico. Del momento del peronismo original a los años del retorno justicialista, el trabajo se resignificaba asumiendo una problemática similar: esas desviaciones confluentes que conformaban el rostro incivilizado de la humanidad.

El mundo civilizado ha entendido que la moral cristiana constituye su salvación no sólo eterna sino también temporal, porque es la única base sobre la que se puede fundamentar una paz verdadera y la única armadura capaz de proteger los esenciales derechos de la persona humana.⁴⁸

Pero, sin embargo, advertía este intelectual, “muchas son aún las batallas que el cristianismo se verá obligado a librar en los siglos

⁴⁷ Idem, p. 579.

⁴⁸ Idem, p. 580.

venideros”,⁴⁹ que sólo estarían acabadas con la consumación de la Parusía. Este ideal finalista, por ende, estaba estrictamente atado a las pujas terrenales en las cuales el cristianismo se debatía, en tanto el final sería sólo con la consumación de la Presencia “quedando así para siempre vencidos los negadores de Dios y demás adversarios de Cristo y de su Iglesia”.⁵⁰ Ese fin de los tiempos terrenales, sin embargo, no obstaba a los cristianos de desarrollar, día a día, su tarea eclesíástica: el trabajar en pos de la comunidad amplia en torno de Cristo como verdadera manera de ser en la tierra. Lejos del milenarismo estático de una lectura superficial, Romero Carranza, por el contrario, apelaba a una construcción del ideario social cristiano, la *ecclesia*, como un proceso activo, una lucha en primera instancia contra el ateísmo y las formas para-religiosas. En ese sentido, teniendo en cuenta el cariz ecuménico del cristianismo que profesaba la intelectualidad liberal-conservadora, la clave aparecía colocada en que “la Iglesia Católica dejó establecido el siguiente axioma: *Ecclesia abhorrent a sanguine* (la Iglesia aborrece la sangre), axioma que mantendrá hasta el fin del mundo y que todo buen cristiano lleva siempre grabado en el fondo de su corazón”.⁵¹

Allí, en medio de las problemáticas que marcaban las interpretaciones cada vez más duras de los intelectuales liberal-conservadores (violencia política, inestabilidad institucional, nihilismo social), el llamado a detener la sangre actuó como una de las maneras en las que se interpretó la ocasión procesista: como un factor ordenancista en medio de la tormenta argentina. Las preocupaciones por las tensiones entre la persona humana y las masas en la sociedad contemporánea se sumaban, desde la lectura occidentalista, a las preocupaciones por la disgregación de la comunidad, no ya como una sociedad partida entre los sujetos y las masas, sino mediante las lecturas sobre la violencia política. El discurso sobre la constitución occidental y cristiana de la sociedad argentina, tan presente en la etapa dictatorial, tuvo en los intelectuales liberal-conservadores una

⁴⁹ Ibidem.

⁵⁰ Ibidem.

⁵¹ Idem, pp. 303-304.

base compleja y multiforme que dotó a dicha lectura de características donde religión y política se anudaron de un modo novedoso para la historia nacional.

Las lecturas liberal-conservadoras sobre el sitio de la violencia en la sociedad ejecutaron la asimilación de la ya estudiada tríada socialismo-fascismo-populismo, y primó aquí una clara observancia al peso de las tradiciones de izquierda. Dicho abordaje se hizo patente especialmente sobre finales de los años sesenta, y tenía con el tópico internacionalista una imbricación clave, en tanto la pregunta por el sitio internacional de Argentina lo era, al mismo tiempo, sobre su rol en un contexto marcado por la violencia política. Los ecos de la Guerra Fría, donde nuestros autores se colocaban plenamente en el mapa ordenado en torno a las democracias capitalistas, llevaron a una presencia de la problemática de la violencia ausente en los años previos, donde el proyecto de transformación nacional del posperonismo había ocluido las alternativas de las preguntas por dicho tópico.

Víctor Massuh, en *La libertad y la violencia*, editado originalmente en 1968, plasmó una de las más notables intervenciones liberal-conservadoras sobre la temática de la violencia. La línea histórica del socialismo era el principal carril analítico sobre el cual el filósofo colocaba su mirada, partiendo del socialismo utópico y llegando hasta el momento de edición de la obra. “Pensar en la violencia es tanto como pensar en el sentido de nuestra situación histórica”, sentenciaba el tucumano, aclarando que la analizaba “como forma de acción política, es decir, como aquel comportamiento que trata de integrar sus componentes irracionales en el marco de cierta racionalidad histórica, en el seno de una exigencia normativa supraindividual”.⁵²

Si la violencia es la atmósfera dominante de nuestro tiempo, quienes son sus creyentes no resultan otra cosa que pasivos conformistas que la aceptan y continúan. Son una muchedumbre los activistas apocalípticos que en todos los países convocan

⁵² Massuh, Víctor (1984), *La libertad y la violencia*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 7-8.

a la conflagración universal, los estetas del absurdo, los que celebran la pura agresión como un acto de inteligencia, los que esperan de la arbitrariedad mayor el chispazo de la coherencia, los que sostienen que no tenemos paz porque no fuimos demasiado lejos en la guerra, los adolescentes que ensayan el camino de la histeria como paso nuevo hacia la revolución cultural. Quiere decir que el hombre que “elige” la violencia asiente al comportamiento de la mayoría.⁵³

La violencia propia de una guerra soterrada se ligaba, en estos intelectuales, a las diversas formas del populismo, cuña destructora en el Occidente, en tanto este período de mediados de los setenta fue el marco en el cual extremaron su lectura política de la otredad hasta llevarla al campo de la dicotomía, para establecer desde allí los criterios de una guerra interna sobre un enemigo que se creía mundial pero se atacaba focalmente como enemigo interno. La intelectualidad del liberal-conservadurismo pudo construir, desde su versión de la otredad, una categoría de enemigo tan amplia como para incluir a todo aquel que no se ajustase a los cánones que ella misma determinaba, en una operación multiabarcativa y maximalista.

En tal sentido, la conclusión del período de exacerbación de las lógicas analíticas sobre el problema de las masas y el de la violencia aparecía en la obra del jurista. Romero Carranza colocaba como eje de las formas terroristas al “terrorismo marxista-leninista”, que analizaba como una lógica dentro de la cual se hallaban las expresiones de las guerrillas argentinas. Sin embargo, para el autor, una correcta lectura del terrorismo en la Argentina tenía un centro histórico que no eran las modalidades marxistas-leninistas, sino la llegada al gobierno de Juan Perón en 1946. En efecto, si para Romero Carranza el marxismo-leninismo era la forma ideológica de las guerrillas argentinas, el peronismo había significado una ruptura en la historia nacional que, de hecho, debía comprenderse cabalmente desde ciertas expresiones de Perón ligadas a los idearios socialistas y que tuvo en la quema de las iglesias porteñas su más densa manifestación,

⁵³ Idem, p. 75.

al mismo tiempo entroncada en el influjo fascista que el abogado endilgaba al líder justicialista.⁵⁴

El influjo fascista había sido determinante en los conflictos con la Iglesia, destacaba Romero Carranza, en tanto Perón era presentado como un discípulo de Hitler y Mussolini que, como estos, fue avanzando paulatinamente contra tal institución, hasta plasmar, con los incendios de templos, “la primera ola” de terrorismo en el país.⁵⁵ La articulación entre peronismo y marxismo, sostenía Romero Carranza, se daría posteriormente durante el exilio de Perón: “El *peronismo*, que siempre había exhibido un gran vacío doctrinario, se orientaba ahora, mediante las manifestaciones de su líder, hacia el marxismo”.⁵⁶ Como consecuencia de esta conjunción entre justicialismo (ya marcado por el fascismo) e izquierda, a finales de la década de 1960, “[en] cumplimiento de las instrucciones de Perón, se desató en la Argentina la guerrilla y el terrorismo”.⁵⁷ “Perón asumió como propia la actividad terrorista, pretendiendo liderarla en la Argentina. Se produjo, así, un aprovechamiento recíproco entre el residente en Madrid y las diversas vertientes del comunismo internacional”,⁵⁸ enfatizaba el constitucionalista, quien luego emprendía un *racconto* de hechos armados y construcciones discursivas que llevaban a una etapa superior: la violencia propia del retorno del peronismo al poder. “Así como en Alemania durante el año 1932 los alemanes cometieron la aberración de votar a favor de Hitler, cuarenta años después los argentinos cayeron en una ceguera semejante al votar a favor del regreso de Perón”, concluía Romero Carranza.⁵⁹

⁵⁴ Romero Carranza trazaba una serie de declaraciones de Perón en el gobierno y en el período de la proscripción en busca de dar cuenta de una presunta línea genérica de construcción de una lógica violenta en su concepción de la política. El punto superior, destacaba el jurista, era la declaración: “Si Rusia me hubiera dado pleno apoyo, yo hubiera sido el primer Fidel Castro de América”. Romero Carranza, Ambrosio (1980), *El terrorismo en la historia universal y en la Argentina*. Buenos Aires: Depalma, p. 156. Ello no era incompatible con la idea de que Perón era seguidor de Hitler y Mussolini, en tanto era una estrategia intelectual clave en nuestros autores el proceso de equiparación comunismo-fascismo y su imbricación con los populismos, como ya vimos.

⁵⁵ Idem, pp. 157-169.

⁵⁶ Idem, p. 172.

⁵⁷ Idem, p. 173.

⁵⁸ Idem, p. 174.

⁵⁹ Idem, p. 193.

El abogado señalaba, igualmente y desde la propia apertura de su libro, que el terrorismo había sido, sin embargo, vencido, bajo clamor mayoritario de orden, “ese orden tuvo que ser impuesto por las Fuerzas Armadas con los medios con los cuales contaba”, equiparables para el jurista con la Edad Media cuando “necesariamente debió oponerse la recta espada del cruzado cristiano a la curva cimienta del terrorista sarraceno”, lo cual había sido una decisión difícil que debía comprenderse desde la siguiente lectura: “Al presente no se trata de repeler el terrorismo marxista-leninista mediante cruzadas al estilo medieval, ni la Santa Sede propicia tal campaña. Se trata de cómo hacer para reprimirlo de un modo cristiano y legal”.⁶⁰ Por ello mismo, Romero Carranza cerraba su obra señalando que el triunfo sobre el terrorismo era claro pero momentáneo, y que se debía estar alerta ante un posible retorno del marxismo-leninismo armado. Así, nuestro actor señalaba que debían fortificarse los “cuatro baluartes principales: libertad, propiedad, patriotismo y cristianismo”, en pos de reforzar las bases de un futuro que evite las amenazas terroristas tal como eran entendidas en su ensayo. La lectura ordenancista, entonces, mostraba lo tambaleante, empero, que era el orden logrado.

Mientras esos cuatro baluartes se mantengan en pie, y sus defensores no pierdan su coraje y la comprensión de la tarea salvadora que cumplen, nuestra civilización no será tomada al asalto por quienes desean destruirla. Pero basta que uno solo de esos baluartes ceda ante el empuje de los enemigos de la civilización argentina, para que ésta se desplome. Urge, por lo tanto, no descuidar la defensa de ninguno de esos baluartes.⁶¹

El uso del concepto “civilización” en Romero Carranza marcaba la adecuación a una lectura como la presentada por García Venturini por medio de su noción de “Espíritu de Occidente”. El occidentalismo de los autores liberal-conservadores, durante el ciclo procesista, tuvo articulaciones como las del jurista o las de Zinn

⁶⁰ Idem, pp. 4-5.

⁶¹ Idem, p. 287.

donde se construía una operación de gramática⁶² con otras vertientes de las derechas. No casualmente, ante un enemigo común, el comunismo como forma destructora de los valores occidentales, tal como en el ciclo 1959-1962 donde el antipopulismo devino anticomunismo, durante los años inaugurales del “Proceso” primó también una estrategia donde las derechas hablaron una *lingua franca*.

⁶² Ver Pocock, John.G.A (2003), *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid: Tecnos.

Capítulo IV

La refundación imaginada

Los diagnósticos sobre la decadencia nacional, sumados al estupor de la violencia como signo de disgregación social, aparecieron dentro del espacio liberal-conservador como dos ejes centrales que configuraron las expectativas de los intelectuales en torno al “Proceso de Reorganización Nacional”. Además, las propias pautas de sus autopercepciones y construcciones de roles intelectuales fueron claves en la construcción de una lectura sobre la oportunidad procesista. En tal sentido, la asunción de la oportunidad histórica del último golpe de Estado y las posibilidades abiertas por él hacían converger una lectura de mínima con una de máxima. Para ponerlo en los términos de Ricardo Zinn, en la primera, una interpretación ordenancista de la dictadura como corte de la crisis de los años previos (un gobierno capaz de reorganizar una situación llevada al límite por el tercer gobierno justicialista); en la segunda, como construcción de un orden capaz de superar los “sesenta años de decadencia” nacional (un gobierno capaz de desandar las experiencias de la Argentina de masas). Ambas implicaban la construcción de operaciones de frontera política y un objetivo central: la refundación nacional. Sus límites, en principio articulados como miradas ordenancistas, sin embargo, se mostrarían más inmediatos que los anticipados por las lecturas más cautas.

Las elites frente a las masas: autopercepción intelectual y proyecto político

El elitismo de raíz religiosa: el personalismo contra las masas

El plano de las articulaciones políticas de la religión fue uno de los más notables campos conceptuales donde el pensamiento de nuestros autores expresó su radicalización durante la década de 1970. El ímpetu que llevó a los jóvenes liberal-conservadores, tras el derrocamiento del peronismo en 1955, a cuestionar la unidad del mundo católico, enfrentarse (si bien de maneras soterradas) a la propia Iglesia y enfatizar el rol de la *Ecclesia* como cuerpo creyente, comenzó a desvanecerse durante los años sesenta. Durante esa década, en efecto, diversas experiencias del mundo católico, dentro del cual se reconocían estos actores, fueron atenuantes de las posiciones que dominaron el espacio liberal-conservador entre 1955 y los primeros años sesenta. El giro progresista y latinoamericanista de gran parte del catolicismo, la lectura por izquierda de la renovación humanista francesa, las consecuencias del Concilio Vaticano II y de la Conferencia de Medellín, entre otras experiencias de esos años, fueron recibidos por los intelectuales liberal-conservadores con frío y silencio. Si tras el final de la década justicialista primaron posiciones entusiastas dispuestas a endilgar al nacionalismo católico y a la propia Iglesia su identificación con el ciclo peronista, marcando la ruptura del cuerpo católico, durante la década de 1960 el panorama fue entendido como adverso. Esto ocurrió en el mismo momento en que, de la mano de posiciones centradas en las problemáticas de la Guerra Fría, nuestros autores articularon una gramática donde las expresiones del anticomunismo nacionalista parecieron incorporarse al bagaje retórico liberal-conservador. En ese sentido, la politización de la religión ocupó en esos años un lugar sombrío y secundario, que se trastocó a medida que la década del setenta transcurría, alcanzando sus picos en torno a la instauración de la última dictadura.

La renovación del pensamiento católico efectuada en la entreguerra europea y marcada especialmente por la intelectualidad francesa, notablemente estudiada por José Zanca, tuvo en la Argentina

una historia densa que superaba a los intelectuales liberal-conservadores, pero que encontró en su espacio actores atentos y particulares. La recepción del nuevo humanismo al interior del espacio liberal-conservador se caracterizó por un punto clave: la primacía de la política. Efectivamente, las lecturas que los intelectuales liberal-conservadores efectuaron de autores como Jacques Maritain o Emmanuel Mounier se centraron en los usos antifascistas y antinacionalistas de las ideas de los pensadores franceses, pero también en una lectura del humanismo como clave de resistencia a las versiones atomistas e individualistas de la renovación liberal. En ese sentido, fieles a un eje de la tradición liberal-conservadora, nuestros autores utilizaron el humanismo como versión moderantista de lo que entendían extremos políticos de otras derechas. Estos usos podían estar extendidos a vertientes tan disímiles como el rescate humanista del liberalismo en Alsogaray, los usos del personalismo para la teoría del Derecho en Bidart Campos o las maneras en las cuales García Venturini leía al neotomismo entre las filosofías del siglo XX. Usos, todos ellos, claramente estratégicos: así, se silenciaban las preguntas por la opción socialista que fueron parte central de la renovación humanista, se hacía caso omiso a las previas recepciones nacionalistas e integristas de la obra de Maritain o se omitía una serie de polémica al interior del humanismo. Pero en la década de 1970, los usos se transformarían, dando lugar a versiones donde el humanismo se leyó como base de las críticas a las masas: una reconceptualización del problema de la masividad apareció, así, forjada desde el basamento en una clave religiosa. Al mismo tiempo, este discurso se articuló en una gramática más compleja donde diversas expresiones de la derecha (incluso la populista y la nacionalista) colocaron a la religión como campo de batalla de sus argumentaciones, golpeadas por ciertos giros progresistas del catolicismo tanto sacerdotal como intelectual o militante y que, además, se imbricó con las pautas del discurso occidentalista y católico de la última dictadura.

La estrategia con la cual nuestros actores reposicionaron el problema del humanismo siguió dos caminos diferenciados: mientras las polémicas al interior del liberalismo y el catolicismo aparecieron subsumidas a los usos apropiatorios de estos conceptos, las in-

tervenciones sobre el núcleo político aparecieron constantemente explicitadas. La operación fundamental fue aquella que identifica al catolicismo con Occidente, postulándolo como religión superior y, en tal sentido, como una ética, fuertemente política, también de grado superior, pero destacando su entroncamiento con la religión monoteísta y bíblica judía. Dicha operación plasmó los límites del aperturismo religioso que había marcado a nuestros autores en años previos, configurando una suerte de ecumenismo parcial. El uso de la relación entre el catolicismo y Occidente se trató de una pauta clásica del humanismo, en tanto que, como lo destacó Tzvetan Todorov, “los humanistas han intentado establecer por tanto una relación significativa entre sus valores y lo que han reconocido como la identidad misma de la especie humana”, que se conformó como una “puesta en correspondencia entre moral, política y antropología”.¹ Recordemos el influyente concepto de García Venturini sobre el Espíritu de Occidente: Todorov plantea, también, la recurrencia a un eje “Atenas-Jerusalén” en el humanismo,² como el que aquí reformula el filósofo bahiense. Tales coordenadas definían a la Argentina en su pertenencia a “la civilización occidental y cristiana”, la que, para estos intelectuales (y, como marcamos, para diversas corrientes de las derechas argentinas) se hallaba bajo amenaza en los años claves de la radicalización liberal-conservadora.³

El quiebre de la persona humana, entonces, iniciaba un proceso decadente que daba lugar al orteguiano “siglo del hombre común”, un espacio secularizado, impersonalizado y carente de orden jerárquico, que entroncaba lógicamente con la masificación y su rostro de otredad: el avance de un tipo de individualismo de sujetos atomizados que resultaba igualmente alienante. Si por un lado el liberal-conservadurismo volvía, desde tópicos religiosos, a uno de sus focos temáticos claves, por el otro era la propia renovación liberal (más específicamente, el neoliberalismo) la que aparecía como eje del debate. Víctor Massuh alertaba sobre la consecuencia final

¹ Todorov, Tzvetan (1999), *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*. Madrid: Paidós, pp. 67-68.

² Idem, p. 25.

³ García Venturini, Jorge Luis (2003), *Politeia...* Op. Cit., p. 253.

del proceso alienante del tiempo de las masas, el desmoronamiento del orden cultural implicado en “tentación de la *hybris*, desmesura, negación que se absolutiza a sí misma, igualación por lo bajo, rechazo de toda disposición jerárquica de los entes”.⁴ Este análisis del autor tucumano mostraba la concepción liberal-conservadora sobre el punto extremo de la masificación, ligado esencialmente a lo disruptivo desde un punto de vista ontológico y antropológico: allí estaba el basamento de la nueva operación que sería la clave de los años de radicalización. La respuesta de estos autores, entonces, pasaba por una concepción de persona capaz de volver a encontrar lo trascendente y lo espiritual en sí misma: “La actual tarea religiosa ya no implica una salida hacia lo divino trascendente sino un rastreo en el corazón del hombre, el recorrido de sus profundidades. Descubrir al hombre significa descubrir a Dios”, enfatizaba Massuh.⁵ Esta correspondencia entre el hombre y Dios implicaba una concepción fundamentada en un principio donde el hombre aparecía libre porque participaba, de manera imperfecta y limitada, en lo absoluto de Dios. El quiebre de la ligazón del hombre con Dios, entonces, poseía un correlato central en lo social. Las sociedades de sujetos alienados de Dios eran, para nuestros autores, las que se habían erigido desde la segunda mitad del siglo XX, y que en la Argentina se identificaban con la era de las masas.

“Hay una pregunta básica y anterior a cualquier otra digresión. ¿Cuál es el objetivo de la política? ¿Cuál es el fin de la ciudad temporal?”, se planteaba García Venturini, y respondía:

Desde un punto de vista cristiano –que es el que asumimos– la política, como ciencia y como práctica, es una expresión de la moral, una “rama especial de la ética”, como ya la definía Aristóteles. Luego es un modo de relación con Dios y con el prójimo, y no parece haber otra traducción de este mandato moral que trabajar por la dignificación de la persona humana.⁶

⁴ Massuh, Víctor (1975), *Nihilismo y experiencia...* Op. Cit., p. 122.

⁵ Idem, p. 62.

⁶ García Venturini, Jorge Luis (2003), *Politeia...* Op. Cit., p. 223.

Recordemos que la idea de cristianismo de los intelectuales liberal-conservadores se caracterizaba por dos claves: la primera, que cristianismo y catolicismo eran utilizados como sinónimos; la segunda, la preeminencia de la identidad política por sobre la religiosa. En tal interpretación, como señalaba el autor bahiense, el rol político de tal dignificación de la persona pasaba por la oposición elitista al avance tanto de las masas como del individualismo ateo, entendido como finalmente nihilista. Diversas posiciones políticas claves para los intelectuales liberal-conservadores, del antipopulismo al rechazo del atomismo neoliberal, aparecían configurados bajo esta retórica de base. El rol de la política allí, por lo tanto, aparecía como el de una orientación ética vinculada a las relaciones de las personas con Dios y con sus prójimos: ese vínculo, por lo tanto, era el que estaba comprometido en la era de las masas, entre sujetos hundidos en la masificación o perdidos en la atomización. La política de masas era, en tal sentido, una respuesta falsa al extravío de los hombres, a su solipsismo.

La participación de contingentes sociales cada vez mayores en el espacio público, con la carga institucional y simbólica correspondiente, era vista como el factor clave del quiebre de la aristocracia política, de la mano de aquello que García Venturini denominaba “igualitarismo”, y que en su lectura no operaría sino como “desvirtuación de la igualdad”, obrada por “demagogos”.⁷ Este fenómeno no era sino una cara, señalaba Massuh, una “consecuencia estricta” del nihilismo y su ciclo, que igualaba todos los instantes: un proceso de achatamiento de la experiencia y de las propias personas, “el tiempo profano”.⁸ El ámbito de igualación de lo social, entonces, aparecía aquí dividido entre dos vertientes, una legítima y otra artificial, tal como lo planteaba enfáticamente García Venturini. En primer lugar, una “igualdad legítima y deseable, aquella que consiste en dar a cada cual lo que le corresponde (...), en tratar a cada uno según sus méritos y necesidades”.⁹ En segundo término, la deformación practicada por el “igualitarismo”: las incorporaciones sociales producidas

⁷ Idem, p. 243.

⁸ Massuh, Víctor (1975), *Nihilismo y experiencia...* Op. Cit., pp. 107-108.

⁹ García Venturini, Jorge Luis (2003), *Politeia...* Op. Cit., p. 243.

por el radicalismo y el peronismo, la ampliación de lo público en la era de las masas y su actuación sobre una concepción aristocrática de igualdad, donde uno de los modos de aproximación a ella era entendido como dado de manera artificial, como deformación de los modos auténticos, los propuestos por el liberal-conservadurismo.

En palabras de García Venturini, las máximas representaciones de los desvíos plausibles de aparecer dentro del derrotero del “Espíritu de Occidente” eran el nazifascismo, el comunismo, y sus formas putativas, “otros *ismos* menores imitadores que señorean en nuestra época, como el *ismo* que señoreó, sin señorío, dos veces en nuestro país en menos de veinte años”,¹⁰ en alusión al peronismo, que era entendido como el desvío implicado por las formas populistas. “Es fácil advertir en todos ellos un ancestral irracionalismo, esencialmente ajeno a la principal inspiración de Occidente, opuesto a la razón, al logos socrático y a la noción de persona del Cristianismo”, siendo entendidos en tanto “niegan toda concepción teocéntrica y toda antropología trascendente”: “estas fuerzas irracionales son verdaderamente devastadoras y tienen en jaque al Espíritu de Occidente. Penetran todos los estratos sociales y culturales”.¹¹ Por ello, el “Espíritu de Occidente enfrenta a un enemigo que, con los medios que el propio Occidente le ha proporcionado, es hoy más temible y poderoso que nunca”:¹² en los términos de Massuh, se trataba del avance del nihilismo vía humanismo ateo y sus implicancias políticas. La tiranía totalitaria y la kakistocracia eran, entonces, ese enemigo de dos caras, el totalitarismo y el gobierno de los peores.

En no pocas conciencias democracia pasó a significar o a implicar la mediocridad, la medianía (la llamada *mediocracia*), o directamente la posibilidad de acceso al poder de los menos aptos, de los inferiores, aun de los incapaces y de los peores. Hay casos donde ya no se trata de aristocracia ni de democracia sino abiertamente de *kakistocracia*.¹³

¹⁰ Idem, p. 262.

¹¹ Idem, pp. 262-263.

¹² Idem, p. 265.

¹³ Idem, pp. 307-308.

El señalamiento de García Venturini hacía especial eje en las particularidades de la última experiencia peronista, puesto que el concepto apareció, como señalamos, en un artículo editado en 1974. En esta lectura, la tercera experiencia peronista se alejaba de las caracterizaciones de totalitarismo con las que el liberal-conservadurismo leyó al primer peronismo, para dar lugar a posiciones donde primaban lecturas teñidas de desprecio y lenguaje cáustico. La interpretación de la degradación del fenómeno peronista formaba parte del marco decadentista en el cual se inscribía la radicalización liberal-conservadora.

Las fronteras políticas como pauta de la refundación

En un texto que se planteaba un análisis de la reformulación de las identidades políticas en la recompuesta democracia argentina posterior al “Proceso”, Gerardo Aboy Carlés se preguntaba y contestaba por la definición del concepto de frontera política en los siguientes términos:

Pero, ¿qué es una frontera política? Referirnos a ella evoca la imagen de una discontinuidad, de un término, un confín o un linde, constituyendo en su conjunto la imagen ambigua de una coexistencia de registros espaciales y temporales. Dicha ambigüedad es (...) propia de la idea misma de límite: “estar más allá del límite” supone ubicarse fuera de un espacio previamente definido. “Vivir una situación límite” evoca la experiencia de un estado inhabitual, que contrasta con la historia que le precede.¹⁴

En ese sentido, agregaba el autor, una frontera “es el planteamiento de una escisión temporal que contrasta dos espacialidades diferentes”.¹⁵ Ingresamos, así, en la lógica que nos permite comprender la construcción de frontera política, y también sociocultural,

¹⁴ Aboy Carlés, Gerardo (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens, pp. 168-169.

¹⁵ Idem, p. 170.

que los intelectuales del liberal-conservadurismo argentino realizaron respecto de las masas. En efecto, para las miradas que aquí estamos estudiando, las masas aparecían más allá del límite político de una regulación política de lo social deseable, y al mismo tiempo están más allá del límite sociocultural que define en su interior a los actores capaces de actuar políticamente. Si su participación cada vez mayor en la vida pública ha sido explicada por medio de la mirada decadentista, identificándola con demagogia y manipulación, es porque en las lecturas del liberalismo-conservador las masas aparecieron como un factor del todo externo a los cánones de imbricación sociocultural y política que la regulación de lo público implicaba.

El proceso de apropiación del sentido que la lógica liberal-conservadora buscó hacer de las categorías básicas de la regulación de lo público dependió de la construcción de este efecto de frontera que a la vez rompía con la lógica previa –las circunstancias que hacen y que explican el esquema político de masas y su realidad operante– y que por ello mismo introducía en la concepción política mayoritaria un quiebre, a la vez que buscaba precisamente desplazarla tras frontera. En tal sentido, las diversas operaciones argumentativas trabajaban sobre la idea de que debía desplazarse cierto dato de la realidad en pos de la reconstrucción nacional. La operación de frontera, por lo tanto, era parte central de las lecturas refundacionales pero, también, de las ideas ordenancistas. Los signos particulares de este proceso pueden entenderse por medio de un doble camino analítico que, en ambos lineamientos, está profundamente relacionado con lo que hemos estado proponiendo en el apartado precedente. En primer término, tenemos lo que podemos entender como la línea de lectura comprensiva, emparentada con las implicancias de la mirada decadentista: ingresan aquí los análisis que ven en las acción de las masas una consecuencia de la decadencia o bien un fruto de ella, pero que fundamentalmente entienden que un problema remite al otro, y por ende sitúan sus lecturas en tal carril. En segundo lugar, aparece lo que proponemos ver como la línea de análisis propositiva: en ella ingresan tanto las posturas que llevan implícito el lugar para las masas como las propuestas que hacen explícito qué hacer ante la problemática que ellas presentan.

Ambas lógicas, ambas vías por las cuales el discurso de la intelectualidad del liberal-conservadurismo transcurrió, no eran sino una doble operación que parte desde un nucleamiento ideológico común para deslizarse hacia análisis y pautas particulares de cada autor, pero en los que se hacen patentes los dos caminos analíticos mencionados en el párrafo previo. En tanto ambas funcionan como construcción del efecto de frontera, vemos allí la pretensión de ruptura con lineamientos mayoritarios, a la vez que el proceso de acaparamiento se efectúa tanto por esta ruptura como por medio de enviar por fuera de la frontera, así delimitada por medio de un proceso que es homogéneo y coherente en sí mismo pero no uniforme, a las masas. En esta dinámica, entonces, aparecía la fuerza de la mencionada operación: la falta de una de las dos vías que hemos diferenciado redundaría en una construcción incompleta, agotada en un ámbito del discurso que parecería conformando un mero diagrama expositivo, que se cerraría en un diagnóstico o una propuesta, pero nunca en el intento de hegemonización que todo efecto de frontera implica. Ruptura, separación, son aquí inseparables de una intervención profunda sobre las lógicas atacadas que busca, para erigir su propia teorización como dominante, la expulsión de aquellas hacia un afuera configurado como externo a lo que dicha conceptualización postula.

Como se vio, en la formulación de Aboy Carlés es clave el factor temporal, a través del cual los constructores de la frontera política diferencian entre “la demonización de un pasado, que se requiere aún visible y presente frente a la construcción de un futuro venturoso que aparece como la contracara *vis á vis* de ese pasado que se presente dejar atrás”.¹⁶ En los casos que estamos aquí trabajando, vemos que las décadas entendidas como de decadencia actuaban como dicho pasado, que no sólo es visible sino que es entendido como un proceso cuyo punto límite se da hacia los años en que la última dictadura militar asalta el poder, y a partir de ahí se construye el futuro, asentado en las fuertes pautas propositivas que los in-

¹⁶ Ibidem.

telectuales del liberal-conservadurismo destacaban o que, por efecto de su construcción expositiva, se visibilizaban en sus discursos.

Llevando el análisis a términos de Emilio de Ípola, la construcción de efectos de frontera puede ser vista bajo las que el autor postula como “metáforas de la política” por antonomasia: orden o revolución; es decir, la metáfora que grafica el pensar la política como un subsistema con funciones determinadas dentro de un sistema mayor que lo contiene, y sobre el cual aquel sólo puede incidir dentro de límites acotados, o bien aquel pensamiento que lo hace entendiendo la política como un todo capaz de exceder cualquier límite.¹⁷ Los autores del liberal-conservadurismo argentino, justamente, asentaron su operación de ruptura sobre una concepción que entiende a la política desde la lectura, la gran metáfora del orden, y que desde ella elabora, entonces, un límite por fuera del cual coloca a las masas: ellas aparecen como el desborde del orden, por lo cual el efecto de frontera actúa delimitando un espacio dentro del cual la acción sobre lo público aparece acotada a determinados lineamientos preconcebidos por encima de los cuales se está en el terreno del afuera. Las vertientes diferenciadas liberal y conservadora, acopladas en la particular tradición del liberalismo-conservador argentino, aportaron argumentos de diversa índole capaces de asentar, así, en las masas el estigma de aquel modo de intervenir en lo público que debe quedar por fuera del espacio que los intelectuales aquí estudiados elaboran como deseable.

Debemos destacar que en la operación de los intelectuales que analizamos aparece una relación tripartita entre masas, liderazgo y populismo que actúa por medio de la identificación relacional de uno con otro término, a la vez que por la propia lógica de este procedimiento se subsumen dos cualesquiera de los términos en el que esté siendo utilizado en ese momento: justamente esta construcción posee implicancias tan fuertes en el discurso del liberal-conservadurismo que el uso de un término acarrea consigo la presuposición de los otros dentro de un esquema discursivo, pero sin que ello redunde en una reducción de lo específico de cada vocablo. Ante el popu-

¹⁷ De Ípola, Emilio (2001), *Metáforas de la política*, Rosario, Homo Sapiens, pp. 9-10.

lismo, entonces, los intelectuales liberal-conservadores propusieron la reconstrucción de un orden elitista sustentado en una generación, hasta allí, ausente.

Las generaciones de la República

Ortega y Gasset en la Argentina: usos de la teoría de las generaciones

Ya en 1970, Jaime Perriaux había formulado, en *Las generaciones argentinas*, un diagnóstico sobre las relaciones entre las masas y las elites que sería central en el espacio liberal-conservador y que aparecía justamente cuando las preguntas por la ausencia de una elite capaz de dirigir el país, que atravesaron la década de 1960, entraban en un ocaso. En el marco de ideas propuestas por Perriaux había una reinterpretación del pensamiento orteguiano, un llamado a la necesidad de transformación del país y una metáfora, por momentos vaporosa y por momentos explícita, acerca de los modos en que está debía llevarse a cabo. El pensamiento de Ortega y Gasset había tenido una profunda influencia en la Argentina y, como destacó Olga Echeverría, desde su primera visita al país en 1916 tuvo un especial influjo una de sus teorizaciones: “[Una] nación, había sostenido, no podía sobrevivir sin una fuerte minoría pensante y crítica que asumiera una nueva forma de dominio, tanto intelectual como moral”.¹⁸ En ese sentido, hay una continuidad entre las modalidades en las cuales nuestros actores buscan reformular la realidad nacional sobre la huella liberal-conservadora y los modos bajo los cuales el propio Ortega concebía los tiempos de crisis. Como lo ha interpretado Enrique Aguilar, en las ideas del madrileño era central la recuperación de las nociones romanas de *concordia* y *libertas*, operación que las preguntas de nuestros actores aparecían reconfigurando continuamente como modos de operar sobre la crisis nacional. El autor de *La rebelión de las masas* entendía que en el plano político

¹⁸ Echeverría, Olga (2009), *Las voces del miedo...* p. 21.

la concordia duradera era una creencia fuerte y común sobre quién debe tener el poder de mando en la sociedad; y, al mismo tiempo, proponía la reformulación del liberalismo decimonónico.¹⁹ El plano de inquietudes de nuestros actores era, nuevamente, paralelo al de los de los autores centrales en sus referencias, a la vez que se nutría de una serie de problemáticas que conformaban la versión argentina de los ejes propuestos por el autor ibérico. En tal sentido, el concepto de elite modelado según los cánones orteguianos era el plano clave de intervención liberal-conservadora.

Esa elite orteguiana no era, sin embargo, una elite referenciada en el acotado espacio intelectual, sino que debía intervenir en la realidad. *Las generaciones argentinas*, único libro publicado por Perriau, en 1970, mientras era funcionario de la segunda etapa de la “Revolución Argentina”, era el modo de llevar a la historia y la política nacionales lo que Ortega consideraba “el concepto más digno de atención en la ideología histórica”: la idea de generación.²⁰ La obra, decía el abogado, era fruto de años de preparación de “un ensayo sobre el destino de la Argentina”, que había quedado momentáneamente suspendido al leer *La Argentina en el tiempo y en el mundo*, de Grondona, “sin duda, uno de los más imprescindibles ensayos sobre nuestro país en las últimas décadas”, donde el abogado y periodista aplicaba la teoría de las generaciones orteguianas a la historia argentina.²¹ ¿Qué decía, por su parte, Grondona? Para el abogado y periodista, había un problema central: la defeción de

¹⁹ Aguilar, Enrique (2004), “*Del imperio romano: el dilema de la libertad y el liberalismo en tiempos de conflicto*”. En AA.VV. *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, pp. 305-328.

²⁰ Ortega y Gasset, José (2005), “Generación contra generación”. En *Los escritos de Ortega y Gasset en La Nación*. Buenos Aires: La Nación, p. 56. La admiración irrestricta de Perriau al filósofo español quedaba plasmada al principio de *Las generaciones argentinas*: “Cada día, después de treinta largos años de intensa lectura y relectura de Ortega –y de muchas horas imborrabilísimas pasadas con él– me inclino más a decirme a su propósito, viéndolo como pensador de nuestro tiempo, lo que el Cardenal Casanate había hecho inscribir, para otro inmenso monstruo del pensamiento, en la Biblioteca de Minerva, en Roma: ‘En vano leeríais todos los libros, si no leyeráis a Tomás de Aquino; y si lo leéis a él solo, basta, no necesitáis los otros’. ¿Exageración? Sí. Pero Ortega mismo nos dijo ‘...una exageración es siempre la exageración de algo que no lo es’”. Perriau, Jaime (1970), *Las generaciones argentinas...* p. XI.

²¹ Idem, pp. 1-5.

la elite rectora ochentista había actuado como su retiro efectivo de la vida pública, lo cual abrió un problema en la conducción de los destinos de la Nación. Así, el sujeto político dirigente, interpretado por el columnista en términos de elite, era en las lecturas liberal-conservadoras no un sujeto ausente, como se ha señalado en términos generalistas sobre ciertas problemáticas atinentes a las derechas de cuño liberal en esta etapa, sino un sujeto hueco. Cáscara, pura forma, la elite era pensada como clase en sí pero no como dotada de una conciencia capaz de reposicionarla como conductora nacional. Como el propio Grondona lo indicaba cáusticamente, con el advenimiento de la Ley Sáenz Peña y con Victorino De la Plaza como sujeto-metáfora social, “la oligarquía se retira a sus estancias y a París”.²²

Las generaciones que constituyeron el Estado argentino no fueron una “oligarquía” sino un “patriciado”. Si entendemos por “patriciado” a una clase política totalmente representativa de la sociedad y directamente orientada a la grandeza de esa sociedad, tendremos que concluir que los hombres que organizaron el Estado (...) eran “patricios” en el cabal sentido de la palabra. Primero, porque tuvieron, en el pensamiento y en la acción, dimensión nacional. Y segundo porque, en la Argentina anterior a la Gran Inmigración, eran completamente representativos de la sociedad (...).

Para que un patriciado se convierta en una oligarquía es necesario que, “fuera” del esquema de poder patricio, otros sectores de la sociedad queden sin voz y sin participación. El patriciado es el gobierno de los “padres”: en ellos se da en germen toda la Nación. La oligarquía es el gobierno de los pocos: ellos representan sólo una parte de la Nación.²³

Había una lectura tan admirada como crítica al liberal-conservadurismo del Centenario, en tanto este, forjador de la Argentina moderna, no ha sido capaz de generar una matriz política que lograrse

²² Grondona, Mariano (1967), *La Argentina en su tiempo y en el mundo*, Primera Plana, p. 75.

²³ Idem, p. 73.

transformar el esquema del patriciado. La inadecuación del modelo, que fue drásticamente marcada por el reformismo liberal de la época, tanto como los propios integrantes de la coalición ochentista,²⁴ era recuperada aquí por Grondona, en un sentido convergente con el ciclo de impugnaciones que la renovación liberal aplicó sobre el liberalismo moderno como deformación del liberalismo clásico. En la lectura de los intelectuales liberal-conservadores podían convivir lecturas idealizadas de la etapa ochentista con diagnósticos más templados. Los primeros, fuertemente presentes en autores cuyos intereses analíticos se enfocaban en la economía, como Alberto Benegas Lynch y Carlos Sánchez Sañudo, primaba una interpretación sobre la matriz del mito de la Argentina que, a partir de la etapa de la Organización Nacional, ingresaba en un modelo modernizante de manera pletórica. En el segundo grupo, autores como el mismo Grondona o Germán Bidart Campos, provenientes de las órbitas del Derecho Político, no obviaban enfatizar, en un marco de elogio, la importancia de atender a diversas problemáticas de la experiencia ochentista.

El orteguismo de Grondona aplicado al caso argentino era el marco ideal para que, desde allí, Perriau construyera su lectura de las generaciones nacionales, aunque limando algunas de las filosas observaciones del columnista, como su crítica al papel de las elites luego de la Ley Sáenz Peña. Titular de los intereses editoriales de la obra del madrileño en la Argentina y amigo íntimo del discípulo orteguiano Julián Marías, Perriau retomaba el esquema conceptual y metodológico del madrileño, entendiendo a las generaciones como grupos unidos por un “sentido vital”, es decir, un tipo de ideas en común entre hombres nacidos con cercanía cronológica.²⁵ Esas ideas formarían, entonces, parte de un sustrato generacional

²⁴ El debate por las caracterizaciones del proceso ochentista, como ha marcado Paula Bruno, atravesó diversas etapas, dentro de las cuales los años sesenta fueron clave ya que allí “cristalizó una representación de la *generación del 80* destinada a perdurar”, donde se articularon, desde diversos ángulos analíticos, las lecturas generalistas previas. Bruno, Paula (2007), “Un balance acerca del uso de la expresión ‘Generación del 80’ entre 1920 y el 2000”. En *Secuencia* n° 68, pp. 115-161.

²⁵ Ortega y Gasset, José (1992), *La rebelión de las masas...* Op. Cit. Marías, Julián (1967). *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Revista de Occidente.

que puede entenderse a sí mismo como continuador de generaciones anteriores, inmediatas o no, o apreciarse en franca ruptura. El caso límite, como señalaba el mismo Ortega, era el momento en el cual la continuidad histórica se rompía, en tanto “nace una nueva generación tan divergente de las anteriores que toda inteligencia entre ellas se hace imposible”.²⁶ Como lo dejaría en claro el propio Zinn al comentar el libro de Perriaux en su obra *La segunda fundación de la república*, de lo que se trataba en la lectura del abogado y filósofo era de generar una nueva Generación del 80, que estaría latente, efectuando un quiebre en la historia.²⁷ Se trataba aquí de desterrar un modo de articulación del cuerpo político argentino, el populismo, y reformular las relaciones entre elite y masas. Al mismo tiempo, “al hilo de las generaciones, pues, se ve la marcha de la historia... que cada generación, como la sociedad en general, consiste en una dinámica entre minorías y masas”.²⁸ Por lo tanto, la división entre las minorías y las masas expresaba una dinámica social que se resolvía en el plano político:

Minorías —y dentro de ellas los hombres sobresalientes de la generación, los guías, los arquetipos, en uno u otro campo— que crean las novedades propias de cada generación y, sobre la base de lo recibido en los primeros dos períodos, niñez y juventud, en especial el segundo, acuñan la sensibilidad, el estilo, propios de ella. Y masas que, dóciles a esas minorías —¡gran bendición!— o rebeldes, pero siempre suscitadas por ellas, son, si cabe la metáfora, la vasta altura media sobre la cual se alzan los cerros y picos de las minorías que configuran así el paisaje generacional.²⁹

Perriaux no sólo presentaba un tablero social demarcado por el clivaje entre las minorías y las masas, sino que al interior del primer colectivo colocaba una minoría aún más intensa, la de los conductores, es decir, los hombres destacados. Como hemos analizado en el entramado de ideas promovidas por el liberal-conservadurismo

²⁶ Ortega y Gasset, José (2005), “Generación contra generación...” Op. Cit., p. 60.

²⁷ Zinn, Ricardo (1976), *La segunda fundación...* Op. Cit., p. 186.

²⁸ Perriaux, Jaime (1970), *Las generaciones argentinas...* Op. Cit., p. 19.

²⁹ *Ibidem*.

en torno del “Proceso”, la autorrepresentación de estos autores los colocaba, en esta línea, como una elite dentro de la elite.³⁰ Parte de sus expectativas y sus modos de articularse (en especial desde el Grupo Azcuénaga) con el “Proceso” encontraron allí una clave, lo mismo que luego una clara evidencia de la noción de fracaso que la experiencia procesista dejó en ellos.

Los límites de la “nueva generación del 80” ante la expectativa refundacional

Como hemos señalado, los intelectuales liberal-conservadores entendieron el horizonte procesista bajo un doble marco de lecturas: por un lado, una expectativa máxima, cifrada en la idea refundacional; por el otro, una de mínima forjada en una idea ordenancista. Ricardo Zinn señalaba que la teoría de Perriaux tenía un claro contenido político en el momento de inicio del “Proceso” en torno a exigir una nueva generación capaz de tomar en sus manos el destino de la Argentina, dejando atrás el ciclo de los viejos políticos populistas, “generadores de la ruina”. En la lectura del economista, el populismo operaba como una fuerza a la vez centrípeta, concentrando el poder, y centrífuga, aventando las responsabilidades.³¹ La Argentina hija de la política de masas, la de los “sesenta años de decadencia”, había reemplazado a la pujante nación de fines del siglo XIX, por lo cual la reconstrucción nacional implicaba erigir una renovada “Generación del 80”, a un siglo de distancia, pero marcando claramente cuáles habían sido los problemas de aquella experiencia. En efecto, la briosa experiencia ochentista, tal como era

³⁰ Perriaux armaba su esquema sólo con hombres, si bien aclaraba que no lo hacía “por misoginia”, y dentro de la “aridez de un panorama exclusivamente masculino”, explicaba cómo escogió a los nombres para su tabla. Aquellos “que valieran algo, los que hubieran tenido figuración y que valieran poco o nada y, por fin, los que hubieran tenido poca o ninguna figuración y valieran mucho”; al mismo tiempo, dividió “por campos de actividad: escritores, pintores y escultores, hombres públicos, militares, médicos, sacerdotes, abogados, marinos, jefes sindicales, hombres de negocios o empresarios, ingenieros, etcétera”. Perriaux, Jaime (1970), *Las generaciones argentinas...* Op. Cit., pp. 23, 25, 27.

³¹ Zinn, Ricardo (1976), *La segunda fundación...* Op. Cit., p. 25.

interpretada por Zinn, había dejado en claro sus limitaciones al no haber asegurado la continuidad de su modelo, siendo reemplazada por la era del populismo. En tal sentido, Zinn formaba parte de las posturas del segundo de los grupos de autores liberal-conservadores ante la experiencia ochentista: el rescate del modelo no exento de la clara crítica a los modos en los cuales este no fue continuado. Sin embargo, a poco de andar, el ciclo procesista, que se veía como la ocasión para forjar la nueva “Generación del 80”, sería leído con similar melancolía. ¿Cómo crear la elite? Esa fue la pregunta que, más que una respuesta, vio en sus alrededores una constelación de planes más inacabados de lo que sus autores hubieran deseado, algo que se traduciría en las amargas palabras que acompañaron el final de la dictadura.

Mariano Grondona, casi diez años antes, como vimos, había enfocado esta problemática señalando el problema de una elite vacía: el problema, por lo tanto, lejos estaba de ser una novedad en 1976, por más que a lo largo de los años la problemática cobrara diferentes formas. La reconstrucción nacional implicaba, en aquel momento, la reconstrucción de una elite dirigente, y allí la autoasunción intelectual de estos actores era un punto clave, de ahí que para el momento del “Proceso” los planes ofrecieran una densidad que, a la hora de ser puestos en práctica, se evidenció problemática. La “elite de la elite” liberal-conservadora colocaba a nuestros intelectuales como autores de un diagnóstico que, por un lado, decretaba los problemas que habían conformado la decadencia nacional y, por el otro, planteaba el eje del futuro. Esa lectura fue tan central que moldeó las intervenciones de estos actores incluso en momentos en los que parecía más un gesto voluntarista que una verdadera opción.

La dinámica entre la elite y el grueso de la sociedad, aún a finales del Proceso y (como se verá a continuación), cuando muchas de las pautas refundacionales habían fracasado, era marcada entre nuestros autores para recobrar la experiencia ochentista. Así, Mario Justo López, en la misma estela interpretativa que Perriau, señalaba que “el concepto de ‘generación del 80’ comprende necesariamente la dinámica entre minorías y masas, con el accionar

predominante de las primeras”.³² Para el jurista, sin embargo, ello no llevaba a entender a los hombres de aquella generación como un conjunto uniforme, sino por el contrario: “La ‘generación del 80’ (...) tenía, como corresponde a toda auténtica empresa humana en marcha, un núcleo ortodoxo y sus extremos heterodoxos”.³³ Una minoría de la acción, entonces, muy distinta a aquella que habían promovido desde la filosofía autores de este espacio como Jorge Luis García Venturini o Víctor Massuh, de claros rasgos antropológico-filosóficos basados en la pauta religiosa. “Tenían programa, pero no eran ideólogos”, enfatizaba López, sino “realizadores pragmáticos” guiados por la teoría de Juan Bautista Alberdi y el basamento constitucional.³⁴ No es difícil notar en las palabras de López una crítica clara a la nueva generación del 80 que los propios intelectuales liberal-conservadores otearon ante el horizonte procesista: vasta ideología y escasa realización. Precisamente, en la unión de las ideas con la práctica estaba la falencia y, al revés de las figuras tutelares, el liberal-conservadurismo de 1976 no había podido concretar la institucionalización de sus metas.

Institucionalizar el marco de ideas que para estos intelectuales debía definir la experiencia procesista y su continuación fue, por ello, un eje central de las relaciones entre los autores liberal-conservadores y la *Real Politik* dictatorial. El punto central de este vínculo fueron los diálogos convocados por el Ministerio del Interior para debatir las “Bases” procesistas. Allí, lejos de las pautas refundacionales que hemos analizado en las páginas previas, mostraron a nuestros autores más cautos, centrados en la lectura ordenancista, pero no por ello menos inflexibles en ciertos puntos entendidos como básicos para cortar las “seis décadas de decadencia”.

³² López, Mario Justo (1982a), “Documentos de base”. En López, Mario Justo *et. al.*. *La empresa política de la generación de 1880*. Buenos Aires: De Belgrano, p. 14.

³³ *Idem*, p. 16.

³⁴ *Idem*, p. 17.

Capítulo V El orden imposible

Como vimos previamente, en los intelectuales liberal-conservadores apareció una lectura de máxima sobre el “Proceso”, basada en la expectativa refundacional. Esta mirada se imbricó con una lectura de mínima, la interpretación de la dictadura como un gobierno ordenancista. El tenso equilibrio entre ambas líneas estuvo representado por las propuestas de institucionalización de la experiencia procesista y en las lecturas que el plan económico del ministro José Alfredo Martínez de Hoz (un actor clave en los espacios liberal-conservadores ya desde los años del primer peronismo) provocó entre los demás autores liberal-conservadores. En conjunto, ambos puntos determinaron que el orden dictatorial esperado no lograra transformarse en una realidad, sino que estuviera marcado por las propias bases del pensamiento liberal-conservador: la distancia entre las ideas y la realidad se conformó como marco de los límites de la experiencia del “Proceso”.

Institucionalizar “el espíritu del Proceso”: los diálogos del Ministerio del Interior

El momento político del diálogo: una apertura paradójica

Durante la gestión de Albano Harguindeguy al frente del Ministerio del Interior procesista, el ministro convocó a una serie de diálogos con diversos referentes de la sociedad, en especial aquellos

en los que el gobierno dictatorial identificaba interlocutores válidos ligados a sectores de sustento. Los encuentros, llevados a cabo entre 1980 y 1981, se dirigieron centralmente a líderes políticos, empresariales e intelectuales, no obviando, sin embargo, la participación de figuras gremiales o de actores individuales de cierto renombre. Ya desde 1977, la prensa informaba sobre las intenciones del gabinete procesista de llevar a cabo encuentros de este talante, si bien las formas institucionales aparecían envueltas generalmente en un cúmulo de trascendidos. Pero quedaba en claro que se trataría de una modalidad que buscaría dar sustento al “Proceso de Reorganización Nacional”. Según ha señalado Inés González Bombal, los diálogos tenían ante sí, como clave, la necesidad de crear una “herencia” procesista, pues, según la voz oficial, el “Proceso” no podía ser heredado por el “Anti-Proceso”.¹ Si bien los funcionarios procesistas señalaron que no se buscaba generar un nuevo partido político, la figura del “Movimiento de Opinión Nacional” (MON) apareció como la perspectiva más cercana de generar una fuerza capaz de continuar con la herencia dictatorial, finalmente fallida. Para la autora, la dispersión de las “fuerzas conservadoras” llevó a la dictadura a un diálogo con las fuerzas políticas tradicionales, una vez pasado el tiempo de centralidad del proyecto del MON. Marcos Novaro y Vicente Palermo, partiendo del punto señalado por González Bombal, han propuesto que el equilibrio entre un apoyo insuficiente en las fuerzas conservadoras y la inevitable negociación con los partidos mayoritarios estuvo marcado por señales que “adolecieron de una insuperable ambigüedad que le impediría avanzar”.² En tal sentido, los diálogos de los cuales serán protagonistas los intelectuales liberal-conservadores serán un reflejo de un momento de peculiar equilibrio entre las pautas refundacionales, plasmadas institucionalmente en las *Bases* procesistas, y las dificultades de institucionalizar sus pautas centrales.

¹ González Bombal, Inés (1991), *El diálogo político: la transición que no fue*. Buenos Aires: CEDES, p. 16.

² Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003), *La dictadura militar...* Op. Cit., p. 362.

Antes de la realización de los diálogos, como marcamos, habían fracasado diversas instancias relativas a planes de institucionalización del “Proceso”, como el “Plan Nacional” promovido por el general Genaro Díaz Bessone o la “Propuesta Política” de civiles ligados al propio Jaime Perriau, hasta que finalmente las *Bases Políticas de las Fuerzas Armadas para el Proceso de Reorganización Nacional* fueron presentadas de manera oficial en diciembre de 1979. Sobre el final de tal documento, se destacaba la iniciativa del llamado a los diálogos políticos que comenzaron en el siguiente mes de marzo. Sin embargo, los diálogos no fueron encuentros de carácter corporativo o sectorial, pues se destacó que los invitados participaban en carácter de ciudadanos y no representaban entidades (en el caso de nuestros actores, las Academias Nacionales y la Sociedad de Estudios y Acción Ciudadana). Ello, sin embargo, no quitaba que el marco de los diálogos estuviera marcado claramente por la presencia de las entidades e instituciones, desde la presentación de los actores a las propias pautas de exposición de sus intervenciones, lo que daba a los diálogos un tono institucional e incluso corporativo que no hizo sino profundizar las paradojas de la situación. Según destacó González Bombal: “La iniciación de un tiempo más propio de la política se sintió como una clara amenaza a los propósitos fundacionales del régimen”,³ que era el mismo que abría esa posibilidad y dialogaba, en el caso que nos ocupa, con motorizadores, teóricos y apoyos explícitos.

De acuerdo con Sergio Morresi, el “Proceso” buscó en la ideología liberal-conservadora un marco de sustento ideológico al imbricarse con sectores intelectuales como el que aquí analizamos.⁴ De ahí que los tópicos tratados en las reuniones imbricaran las preocupaciones propias de los autores liberal-conservadores con las pautas procesistas, en determinados puntos inseparables las unas de las otras. Sin embargo, y esto se apreciará en el apartado siguiente, dichos autores expresaron al mismo tiempo las paradojas en las cuales el momento de los diálogos se inscribió.

³ González Bombal, Inés (1991), *El diálogo político...* Op. Cit., p. 21.

⁴ Morresi, Sergio (2009), “Los compañeros de ruta...”. Op. Cit.

La búsqueda de la institucionalización de las pautas centrales del procesismo era un eje de diversas intervenciones liberal-conservadoras que excedieron a los diálogos convocados por el Ministerio del Interior. Entre ellas, una de las figuras más activas fue Mariano Grondona quien, desde sus múltiples columnas periodísticas, abogó por la necesidad de dar cauce institucional al momento dictatorial, con argumentos que podían ir desde la pauta refundacional al giro propio de la *Real Politik*. Escribía en 1980: “El Proceso de Reorganización Nacional, cuyo objetivo final es establecer un régimen auténticamente democrático, nació sin embargo bajo la forma de una interrupción del régimen democrático”.⁵ Esta paradoja, señalaba el autor, era clara al analizar las lecturas del gobierno y la oposición: para el primero, el ciclo interrumpido en 1976 no era una auténtica democracia, punto que no compartían los segundos. Para Grondona, se imponía un debate sobre qué tipo de democracia debía fundar la experiencia procesista: liberal, de masas, tutelada... Hasta que no se diera ese debate, enfatizaba el abogado y periodista, no estaría claro cómo “evitaríamos el diálogo de sordos. O la hipocresía”.⁶ No era menor la advertencia, entonces: si se imponía la pregunta que titulaba el artículo, “¿Cuántas democracias?”, ello se debía a que no se había hallado un camino común entre los actores representativos y el diálogo, en efecto, estaba distorsionado.

En *4 años después en la Segunda Fundación de la República*, libro que reformulaba su escrito programático de 1976, Ricardo Zinn señalaba el éxito del “Proceso” en determinados puntos que consideraba centrales y que expresaban notablemente las evaluaciones del espacio liberal-conservador:

Ahora el Proceso de Reorganización Nacional ha cumplido ya cuatro años, y ha pasado con éxito muchas pruebas, muy importantes y difíciles: ha derrotado militarmente a la subversión; ha restablecido la libertad, la propiedad, la justicia, la paz, el derecho y el orden en todo el territorio nacional; ha proclamado

⁵ Grondona, Mariano (1983), *La construcción de la democracia*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 130.

⁶ Idem, p. 134.

la necesidad de defender esos valores, cabalmente entendidos y dentro de sus límites claros y precisos, desoyendo los sofismas liberticidas de la demagogia y el populismo; y ha demostrado en los derechos el espíritu profundamente republicano que lo anima, consolidando un sistema institucional sabio y prudente, que lo preserva contra el peligro de desviaciones dictatoriales, mediante un mecanismo de renovación normalizada que asegura la continuidad que su desarrollo requiere para el cumplimiento de sus patrióticos fines.⁷

El tramo final del párrafo de Zinn, sin embargo, sonaba más voluntarista que realista: si bien la sucesión de juntas militares efectivamente implicaba una renovación, al interior del espacio liberal-conservador no eran lo mismo el sector liberal de las Fuerzas Armadas que el nacionalista, como quedaría claro durante el período liderado por Leopoldo Galtieri, en el cual estos actores se llamaron a un claro silencio. Al mismo tiempo, la pauta institucional del “cuarto hombre”, pergeñada por *Jacques Perriau* desde el Grupo Azcuénaga y la Sociedad de Estudios y Acción Ciudadana, se mostró de difícil aplicación, desnudando el complejo parcelamiento del poder procesista y las consecuencias institucionales de su lógica facciosa.⁸ De ahí que el propio Zinn enfatizara que el futuro, no obstante, estaba abierto y se establecería con el balance entre “los errores que hay que corregir, los peligros que hay que sortear, y las condiciones que hay que cumplir para llegar a la meta deseada”.⁹ En tal marco, los diálogos del Ministerio del Interior fueron tanto una muestra de los valores y evaluaciones compartidos por el “Proceso” y los intelectuales liberal-conservadores, como de las dificultades para hacer de ellos fórmulas institucionales capaces de transformar la experiencia iniciada en marzo de 1976 en la clave de transformación de la Argentina. Así, si se tiene en cuenta nuevamente la diferenciación

⁷ Zinn, Ricardo (1980), *4 años después en la Segunda Fundación de la República*. Buenos Aires: Pleamar, p. 13.

⁸ Ver el análisis del faccionalismo militar especialmente en Canelo, Paula (2008a). *El proceso en su laberinto...* Op. Cit.

⁹ Zinn, Ricardo (1980), *4 años después...* Op. Cit., p. 14.

entre una pauta refundacional de máxima y una ordenancista de mínima, se observa que los diálogos mostraron cómo la primera encontró en la segunda una base en común y su propio límite.

Entre la Constitución histórica y el futuro

En los diferentes referentes liberal-conservadores apareció una inquietud clave: cómo relacionar la Constitución de 1853 con el futuro que el gobierno dictatorial buscaba trazar con la ayuda de los propios intelectuales que nos ocupan. Segundo Linares Quintana, un constitucionalista experto señaló, en su entrevista de abril de 1980, la necesidad de atender la Constitución Nacional de 1853 para poder cumplir las bases del “Proceso”, según se establecía en las *Bases Políticas de las Fuerzas Armadas*. Al texto de la Carta Magna el jurista lo postulaba de la siguiente manera: “La Constitución Argentina es una de las más perfectas constituciones del mundo y, desde luego, la más humanitaria y generosa”.¹⁰ El autor, especialista en Derecho Constitucional y en Instituciones Comparadas, no ahorra elogios a la Constitución original, dejando en claro cómo entendía su rol tutelar sobre toda experiencia política posterior. Había una doble pauta a respetarse en atención de la vigencia de la Constitución histórica: en primer lugar, la necesidad de que primero se diera el cumplimiento de la Carta fundacional antes que de su reforma, lo que aseguraba que se diera, en segunda instancia, su “imperio pleno, efectivo y duradero (...) que hace posible la seguridad jurídica, sin la cual no existe la libertad, ni el bienestar ni el progreso”.¹¹ Pero, al mismo tiempo, destacaba el autor, debía asentarse la práctica constitucional sobre férreas bases ético-políticas:

Para que la democracia constitucional funcione correctamente debe reposar necesariamente sobre una base ética (...).

¹⁰ Ministerio del Interior (1980a), “Bases Políticas de las Fuerzas Armadas. Opinión del Académico Dr. Segundo V. Linares Quintana”. Buenos Aires: Ministerio del Interior, 22 de abril, Mimeo, p. 1.

¹¹ Idem, p. 3.

Porque el triunfo de la democracia depende exclusivamente de la virtud de quienes mandan y de quienes obedecen, como ya lo señalaba Montesquieu hace más de dos siglos.¹²

La referencia a Montesquieu, un autor siempre transitado por los intelectuales liberal-conservadores, no era casual, sino que buscaba apuntar a la idea de la virtud republicana como forma de una ética política. Para crear una sociedad forjada por esas pautas éticas era necesaria la “educación para la libertad”, la cual, en un movimiento circular, “debe consistir, fundamentalmente, en la enseñanza de la Constitución, en su historia, en su teoría y, sobre todo, en su funcionamiento práctico”.¹³ La educación del soberano no era sino la que habilitaba la libertad por el momento clausurada: el momento ordenancista del “Proceso” debía, por lo tanto, dar lugar a una sociedad capaz de ser digna de la libertad.

Una vez destacadas estas cuestiones que el abogado consideraba básicas, señalaba que había una serie de ejes de raigambre institucional que debían sopesarse: en primer lugar, un régimen electoral donde la totalidad de la ciudadanía fuera calificada (sin excluir ni ingresar en discriminaciones); en segundo término, partidos políticos que representen el tipo de régimen político establecido en la Carta Magna; por último, discurría sobre el carácter institucional de las Fuerzas Armadas, indicando que cada vez que debieron “salir de sus cuarteles para combatir el despotismo y la subversión” no hacían sino ejercer una pauta constitucional, a la vez que advertía que sería un error establecer en la Constitución un estado deliberativo permanente para ellas.¹⁴ Estas intervenciones de Linares Quintana planteaban tres pautas claves en el pensamiento de los intelectuales liberal conservadores: primero, la clásica pauta liberal-conservadora de forjar al elector educando al soberano, elevándolo a ser digno de la democracia: la constitución de un cuerpo social republicano. Segundo, si bien el jurista hacía referencia a una sentencia de

¹² Ibidem.

¹³ Idem, p. 4.

¹⁴ Idem, p. 4-7.

1964 contra el Partido Obrero, sus intervenciones históricas marcan que su clasificación del peronismo como una experiencia totalitaria connotaban también al Partido Justicialista dentro de un esquema similar (algo que, al interior de los abogados-politólogos del liberal-conservadurismo quedaba en claro en la teoría del “partido antisistema” expresada por Mario Justo López en diversas ocasiones). Finalmente, la remisión a que las Fuerzas Armadas estaban cumpliendo un mandato constitucional pero que, como la clave era respetar la Carta Magna, no debía transformarse su rol allí pautado. Estos señalamientos, en sus contornos, forjaban las pautas de la construcción democrática liberal-conservadora: un pueblo virtuosamente republicano y el respeto del espíritu de 1853.

Jaime Perriaux, en julio del mismo año, también asistía a las entrevistas ministeriales, en su carácter de miembro de la Sociedad de Estudios y Acción Ciudadana (SEA). En ella, comenzaba su exposición destacando que las *Bases* procesistas estaban en consonancia con la Constitución histórica.¹⁵ En su declaración aparecía una idea que, según el abogado, circuló en su entrevista con el equipo de Harguindeguy: la de extender al “Proceso”, simbólicamente, al momento del segundo centenario, sin que ello implicara que las Fuerzas Armadas se mantuvieran a cargo del gobierno.¹⁶ También en la intervención del líder del Grupo Azcuénaga aparecía el tema de los partidos políticos como problema, expresión de las propias paradojas del momento del diálogo, donde los partidos eran actores clave pero las opiniones tanto de los funcionarios procesistas como de los intelectuales liberal-conservadores los colocaban como ejes de la decadencia nacional. Señalaba Perriaux:

Debo decir, con mucho respeto, que la mayor parte de los partidos existentes hoy dan por momentos la sensación de que se han detenido en el tiempo y de que no tienen conciencia de cuál es el mundo que tienen que vivir, en el cual hay una can-

¹⁵ Ministerio del Interior (1980b), “El ministro del Interior dialogó hoy con dirigentes de la Sociedad de Estudios y Acción Ciudadana (SEA)”. Buenos Aires: Ministerio del Interior, 22 de julio, mimeo, p. 1.

¹⁶ Idem, p. 5.

tividad de fenómenos nuevos que hacen que las políticas deben adoptar métodos y estilos distintos. Por eso pensamos que tendrá que producirse una gran renovación.¹⁷

Al igual que en el caso de Linares Quintana, en las formulaciones de Perriaux aparecía la apelación a elevar el nivel de la sociedad: al exponer los objetivos de la SEA, señalaba que era clave afianzar la inteligencia media de la ciudadanía por medio del diálogo de la institución con la sociedad. Ello no estaba en contradicción con las pautas propias del liberal-conservadurismo y sus modos de socialización entre notables, al punto que Perriaux previamente aclaraba que la composición de la institución que lideraba “(es) un secreto”.¹⁸ Sin embargo, mostraba una diferencia con Linares Quintana: si bien no la consideraba una discriminación, el intelectual hacía la salvedad (ciertamente vaporosa) de establecer “un mínimo de requisitos que garanticen el que no lleguen a determinados cargos hombres o mujeres que a priori se sepa que no los van a poder desempeñar”.¹⁹

Una tercera voz de estas intervenciones fue la de Alberto Benegas Lynch, al mes siguiente. Como sus predecesores, el economista destacaba que un nuevo rol de las Fuerzas Armadas debía estar sujeto a las pautas del texto de la Constitución y que debía encontrarse un modo institucional de evitar la participación política de agrupaciones o partidos “que violen los principios constitucionales básicos”.²⁰ Ello implicaba repensar no sólo la institucionalidad democrática sino su sustancia. Por ello, Benegas Lynch señalaba que “por haber sobreestimado el valor de la voluntad mayoritaria, pronto la democracia comenzó a degenerar como consecuencia de haber caído en la falacia de que las mayorías son omnipotentes y omniscientes”.²¹ A diferencia de Linares Quintana y de Perriaux,

¹⁷ Idem, p. 10.

¹⁸ Idem, pp.14-15.

¹⁹ Idem, p. 18.

²⁰ Ministerio del Interior (1980c), “Resumen de los comentarios del Dr. Alberto Benegas Lynch sobre las *Bases Políticas de las FFAA para el Proceso de Reorganización Nacional*”. Buenos Aires: Ministerio del Interior, 12 de agosto. Mimeo, p. 1.

²¹ Idem, p. 2.

el fundador del Centro de Estudios sobre la Libertad proponía la exclusión del peronismo de manera directa, cuando destacaba:

será contraproducente a los nobles fines perseguidos por el Proceso de Reorganización Nacional, dar cabida en el escenario político a quienes de alguna manera son responsables del régimen inmoral que condujo al país al caos y obligó a las FFAA a desalojarlo del poder en Marzo de 1976. Porque la ansiada unión nacional no consiste en unirse con cualquiera para cualquier cosa. Por el contrario, ella supone necesariamente exclusiones que responden a un imperativo ético y están en armonía con la exigencia constitucional de la idoneidad para el desempeño de la función pública.²²

También a diferencia de sus antecesores, Benegas Lynch ingresaba en consideraciones de tono económico, basadas en la necesidad de “apurar al máximo la marcha hacia un Estado reducido”.²³ Al igual que ellos, destacaba la intervención política de las Fuerzas Armadas como modo de defensa nacional.

Como se pudo apreciar, una serie de pautas unía a los intelectuales liberal-conservadores, más allá de expresarse en torno a las *Bases* procesistas y los tópicos allí incluidos. En primer lugar, una lectura de tono ético-político ligaba los modos de intervención de los actores en lo que consideraban un momento bisagra de la historia nacional. En segundo término, el claro basamento en el texto constitucional de 1853, tanto como eje de la organización política de la sociedad argentina, cuanto como un punto de inspiración para el momento en que los diálogos se llevaron a cabo. En tercer lugar, la apelación a un doble mecanismo de vinculación entre la sociedad y las instituciones, educando al soberano y dejando fuera del mapa político-institucional a las agrupaciones que no respeten las bases constitucionales. Estas intervenciones de los intelectuales liberal-conservadores se enmarcaron en una coincidencia general que atravesó a los diálogos, estructurada sobre las pautas de las propias

²² Ibidem.

²³ Idem, p. 3.

Bases procesistas, en torno a una serie de puntos clave. Primero, una doble pauta basada en las condiciones de la hora histórica: la aceptación de la situación *de facto* del gobierno liderado por las Fuerzas Armadas, basado en la legitimidad de la “lucha antisubversiva” y el respeto a las bases constitucionales. Segundo, la coincidencia en que las Fuerzas Armadas ocuparían un sitio en el futuro diseño institucional de la vida política nacional.

La centralidad de la política como articuladora, que se expuso en los diálogos, será también clave en otro punto nodal de las intervenciones de los intelectuales liberal-conservadores: sus posiciones en torno al plan económico del ministro José Alfredo Martínez de Hoz. El programa de un actor perteneciente al espacio liberal-conservador mostró, en su derrotero histórico, tanto las bases como los límites de determinadas posiciones de estos intelectuales. Si los diálogos del Ministerio del Interior mostraron las complejas tramas de una posible institucionalización procesista finalmente fracasada, en torno del plan de *Joe* se hicieron visibles tanto las lecturas políticas del programa de abril de 1976 como los diversos modos en los cuales se absorbió una (otra) experiencia fracasada.

La economía como clave de transformación política: una decepción inmediata

Un camino sinuoso hacia la nada

La faceta económica fue uno de los tópicos más recurrentes en los intelectuales liberal-conservadores, si bien las intervenciones de estos autores se tramaron, centralmente, sobre tres tipos de ejes temáticos mayores: el orden político, el rol del Estado y el problema del desarrollo. Esas grandes líneas nodales parecieron converger en los diagnósticos optimistas con los cuales nuestros autores recibieron el golpe de Estado de 1976, considerándolo como la posibilidad de un momento refundacional. Así como la violencia política aparecía como un punto límite de las inquietudes de la hora en el espacio liberal-conservador con su dato de disgregación de la comunidad

como extremo, también aparecía la cuestión económica como parte de dicha inquietud, si bien conjugándose con planteos que superaban el plano netamente económico. Esta multiplicidad temática de la cuestión económica, aparecía signada por un eje que nuestros actores explicitaban: la economía como modo de interpretar la crisis nacional. El plano económico, por lo tanto, se presentaba como un punto capaz de aparecer como emergente de motivos profundos claves para la construcción liberal-conservadora en el ciclo que nos ocupa. Ambas líneas, violencia y economía, confluyeron en una construcción tópica decadentista que encontró en el momento procesista una clave de interpretación: de un lado, como rémora de la Argentina de masas, la crisis; del otro, el horizonte refundacional.

La clave económica, como señalamos, aparecía ordenando temas de mayor densidad y por ello era un tópico central desde el cual nuestros intelectuales intervinieron. El proyecto económico llevado adelante por la última dictadura, en términos de la idea de orden que era eje de las lecturas de estos intelectuales, fue por ello saludado de inmediato, pero cayó a poco de transcurrido su ciclo bajo miradas críticas. Aparecía en este movimiento un posicionamiento claro entre el apoyo a una dictadura ordenancista y la crítica a sus fallos en el plano económico que, en las intervenciones de estos autores, precisamente complicaba el reordenamiento nacional. El propio José Alfredo Martínez de Hoz entendía su proyecto ministerial desde una lectura ordenancista. Como señalaba en *Bases para una Argentina moderna. 1976-80*, el libro con el cual cerraba e interpretaba su etapa procesista, el gran problema de la economía argentina estaba en la distorsión central que implicaron décadas de paternalismo estatal, en paralelo con el tipo de interpretaciones que estudiamos en el capítulo previo:

En una economía avanzada, insertada en un sistema político de libertad, debe haber un sistema objetivo que premie el esfuerzo y la iniciativa individual, el trabajo ordenado y disciplinado, el ahorro y la inversión como base de la capitalización. A la inversa, cuando el Estado absorbe y elimina los riesgos propios de la actividad económica, se incentivan conductas contrarias

al interés general, se renuncia al crecimiento global e incluso se debilita su propio fundamento ético.²⁴

El plano económico era una clave, en esta lectura, del reordenamiento social. Como lo ha marcado una prolongada serie de estudios iniciados con los pioneros análisis de Adolfo Canitrot, en el proyecto dictatorial la economía era entendida como una rearticuladora de las relaciones sociales, es decir, era el eje de un proyecto plenamente político.²⁵ Ello, sin embargo, no debe llevarnos a encerrar dicho objetivo político en una lectura económica y el caso de los intelectuales liberal-conservadores, en efecto, es un prisma capaz de marcar las diversas instancias de esta problemática. Para Martínez de Hoz, el Estado paternalista había sido el resultante de la confluencia de dos modelos que rigieron entre el final de la Segunda Guerra Mundial y 1975: primero, “la estatización y regulación de la economía y la asunción por el Estado de funciones propias del sector privado”, y segundo, “los principios de autarquía”.²⁶ Como consecuencia de ello, señalaba, “el desarrollo económico resultó así desequilibrado y distorsionado”, con un efecto clave sobre uno de los temas que más preocupaban a *Joe*: el quiebre del federalismo y la exacerbada centralidad de Buenos Aires en el esquema económico nacional.²⁷ Por ello, su propósito económico se basaba en lecturas del todo antagónicas con dichos ejes, “la función subsidiaria del Estado y la apertura de la Economía”, junto con la reformulación del federalismo económico.²⁸

El mismo año en que Martínez de Hoz publicaba su trabajo, Horacio García Belsunce escribía *Política y economía en años críticos*, que se publicaría meses luego, en 1982. Como se verá con mayor profundidad después, el año 1981 marcó para los intelectuales libe-

²⁴ Martínez de Hoz, José A. (1981), *Bases para una Argentina moderna. 1976-80*. Buenos Aires: Emecé, p. 18.

²⁵ Canitrot, Adolfo (1980), “La disciplina como objetivo...” Op. Cit.; Schvarzer, Jorge (1986), *La política económica de Martínez de Hoz...* Op. Cit.; Novaro y Palermo (2003), *La dictadura militar argentina...* Op. Cit.

²⁶ Martínez de Hoz, José A. (1981), *Bases para una Argentina...* Op. Cit. p. 21.

²⁷ Idem, p. 25.

²⁸ Idem, pp. 30-48.

ral-conservadores el inicio de un período multiforme de transición, cuya lógica aparecía fuertemente plasmada en la obra de este autor. El libro, que García Belsunce proponía como “la inevitable y comprometida crítica” que “quienes hemos apoyado el pronunciamiento y cambio de gobierno que tuvo lugar el 24 de marzo de 1976” debían realizar, ya que “tenemos la obligación de vigilar el Proceso como una forma efectiva de seguir apoyándolo”, condensaba notoriamente el derrotero de esperanza y decepción que estos economistas trazaron en su relación con la dictadura, en especial durante el momento “refundacional” comprendido por las presidencias de facto de Jorge Rafael Videla.²⁹ Por ello, el año de concepción de la obra marcaba, como lo escribía el propio García Belsunce, el límite que estos autores colocaban a su esperanza en el refundacionalismo procesista, una vez que el programa inicial había sufrido las consecuencias del “extravío”.

El derrotero de dicha decepción, sin embargo, se inició tempranamente, en tanto que, a los pocos meses de iniciado el ciclo procesista, las intervenciones liberal-conservadoras sobre la realidad económica de la gestión de Martínez de Hoz eran de una dureza explícita. En la lectura de Alsogaray, por ejemplo, la gestión económica aún no se alejaba del intervencionismo estatal y, peor aún, enfatizaba el economista, acaso sus ejecutores ni siquiera notasen la permanencia del modelo vilipendiado. “A cinco meses de la intervención militar, es ya evidente que el gobierno está siguiendo ‘en la práctica’ aunque tal vez ‘en teoría’ cree que no lo hace”, un modelo estatista cuya esencia no se diferenciaba del inaugurado por el peronismo, por lo que su limitación a “actuar de una manera ‘pragmática y gradual’ sobre los detalles” no era para nada el giro ansiado y anunciado.³⁰ Para el capitán ingeniero, se trataba de la falta de

²⁹ García Belsunce, Horacio (1982), *Política y economía en años críticos*. Buenos Aires: Troquel, pp. XI-XXVI. Puede verse un análisis cronológico detallado de las intervenciones de estos autores sobre el plan económico de Martínez de Hoz en Vicente, Martín (2011), “¿Tú también, Bruto? Críticas liberales a un programa liberal. El plan de Martínez de Hoz según Alsogaray, Benegas Lynch y García Belsunce en *La Prensa* (1976-1981)”. En *Question*, vol. 1, n° 32, primavera, La Plata, pp. 1-14.

³⁰ Alsogaray, Álvaro (1976), “Cinco meses después”. En *La Prensa*, 22 de agosto, Buenos Aires, p. 4.

una ideología precisa en el plan, como señaló en 1976 y enfatizó en 1981, lo que motivó polémicas al interior del mundo liberal, como la dura respuesta que Juan Alemann, Secretario de Hacienda de la gestión, le dirigió también desde las páginas de *La Prensa*.³¹ Como en otras ocasiones, el término liberalismo estaba en el eje de las pugnas: si Alsogaray endilgaba al programa de Martínez de Hoz no estar claramente dentro de los cánones liberales, Alemann enfatizaba la efectiva pertenencia a él como modo de defender las “libertades” que el plan había supuesto para la economía nacional, para en una nota posterior referirse a las diferencias filosóficas entre el equipo ministerial y Alsogaray. El editor del diario de la familia Gainza Paz elegía una interesante descripción para el debate, cuando bajo las caricaturas de ambos autores, colocaba la siguiente leyenda: “Alemann y Alsogaray: liberalismo desde el poder y desde el llano”.

Para Benegas Lynch, por su parte, en la planificación económica se encontraban las pautas de la función intervencionista y distorsiva del Estado, en tanto “ciertos estados modernos tienden a incrementar el gasto público, como consecuencia de la práctica de multiplicar sus funciones, invadiendo el ramo de la actividad privada. Afirman así su condición de Estados empresarios y ‘benefactores’, acentuando el paternalismo”. Por lo que “la política estatal dadivosa nunca pasa de ser una actitud mediante la cual el Estado da con una mano lo que previamente ha quitado con la otra; la parte restante sirve para pagar el costo de la administración de la dádiva”.³² Tal rol era propio de lo que estos intelectuales comprendían como la “hipertrofia” del Estado, instaurada por el primer peronismo y nunca removida: precisamente, la estructura que el mismo Martínez de Hoz entendía como problemática. Como en el caso de la institucionalización de las *Bases* dictatoriales, también en el programa económico se expresaban las paradojas de la relación entre el “Proceso” y los intelectuales liberal-conservadores: coincidencia de diagnósticos e imposibilidad de realización.

³¹ Alemann, Juan (1981), “La ideología liberal del equipo económico saliente”. En *La Prensa*, 20 de marzo, p. 9.

³² Benegas Lynch, Alberto (1977), “No gastar más de lo que se tiene”. En *La Prensa*, 18 de enero, Buenos Aires, p. 4.

El consabido análisis en términos de modelos dicotómicos que los intelectuales liberal-conservadores expresaron permanentemente, regresaba aquí, lo cual hacía más particular la paradoja que acabamos de señalar: “Descartando la corriente colectivista y la capitalista liberal del siglo XIX, quedan dos posiciones contrapuestas: la economía de mercado moderna y las corrientes híbridas de tercera posición (...). En nuestro país la opción se presenta con gran claridad”, señalaba Alsogaray. Y no dudaba en retomar la caracterización del proceso actual: “A esta altura podemos ya afirmar que estamos en presencia de otra tentativa de tercera posición, bastante similar a la del período Onganía-Krieger Vasena”.³³ Por lo cual volvía a proponer a las autoridades de facto que entendieran lo dramático de la situación: “El gobierno puede continuar con su actual política intervencionista-inflacionaria de tercera posición o puede inclinarse, dando un segundo paso, hacia una democracia fuerte sustentada en una verdadera economía de mercado moderna”.³⁴ Para el autor se había perdido una gran oportunidad, ya que “el 24 de marzo las condiciones políticas y psicológicas para la aplicación de la estrategia estaban dadas. Si así [*con la propuesta original*] se hubiera procedido, gran parte de esos problemas argentinos ya estarían resueltos”.³⁵

Los argumentos de tono ético que eran utilizados en las intervenciones liberal-conservadoras sobre tópicos muy diversos, tenían en este momento también su apelación en el plano económico que, como señalamos, representaba un eje político. Benegas Lynch planteaba que la eterna lucha moral entre el bien y el mal “se manifiesta en la secular lucha entre la libertad y la esclavitud”, en tanto “los triunfos militares serán victorias a lo Pirro si las mentes humanas, víctimas de la omnipotencia del Estado, propias de las falsas democracias, no son reconquistadas para la causa de la libertad”.³⁶ Por ello, nada deben sorprender apelaciones de este tipo en el econo-

³³ Alsogaray, Álvaro (1978), “Nuevas corrientes económicas y políticas”, conferencia, Mimeo, Buenos Aires, s/p.

³⁴ Idem, s/p.

³⁵ Idem, s/p.

³⁶ Benegas Lynch, Alberto (1979), “La antinomia eterna”. En *La Prensa*, 02 de marzo, Buenos Aires, p. 8.

mista, ya este análisis era altamente representativo de las ideas que los economistas liberal-conservadores poseían en su análisis del derrotero procesista. Allí se marcaba una concepción sobre el golpe de Estado como necesario, y al mismo tiempo un profundo desacuerdo con la realidad efectiva de sus políticas económicas, sumadas al miedo latente a que la dictadura no completara su ciclo refundacional por su propio extrañamiento. Por ello, al año siguiente, Alsogaray insistía con sus críticas axiales, pero lo haría sellando una definición taxativa: “A esta altura de los acontecimientos es claro que el actual sistema económico no es liberal ni de mercado, sino crudamente dirigista e inflacionario, aparte de pragmático y gradualista”. Ya no había medianías en las palabras del economista, quien tildaba de inconstitucional el modelo económico procesista: “En síntesis, el sistema económico dirigista e inflacionario que estamos practicando es, como todos los de su género, incompatible con un régimen jurídico liberal como el de nuestra Constitución”.³⁷ Para el santafesino, se estaba ante el fracaso pleno de la gestión de Martínez de Hoz, y lo plasmaba con una figura tan coloquial como contundente: “Los dados están echados”.³⁸

La economía en tránsito

Como señalamos, el fin del ciclo videlista marcaba también el final de las expectativas refundacionales de los intelectuales liberal-conservadores, que a partir de allí se sumirían en una serie de complejas posiciones en torno a la etapa de transición. Si bien aparecieron análisis de tono moderado y que intentaron realizar lecturas detalladas acerca del fracaso del plan de Martínez de Hoz, como en la serie de artículos de García Belsunce en *La Prensa*.³⁹ Nuevamente, era Alsogaray quien tenía las expresiones más destacadas a la hora

³⁷ “Dijo Alsogaray que el actual sistema económico es dirigista e inflacionario”. *La Prensa*, 14/06/1980, Buenos Aires, p. 5.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ García Belsunce, Horacio (1981a), “El plan económico de 1976. Su ejecución y resultados. I”. En *La Prensa*, 16 de marzo, p. 7; (1981b). “El plan económico de 1976. Su ejecución

de plasmar el estado de este espacio intelectual: “La oportunidad que tuvimos el 24 de marzo de 1976 para efectuar las reformas fundamentales que el país estaba y está esperando se perdió hace tiempo”, ya que “aunque bajo apariencias distintas, el sistema [*estatista*] siguió funcionando y condujo, como era inevitable que ocurriera, a la actual encrucijada”. Escribía, luego, un diagnóstico altamente sugerente sobre las relaciones de las elites liberales, dentro de las cuales se incluían nuestros actores, con el “Proceso” y su fracaso:

Las crisis anteriores al 24 de marzo de 1976 siempre pudieron ser atribuidas al fracaso de nuestros adversarios y a la mentalidad antiliberal que los dominaba. Pero, ¿y ahora? ¿A qué y a quiénes atribuir la crisis actual? ¿Cómo explicar este nuevo y doloroso fracaso? Este interrogante nos plantea una grave cuestión. Si supuestamente es el ‘capitalismo’ conducido por sus mejores hombres el que ha imperado, ¿cómo enfrentar de aquí en adelante al socialismo y en general a la ya citada mentalidad antiliberal? Esta situación es inédita en los últimos 35 años. Está llena de peligros y acechanzas. Si la libertad económica en manos de conspicuos representantes de la clase rectora y de los círculos sociales más elevados nos ha conducido a una crisis como la presente, ¿no habrá llegado la hora de renegar de ella y de volver a cualquiera de las formas del totalitarismo?⁴⁰

Según las drásticas palabras de Alsogaray, el convencimiento de los intelectuales liberal-conservadores acerca del “Proceso” como un golpe de Estado necesario y refundacional dio inmediato paso a la crítica del programa económico, el cual se consideraba clave para dar cuenta de un modelo entendido como intervencionista, desarrollista, dirigista y/o estatista, que en su verdadera naturaleza orbitaba en la línea de los fenómenos totalitarios. Esas críticas, de creciente virulencia, devinieron posturas diametralmente enfrenta-

y resultados. II”. En *La Prensa*, 17 de marzo, p. 7; (1981c). “El plan económico de 1976. Su ejecución y resultados. III”. En *La Prensa*, 18 de marzo, p. 7.

⁴⁰ Alsogaray, Álvaro (1981a), “Después de la tormenta”. En *La Prensa*, 01 de marzo, Buenos Aires, p. 7.

das a las políticas oficiales y, sin embargo, propias de un equilibrio político que marcaba el momento transicional, como veremos en el apartado siguiente. Tras los infructuosos intentos de llevar la dictadura al terreno del liberalismo económico tal cual estos intelectuales lo concebían, sólo quedó como estrategia rescatar el concepto de liberalismo de su identificación con el programa ministerial, tarea en la que los economistas aquí estudiados pusieron tanto énfasis como en sus previos planes propositivos. En tal sentido, liberalismo positivo y liberalismo negativo eran parte de una misma concepción, en la que dichas intervenciones se valieron de una prosa atribulada que marcaba que el fracaso, sin embargo, era inocultablemente compartido.

Capítulo VI El ocaso del "Proceso"

La institucionalización de las pautas procesistas, aun si estaba alejada de las miradas refundacionales y aspiró centralmente a prolongar las líneas ordenancistas, se mostró como una experiencia compleja, en la que incluso los intelectuales liberal-conservadores, considerados apoyos claves del régimen, se mostraron (si bien elogiosos de diversos puntos) más apegados a la Constitución de 1853 que a una renovación procesista de la Carta Magna. Ideas como la tutoría de las Fuerzas Armadas sobre el sistema democrático o la prolongación simbólica del "espíritu" del "Proceso de Reorganización Nacional" parecieron más bien concesiones elegantes de los autores liberal-conservadores que verdaderas pautas para pensar el futuro de la Argentina. El plano económico, aquel que, como se ha señalado insistentemente, operó como un dique de fuga para las críticas al gobierno dictatorial, había sido constantemente abordado como un problema por estos intelectuales que, si bien sostenían la primacía de la política sobre la economía, desarrollaron sentencias de tono aplastante. La débil institucionalización del proyecto y el fracaso económico aparecieron como ejemplos de la distancia que separaba las expectativas refundacionales de la realidad. La transición democrática apareció para los liberal-conservadores abierta como posibilidad en 1981 y acabó de configurar un mapa más enrarecido del que los furores de 1976 anticiparon. En medio del ciclo, el giro nacionalista del "Proceso", que encontró su pico en la guerra de Malvinas (cuya tematización fue rotundamente esquivada por las intervenciones de estos intelectuales), acabó por enterrar las ya tenues esperanzas de

lograr un cambio en la historia nacional, reconfigurando las lecturas de estos autores sobre el horizonte democrático.

La pregunta por la democracia había sido un eje central en las trayectorias de los intelectuales liberal-conservadores, en especial bajo las diversas formas de la dicotomía entre democracia de masas y democracia republicana. Pero con el ocaso procesista la democracia comenzó a adquirir, primero, un carácter más abierto que el marcado previamente y, luego, los trazos de lo inevitable. En la oscilante historia democrática argentina, entendieron claramente nuestros autores, el ciclo que se abría no sería uno más.

La democracia como Jano: los dos rostros de la transición

Un horizonte oscuro

La intelectualidad liberal-conservadora, como señalamos, se abrió a una suerte de momento transicional que, en horas del promovido y frustrado aperturismo que caracterizó al turno de Roberto Viola al frente de la Junta militar, aparecía como una primera interrogación sobre las problemáticas que se tornarían centrales en el largo proceso de descomposición de la última dictadura. En efecto, en nuestros intelectuales el retorno de la democracia se configuró como una problemática ya en el período de finalización del segundo turno de Jorge Videla al frente de la Junta y durante la temblorosa etapa de Viola, junto con el repliegue que la escasa institucionalización de las “Bases” procesistas y las consecuencias del plan económico de Martínez de Hoz produjeron en el espacio de nuestros actores. La transición desde la última dictadura hacia la democracia, en tal sentido, puede leerse tanto desde aquella que efectivamente se plasmó como desde los intentos fracasados. En este último plano, ya analizado por Inés González Bombal,¹ las lecturas transicionales de los autores que nos ocupan ofrecieron un marco particular. Los intelectuales liberal-conservadores, en efecto, trazaron un camino pro-

¹ González Bombal, Inés (1991), *El diálogo político...* Op. Cit.

blemático hacia el final del ciclo procesista que encontraría dos tipos de interpretación contrapuestos pero también una particular línea intermedia. Por un lado, una serie de intervenciones que ponían en foco los problemas del futuro democrático ante lo que entendían era un ciclo incompleto. Por el otro, las lecturas que trataban de realizar un equilibrio transicional y abrirse, aunque con reparos puntuales, al horizonte inmediato. Extremos en apariencia innegociables, estas posiciones aparecían como configuraciones que entraban en contacto con una tercera posición que, si bien partía de una preocupación nacida de la lectura del ciclo como incompleto, articulaba dicha interpretación con una expectativa en la apertura democrática cercana a la segunda de las vías analíticas que mencionamos.

Jorge Luis García Venturini, en una intervención en *La Prensa* que titulaba “Señores, aclaren, por favor”, daba cuenta de este estado de apertura de una problemática, partiendo de una base pesimista: “[el término] ‘Democracia’ ha gozado –goza aún– de una aureola mágica, de un pasaporte de garantía política, como no la tiene ningún otro vocablo en la actualidad”.² La posibilidad de la apertura democrática, que ya estaba siendo tramada por el espacio liberal-conservador, se hacía problema político con la introducción de una reformulación que había estado presente en nuestros autores durante el período que nos ocupa, pero que se hizo central en el tránsito que llevaría a la apertura democrática. Al poco tiempo, desde el mismo matutino, el bahiense recomendaba no confundir dictadura con tiranía, recordando tanto sus diferencias terminológicas como políticas.³ Para el espacio liberal-conservador la categoría dictadura podía asimilarse a un momento breve y ordenancista, una excepcionalidad diferente a los conceptos de tiranía o totalitaris-

² García Venturini, Jorge Luis (1981a), “Señores, aclaren, por favor”. En *La Prensa*, 15 de abril, Buenos Aires, p. 4. El rol de los columnistas de *La Prensa*, entre los cuales una gran parte de nuestros actores eran firmas centrales, fue central en el largo ciclo de la transición según esta era interpretada en el espacio liberal-conservador, en tanto se destacó plenamente la defensa política de la dictadura pero se lanzaron críticas de todo tipo, comenzando con la economía.

³ García Venturini, Jorge Luis (1981b), “Una aclaración semántica”. En *La Prensa*, 27 de mayo, Buenos Aires, p. 4.

mo.⁴ De ahí que el filósofo bahiense le exigiera al gobierno procesista asumirse como dictadura y evitar los peligros de una transición laxa y hecha de concesiones, criticando por ello el uso de metáforas y expresiones *in media res* del “Proceso”, al señalar que la situación era similar a la de 1972. Por ello, reclamaba claridad conceptual y certezas (de manera similar lo había hecho Alsogaray en diversos momentos),⁵ al tiempo que alentaba al gobierno a abrir los ojos ante la situación de repetición, puesto que el marco situacional evidenciaba, en efecto, su tendencia a repetir la historia ya conocida.⁶

Pero esto, que lo sabe cualquier persona medianamente informada, parecen desconocerlo ciertos gobernantes, que persisten en las mismas falacias que ya llevaron al país, dos veces, a situaciones límites, absolutamente insoportables. Si errar dos veces en lo mismo es de tontos, como decían los griegos, errar tres es sencillamente de locos o de irresponsables.⁷

El problema de la democracia “ilimitada”, entendida alternativamente pero bajo cánones idénticos como rousseauiana, populista, colectivista, retornaba. La latencia de la última transición democrática, con el retorno del peronismo al poder, configuraba las palabras del filósofo. El grito de García Venturini por un sinceramiento procesista se articulaba con la apesadumbrada reflexión de Carlos Sánchez Sañudo sobre la problemática del sistema democrá-

⁴ Ello no habilita, sin embargo, interpretar que el excepcionalismo dictatorial propuesto por los intelectuales liberal-conservadores pueda ser asimilado, como forma política y junto al refundacionalismo procesista, a las teorías de Carl Schmitt, como se ha sugerido en diversos trabajos. El prusiano ha sido un autor sumamente criticado por nuestros actores, como puede verse en Vicente, Martín (2014b), *Una opción, en lugar de un eco. Los intelectuales liberal-conservadores en la Argentina, 1955-1983*. Buenos Aires, FSO-UBA, Mimeo. En tal sentido, Jorge Dotti ha alertado sobre las “injerencias paradictatoriales” en los usos de Schmitt. Dotti, Jorge (2000), *Carl Schmitt en la Argentina*. Rosario: Homo Sapiens, p. 900.

⁵ Alsogaray, Álvaro (1981b), “Necesidad de una ideología”. En *La Prensa*, 15 de marzo, Buenos Aires, p. 1.

⁶ La lectura cíclica era una clave interpretativa de la concepción historicista de García Venturini. Ver García Venturini, Jorge Luis (1962), *Ante el fin de la historia...* Op. Cit. García Venturini, Jorge Luis (1969), *Qué es la filosofía de la historia*. Buenos Aires: Columba.

⁷ García Venturini (1981a), “Señores, aclaren...”. Op. Cit., p. 4.

tico. En una nota donde analizaba las lecturas de la democracia de Friedrich Hayek, quien en ese momento visitaba la Argentina, el académico proponía encontrar en ellas la clave de la hora histórica:

Las enseñanzas de Hayek tienen relación directa con nuestro problema más urgente: poner “el límite, el reaseguro”, encontrar las trabas legítimas (no sólo legales) que impidan el acceso del populismo al poder con cualquier disfraz, como ya ocurrió en 1946, 1958 y 1973. Somos los únicos en Occidente que hemos repetido lo que nadie repitió.⁸

Lo que Sánchez Sañudo señalaba, en un sentido del todo coincidente con las palabras del propio García Venturini, marcaba que el problema central estaba en asegurar “su calidad en orden a preservar las instituciones que señala la Constitución. Sólo así evitaremos una nueva destrucción de la República”.⁹ Al referirse a las instituciones de la Constitución, el fundador de la Institución Alberdi mentaba la centralidad de la idea republicana del texto, dejando en un segundo plano la idea democrática, que aparecía supeditada a limitarse al marco republicano, siendo por fuera de éste plausible ingresar en las categorías de democracias distorsionadas que hemos enumerado previamente, con el punto extremo de la democracia ilimitada.

Sánchez Sañudo también planteaba un paralelismo entre las elecciones que acababan de consagrar a François Mitterand en Francia con la situación argentina, en otro de los tantos casos de trazado de comparaciones transnacionales, en este caso no con el nazismo sino con un socialismo democráticamente consagrado y actual. También el economista recurría a la idea de “democracia ilimitada”, haciéndola eje de su construcción teórica y, al igual que García Venturini, señalaba “el peligro de volver a 1972” en caso de no cambiarse lo que presentaba como un enfoque que, tanto en gobernantes como en gobernados, tendía a generar un consenso en torno a un tipo de

⁸ Sánchez Sañudo, Carlos (1981b), “Hayek y nuestra profunda crisis”. En *La Prensa*, 29 de abril, Buenos Aires, p. 6.

⁹ *Ibidem*.

democracia antirepublicano y antiliberal. Por medio de una estrategia comparativa, el autor igualaba el socialismo de Mitterrand con el programa del Partido Comunista Francés y con la experiencia justicialista de 1973-1976. A los tres casos los igualaba en dicha idea de democracia sin límites que deploraba, proponiendo el retorno de la Argentina a la Constitución de 1853.¹⁰ Esta construcción era profundizada posteriormente, cuando Sánchez Sañudo planteaba que el problema sobre la idea de democracia estaba en considerar cierta la “reiterada prédica según la cual ‘la democracia es el gobierno de las mayorías aunque con el debido respeto a las minorías a disentir’”, sobre la cual, en la práctica, se conformaba el populismo. ¿Cuál era el modo en el cual se pasaba de la concepción a la práctica? Para el autor:

Lo que evidentemente nos ha ocurrido es que –sin decirlo– los sucesivos gobiernos y la casi totalidad de los partidos políticos han cambiado el criterio de legitimidad adoptado en nuestra Constitución –el de la “garantía de los derechos” por el de “voluntad mayoritaria”– modificando sustancialmente la esencia de nuestras instituciones, el orden social y, por consiguiente, el estilo de vida, que decayó material y cualitativamente (...). Se ha instaurado, pues, una legitimidad inconstitucional que ha pasado aparentemente inadvertida y que constituye una verdadera infidelidad a los principios de 1853.¹¹

De ahí que el autor propusiera, en estricta línea con aquel enramado con la situación francesa, que no todo partido ni cualquier programa pudiera ser parte del sistema político argentino, por lo que sugería al gobierno procesista ajustar a dichos fines constitucionales tanto la Ley Electoral como el Estatuto de los Partidos Políticos. Dichos temas fueron un tópico central de los diálogos dispuestos por el Poder Ejecutivo, pero sus resultados fueron magros.¹²

¹⁰ Sánchez Sañudo, Carlos (1981c), “Democracia antirrepublicana y antifederal”. En *La Prensa*, 31 de julio, Buenos Aires, p. 7.

¹¹ Sánchez Sañudo, Carlos (1982), “La gran confusión”. En *La Prensa*, 26 de agosto, Buenos Aires, p. 1.

¹² Ver García Bombal, Inés (1991), *El diálogo político...* Op. Cit.; Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003), *La dictadura militar...* Op. Cit.; Quiroga, Hugo (2004), *El tiempo del “Proceso”...* Op. Cit.

Similares preocupaciones expresaba sobre el fin de 1982 Mario Justo López, quien también desde *La Prensa*, donde sus colaboraciones no eran asiduas como las de los tres autores recién analizados, advertía: “Los partidos políticos son condición necesaria pero no suficiente para el funcionamiento y la persistencia de la democracia constitucional. No basta con que los haya: tienen, además y sobre todo, que resultar idóneos”.¹³ El jurista había presentado ya, y reformulado, su teoría del partido antisistema, que aparecía en las consideraciones del artículo y que tendría versiones posteriores. En efecto, en la última versión de este trabajo, editada a modo de ensayo por la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, López ubicaba su teoría como parte de una tendencia minoritaria de la Ciencia Política: “Lo cierto es que llama la atención lo poco que han ahondado los politicólogos en el tema y en el problema”.¹⁴ Desde una lectura sistémica, el abogado proponía el basamento pluralista en su concepción del sistema político y del subsistema de partidos políticos, pero dejando en claro la necesidad de una concordancia: “Ese acuerdo, ese consenso fundamental o mínimo, es la base y al mismo tiempo el límite del pluralismo”.¹⁵ Por lo cual, el partido antisistema era aquel con impacto deslegitimador sistémico. Por eso, enfatizaba López, la clave se desplazaba del terreno axiológico (como se habrá podido apreciar, central en las lecturas de nuestros autores) al “técnico-funcional”:

El régimen democrático constitucional admite, pues, y necesita la presencia de tensiones, es decir de energías renovadoras que graviten sobre el peso de las fuerzas de conservación, pero con tal que esas tensiones sean “sanas”, es decir, que puedan ser asimiladas por el propio régimen constitucional democrático. Si

¹³ López, Mario Justo (1982b), “Partidos políticos”. En *La Prensa*, 10 de diciembre, Buenos Aires, p. 1.

¹⁴ López, Mario Justo (1981a), *Esbozo para una teoría del partido antisistema*. Buenos Aires: ANCBA, p. 8. La preocupación por el tópico en dicho momento se expresaba previamente, desde una postura formalmente menos drástica, en el trabajo de Linares Quintana, Segundo (1980a), “El partido dominante en la tipología de los partidos políticos”. En *Anales de la ANCMP*, Buenos Aires, pp. 333-376.

¹⁵ López, Mario Justo (1981a), *Esbozo para una teoría...* Op. Cit., p. 13.

esto no sucede, nos hallamos en presencia de tensiones “patológicas” y entonces el régimen mismo está puesto en cuestión.¹⁶

En torno a la preocupación de López, Linares Quintana había realizado ya el año anterior un análisis en términos formalmente menos drásticos, donde se refería al “partido dominante” como un problema, pero que durante 1981 preferirá abordar desde la problemática, más acuciante, del “partido antidemocraticoconstitucional” (1981).¹⁷ Dicha preocupación tenía un marco analítico claro: como señalamos al principio de este capítulo, las lecturas refundacionales en torno a la última dictadura tenían una especial atención en el fracaso de la experiencia de la Revolución Argentina. Que de la trunca dictadura previa se haya dado lugar al retorno del peronismo al poder era un punto central en las consideraciones de los intelectuales liberal-conservadores, quienes -como veremos- harán de dicha cuestión un eje de sus preocupaciones explícitas. Más connotada, sin embargo, pero apuntando al mismo problema, era la intervención de López. Tanto en el trabajo publicado en *La Prensa* como en este ensayo académico, el jurista proponía una relación entre la sociedad y sus representantes capaz de actuar como sustento del sistema político y el subsistema de partidos, en una línea de lectura coincidente con ciertas premisas de teóricos de la Ciencia Política, entre otros y por limitarnos a los mencionados por el propio autor, tales como Giovanni Sartori, Seymour Martin Lipset, Maurice Duverger. Pero, como se hacía patente en varias de las intervenciones de Germán Bidart Campos, había una recepción muy particular, no siempre reconocida por ellos, de los abogados ligados a la Ciencia Política de la obra de Robert Dahl. En efecto, como ha planteado Sergio Morresi, existe una relación posible entre las ideas de estos intelectuales liberal-conservadores, la teoría del autor estadounidense y

¹⁶ Idem, pp. 14-15.

¹⁷ Linares Quintana, Segundo V. (1980a), “El partido dominante...” Op. Cit.; Linares Quintana, Segundo V. (1981c), “El partido antidemocraticoconstitucional”. En *Anales de la ANCMF*, tomo X. Buenos Aires, pp. 299-307.

las concepciones liberal-conservadoras decimonónicas, en el punto relativo a la transformación del régimen político.¹⁸

El bipartidismo, señalaba López, podía tener el problema de que ambos integrantes pugnarán por sistemas antitéticos, por lo cual, “un ‘sistema bipartidista’ con la presencia protagónica de un ‘partido antisistema’ está condenado a muerte”.¹⁹ Ese mismo año, en una conferencia, López dejaba en claro cómo debía tramarse dicha relación:

El día que los pueblos adquieran la conciencia y la voluntad que les falta para ser republicanos –“la aptitud que les falta para ser republicanos”, como clamaba Alberdi en Las Bases– exigirán que los políticos –los gobernantes– no sean como directores irresponsables de sociedades anónimas en etapa de vaciamiento sino personal, directa y solidariamente responsables con su alma y con su cuerpo.²⁰

¹⁸ El no reconocimiento a la teoría de Dahl en muchas ocasiones puede deberse tanto a lecturas mediadas e indirectas del politólogo estadounidense (hasta el momento se habían traducido al español sólo dos obras del autor y una compilación de artículos), como a dificultades de encastrar su teoría, ya decididamente participacionista, con las premisas de una democracia de baja intensidad como las propuestas por los intelectuales liberal-conservadores. Puntualmente, Morresi señala: “Según Dahl, para que una sociedad arribe exitosamente a una poliarquía estable, es necesario que en primer lugar se garanticen una serie de libertades personales económicas y políticas a la población en general y luego, de modo paulatino, a medida que se educa a los habitantes para convertirlos en ciudadanos, se los hace ingresar en el juego político (...), esa misma era la perspectiva que los liberales-conservadores sostuvieron durante el PRN, al que veían como una instancia de poder sólido y unívoco capaz de inaugurar una etapa de reinstalación de los derechos, deberes y garantías republicanas, a los que (luego de un tiempo prudencial durante el cual se “educaría al soberano”) se sumaría la participación plena de la ciudadanía en una suerte de democracia limitada por los valores constitutivos de ese orden que aparecía como su fundamento”. Morresi, Sergio (2010), “El liberalismo conservador...”. Op. Cit., pp. 106-107. Si bien la ligazón que Morresi establece entre los liberales decimonónicos, Dahl y los autores liberal-conservadores es, creemos, más certera en términos de compatibilidad genérica de modelos que cuando postula que los primeros “anticipaban” la teoría del estadounidense, es evidente que la teoría de Dahl es un foco sugestivo para analizar a nuestros autores. Ver Dahl, Robert (1989), *La poliarquía. Gobierno y oposición*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

¹⁹ López, Mario Justo (1981a), *Esbozo para una teoría...* Op. Cit., p. 24.

²⁰ López, Mario Justo (1982c), “Responsabilidad de los gobernantes”. En *Anales de la ANCMP*, Tomo XI, Buenos Aires, p. 256.

La lectura negativa del bagaje cívico de la población, como hemos visto parte central de las concepciones liberal-conservadoras y eje de la reflexión de los autores que nos ocupan, se hilaba, en un movimiento típico del espacio liberal-conservador, con la lectura alberdiana. El diagnóstico sobre la falta de estatura republicana de la sociedad, aquí, era inseparable de las consecuencias de lo actuado por la clase política, que se desprendía de la sociedad, como un cuerpo flotante sin responsabilidades de *accountability* entre pueblo y elite política.

Los valores de la (inevitable) democracia

En diversos puntos, como se verá luego, las intervenciones de López configuraban una suerte de posición intermedia entre las que acabamos de reseñar y las que estudiaremos a continuación. Los dos rostros de la transición, en tal sentido, se dibujaban no en una relación de contraposición sino en una dinámica con determinados vasos comunicantes, expresión de la complejidad de la hora. Si por un lado García Venturini se azoraba “Leer un diario hoy –incluso especialmente las declaraciones oficiales– es como volver a mediados del año 72; casi no falta ni sobra nada. Es una suerte de túnel del tiempo, o el cuento de la buena pipa de nunca acabar”,²¹ una línea opuesta a la que expresaron taxativamente los autores referidos en las páginas previas se encontraba en dos obras claramente transicionales de Germán Bidart Campos y Mariano Grondona. Editados por el sello Eudeba, de la UBA, donde ambos eran docentes de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, los libros representaban claras operaciones intelectuales. En el caso de Bidart Campos, el horizonte democrático comenzaba a tramarse con el giro en sus posiciones públicas hacia posturas más progresistas, como mencionamos al acercarnos a su trayectoria, mientras que en Grondona una doble estrategia era patente: abrir el espacio de interpretaciones del futuro democrático era a la vez un modo de distanciarse de sus

²¹ García Venturini, Jorge Luis (1981c), “El juicio final”. En *La Prensa*, 21 de junio, p. 1.

posiciones durante el PRN.²² Precisamente, el abogado y periodista seleccionaba para su libro una serie de artículos que, según sus palabras, se organizaban “en torno de un tema que preocupa sobremedida, con razón, a los argentinos: la ‘construcción’ de la democracia”.²³

Tanto en Bidart Campos como en Grondona aparecía centralizada aquella idea que, ya en 1955, hemos detectado en Víctor Massuh y que, en cierto sentido, era definitoria tanto de las ambiciones como de los límites de las expectativas de nuestros actores: la democracia como una compleja y trabajosa manera de organizar lo público. Se dejaban de lado los modelos que oponen democracias puras e impuras, tan típicos de años anteriores, en un retorno –menos llamativo de lo que podría parecer en primera instancia– de esas lecturas que habían marcado el inicio del período que nos ocupa. Tanto el derrocamiento del peronismo como el lento final del “Proceso” repositionaban las lecturas sobre la democracia, abriendo caminos interpretativos que estaban claramente inscriptos en los análisis liberal-conservadores, si bien aparecían en ocasiones puntuales, como muestras de que la democracia podía interpretarse como un cuerpo complejo además de, como era mayormente dado, por medio de concepciones opositivas.

Bidart Campos destacaba “la necesidad del esfuerzo cotidiano e ininterrumpido que tenemos que hacer para conservar, vivificar, tonificar y dar prosecución a la convivencia democrática. Es una tarea que no termina jamás, que no admite reposo ni tregua, que no tolera espacios en blanco ni en inercia”.²⁴ Al igual que los autores que analizamos previamente, también el constitucionalista ponderaba el ideal de la Constitución de 1853 como el eje sobre el cual debía forjarse el horizonte político nacional, pero lo hacía con una nota más esperanzada que aquellos, diferencia central en este contexto. En efecto, el jurista entendía que existía “concordancia feliz entre

²² Pueden verse las intervenciones más elogiosas del “Proceso” en las columnas que Grondona escribió con el seudónimo Guicciardini en el diario *El Cronista Comercial*.

²³ Grondona, Mariano (1983), *La construcción de la democracia*. Buenos Aires: Eudeba, p. 5.

²⁴ Bidart Campos, Germán (1981), *Los valores de la democracia argentina*. Buenos Aires: Eudeba, p. 17.

lo que la constitución de 1853 valora como bueno y lo que cree y aspira nuestra sociedad”.²⁵ Por ello, la letra de la Carta Magna no era, como en los casos previos, un límite infranqueable sino que, en sentido contrario, aparecía como “modelo e ideal”, dentro de un modelo que, retomando a Karl Popper, si bien sin mencionarlo, implicaba una sociedad abierta. “Poder abierto y proceso de poder abierto guardan afinidad con la libertad y con el pluralismo y, por ende, con la democracia”,²⁶ puesto que el eje de la cuestión era la libertad, como definía más adelante el autor: “La libertad es la esencia de la democracia. Tal vez la afirmación suene a hueca o a vana, porque la libertad es declamada también por quienes la niegan o la escarnecen”.²⁷ Ese modelo constitucional, así, no debía entenderse como sólo letra escrita, sino como modalidad para llevar a cabo el espíritu constitucional. Era por ello que Bidart Campos señalaba: “A la constitución formal no hay que sacralizarla”, pero sí separarla de la constitución material, entendiendo que las múltiples crisis de la realidad argentina “se sitúan en el campo de la constitución material o de los factores que condicionan su funcionamiento”.²⁸ El resultado era, ni más ni menos, que “Como consecuencia, nos hallamos ante una crisis de la democracia”, que tenía como punto más alto que “desembocamos en una crisis de la república”.²⁹ El problema, nuevamente, insistía, estaba en la no observancia de los valores de la Carta Magna, que llevaban a desatar las múltiples crisis nacionales, en tanto se olvidaba el fundamento clave: “Los valores de la constitución de 1853-1860 no son negociables en ninguna reforma, sin traición a la historia que nos identifica y a la justicia que nos impele”.³⁰

El círculo teórico trazado por Bidart Campos se cerraba sobre sí mismo: se trataba, en esa hora transicional, de rescatar los valores de la democracia argentina, que resguardaban la estabilidad de la

²⁵ Idem, p. 21.

²⁶ Idem, p. 56.

²⁷ Idem, p. 83.

²⁸ Idem, pp. 168-169.

²⁹ Idem, pp. 169-170.

³⁰ Idem, p. 179.

República y que eran aquellos establecidos por la Constitución histórica. El ciclo de la crisis argentina, que el constitucionalista interpretaba desde cánones orteguianos, citando al propio madrileño y a su continuador Julián Marías, entonces, se establecía centralmente como el período de extrañamiento de la Constitución de 1853, toda una metáfora y sinécdoque de las reflexiones liberal-conservadoras.

El trabajo de Grondona, por su parte, tanto por su propia estructura de compilado de escritos pero también por las modalidades de reflexión de su autor, se articulaba como una propuesta abarcativa, dispersa, no exenta de ciertas fricciones internas pero al mismo tiempo provocativa y coherente con la línea de intervención que estamos analizando. A los fines de nuestro trabajo, la última parte del libro, que encaraba el problema transicional de modo directo, es determinante. En una de sus clásicas exposiciones modélicas, desde un artículo originalmente editado en 1981, el periodista y abogado planteaba que el sistema político argentino debía entenderse como un modelo mixto, típico de un país que decantó de un modelo decimonónico “censitario” hacia la democracia. Desde “tradiciones aristocráticas de libertad constitucional” como la Argentina en el siglo XIX, señalaba, se experimentó el paso de una “república aristocrática” a una “república democrática” a partir de la Ley Sáenz Peña, que llegó a un atolladero en el segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen, donde “La democracia atentaba contra la república: esto es lo que sintieron los revolucionarios de 1930” (1983: 367-368).³¹ Allí aparecía, entonces, un problema que marcaría la historia política del país:

En los países estables de Occidente llamamos “democracias” a los sistemas políticos cuyo “momento” democrático se ha incorporado a una tradición republicana, sin destruirla, adaptándose a ella, entrando en ella y dándole un contenido popular. En los países inestables de Occidente, república y democracia flotan aisladas sin que un puente las conecte. Son las alternativas extremas de un péndulo que no cesa. Pero ninguna es, por sí

³¹ Grondona, Mariano (1983), *La construcción de la...* Op. Cit., pp. 367-368.

sola, viable. Se pasa de la república aristocrática anacrónica a la democracia antirrepublicana y liberticida.³²

El movimiento oscilatorio de la política nacional, sentenciaba Grondona, era la muestra palmaria de una problemática capaz de ser retratada por medio de una categoría psicológica: “La Argentina es como un joven que no ha podido pasar la barrera de la niñez a la madurez. Tiene neurosis. Por eso es inestable”.³³ En un artículo de 1982, por lo tanto, se preguntaba sobre el “consenso generalizado que apunta hacia 1984 como el año en el cual termina un ciclo y otro se inicia en la vida política de los argentinos”: el ciclo del movimiento pendular.³⁴ El futuro de la democracia, señalaba el autor, estaba en la necesidad de abrir un tiempo de moderación, en tanto gran parte del período de péndulo se explicaba por la dinámica relacional entre “exaltados políticos” e “intervencionismo militar”.³⁵ La salida del atolladero, proponía Grondona, aparecía en que los partidos mayoritarios adoptaran líneas moderadas y, como proponía además en otra nota, en una reforma de las Fuerzas Armadas.³⁶ Por ello, advertía que “si los extremos ganan el campo claramente, es posible que el recuerdo de 1973, aún fresco, desencadene la acción antiextremosa [sic] ‘antes’ de las elecciones”.³⁷ Nuevamente, la transición que implicó la salida de la “Revolución Argentina” y el retorno del peronismo al poder, era el espejo negativo sobre el cual los intelectuales liberal-conservadores exigían entender la disyuntiva de la hora.

Partes diversas de un mismo mapa, las intervenciones de Bidart Campos y Grondona se planteaban un mismo centro: la idea republicana de la Constitución de 1853 y los modos de reconstruir su modelo en una democracia marcada por una crisis histórica. Por motivos diversos, más cerca del plano de los valores

³² Idem, p. 369.

³³ Ibidem.

³⁴ Idem, p. 393.

³⁵ Idem, p. 394.

³⁶ Idem, pp. 393-396 y 387-390.

³⁷ Idem, p. 398.

en el primero, más ligados al desarrollo político en el segundo, ambos autores coincidían en marcar la distorsión de los cánones regulatorios de la Carta Magna, así como la necesidad de entender la centralidad de su importancia para el momento transicional que se avizoraba. El mito de la Constitución, como lo denominaba el mismo López, que atravesó a nuestros intelectuales, se reconfiguraba en el naciente escenario transicional, articulando una respuesta ante el horizonte de la apertura democrática muy diverso a aquellos con los cuales iniciamos este apartado. El tiempo transicional habilitaba dos grandes vías contrapuestas que, sin embargo, admitían una posición de equilibrio como la expuesta por el propio López. Como señalamos, los trabajos de Bidart Campos eran notorias estrategias intelectuales ante el advenimiento democrático: la tesisura prevalente en el espacio liberal-conservador era apesadumbrada y el inmediato tiempo de llegada de la democracia así lo demostraría cuando se estuviera ante la hora liminar. Ante estas tesisuras, el *best-seller* de Víctor Massuh, *La Argentina como sentimiento*, apareció como un texto sumamente particular que, al tiempo que condensaba preocupaciones claves del espacio liberal-conservador, construía una posición que la destacaba de las restantes intervenciones de estos intelectuales durante el período de la transición democrática.

Historia y presente de una (otra) decepción nacional

El desierto argentino, nuevamente

En 1982, el libro de Víctor Massuh, *La Argentina como sentimiento* (que tan sólo al segundo año de su salida había tenido ocho ediciones), realizaba un ejercicio crítico de reflexión sobre el devenir nacional, esquema analítico muy presente entre los intelectuales que nos ocupan. La obra del filósofo se inscribía en una matriz que se estructuraba bajo las lecturas de la Argentina como desilusión, en especial con el ensayismo de la década de 1930, cuyos tópicos habían reaparecido en una serie de intervenciones liberal-conservadoras des-

de finales de los años sesenta. “El mal argentino”, llamaba Massuh al problema sobre el cual buscaba respuestas en su libro, señalando que se trataba de “la pasión analítica de mis compatriotas” que “responde a un modo de ser de los argentinos”, y que solía resolverse “en ese rito macabro” de enumeraciones de males nacionales.³⁸ La primera parte del trabajo, por lo tanto, se estructuraba como una compilación de aquellos “males” que el autor entendía como típicos en los “rituales” de las quejas de sus compatriotas. ¿Por qué la queja? Por el fracaso y la necesidad de dar respuestas a sus múltiples rostros, en tanto era un fracaso que se expresaba sobre diversas pautas de la vida colectiva: aquello que Zinn llamaba decadencia. Si esto era así, se debía a que la historia argentina de las últimas décadas era experimentada por los argentinos como el paso de una frustración, tal como la caracterizaba Massuh al cierre de su obra:

La frustración parece un ingrediente infaltable de nuestra experiencia colectiva. Sucesivas generaciones vivieron de esa manera sus encuentros con la historia. Muchos argentinos padecieron el populismo como una caída. La experiencia que le siguió no tuvo mejores resultados. Los que en 1976 abrigaron alguna esperanza, reconocieron luego su desencanto: los frutos han sido magros. Nuevamente la frustración, el abatimiento y la desorientación como sabor dominante de la vida histórica. Otra vez el sarmientino “festín gozado a hurtadillas”.³⁹

La pregunta que estructuraba el trabajo de Massuh era llana: ¿Qué nos pasó? La misma pregunta que recorrió los diagnósticos liberal-conservadores al leer la historia argentina. El autor postulaba a la Argentina como una decepción colectiva fruto de una división básica, que en su pluma aparecía metafórica como consecuencias de una división no mencionada pero clara: la división entre el liberalismo y el populismo. El tucumano, en efecto, entendía que los argentinos eran sujetos constituidos por una división entre dos modos de ser, uno ligado al racionalismo y otro a las pasiones, uno

³⁸ Massuh, Víctor (1982), *La Argentina como sentimiento*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 9-10.

³⁹ Idem, p. 138.

solitario y otro populista, uno continuista y otro rupturista, y esos planos se habían llevado a la relación de la sociedad con la política. El tránsito a la democracia clamaba para el autor por “poner en marcha una acción política que reencuentre a las mayorías” como modo de superar los clivajes que marcaron el ciclo de alternancia entre democracia y dictadura: “Reconocer que la patria ha crecido y puede acoger las diferencias porque ellas acaso converjan en el punto desconocido de algún esfuerzo creador”.⁴⁰ La democracia, nuevamente entendida como en aquel 1955 como un fenómeno sinuoso y complejo, implicaba una reformulación de la Argentina de las oposiciones, precisamente uno de los modelos más consecuentemente presentes en las intervenciones liberal-conservadoras. Pero aquí Massuh retomaba los límites que los intelectuales liberal-conservadores colocaban a las ideas individualistas o atomistas de la renovación neoliberal y enfatizaba que no se trataba, empero, de una lucha entre el individuo y el colectivo social: “¿Qué sentido tiene el triunfo de individuos aislados en un medio que se debate en la frustración?”.⁴¹ Nuevamente, como en aquel 1955 marcado por la euforia, aquí debía repensarse el vínculo social, esta vez bajo el marco de la frustración. La hora del tránsito hacia la democracia implicaba nuevas maneras de pararse ante la relación social y política:

Reconocer que la democracia es una gimnasia cotidiana, un estado de espíritu que comienza con este doble movimiento: la aceptación de la disidencia y el reconocimiento de que un orden justiciero es fruto del esfuerzo común y no de una ofrenda providencial. Cuando un ser humano descubre que su contradictor es una prolongación de sí mismo, que el único caudillaje auténtico es el que se ejerce sobre la propia voluntad y no sobre los otros, cuando además comprende que la libertad es conquista de sus manos y no una dádiva de los otros, en ese preciso instante la democracia levanta su reino.⁴²

⁴⁰ Idem, p. 153.

⁴¹ Idem, p. 55.

⁴² Idem, p. 154.

Lo señalado por Massuh, quien en sus modos retomaba las clásicas pautas de la literatura ensayística de crisis, se enmarcaba en una lectura decadentista que superaba la propia hora nacional y se hacía extensiva a una cultura: la occidental. En *El llamado de la Patria Grande*, el libro que publicaba al año siguiente, también muy vendido, el filósofo planteaba que Europa era el signo de un temblor civilizatorio al cual no escapaba la Argentina.⁴³ Pero, señalaba, debía entenderse la diferencia entre creer que hay una decadencia (daba como ejemplo el caso francés, donde veía extendida la lectura decadentista pero no la realidad de una decadencia) y que ésta exista de hecho, como su libro anterior interpretaba en el caso argentino.

El desierto argentino pintado por Massuh no era una mera reintroducción de los gestos más pesimistas del ensayismo de la década de 1930 (otro momento clave en la crisis de la tradición liberal), sino que abría la pregunta por el horizonte democrático que ya se había explicitado en los diálogos del ministerio del Interior y que al mismo tiempo buscaba inscribirse en una serie de modos de leer la democracia que se acercaba a los de Bidart Campos y Grondona. Entre otros intelectuales liberal-conservadores, sin embargo, el talante era otro y, si bien, la lectura del fracaso procesista poseía el mismo peso, las inflexiones analíticas eran muy distintas. En un sentido y pese a las relaciones claras con otras lecturas de estos autores, el trabajo de Massuh parecía ocupar un sitio propio, no sólo por su condición de *best-seller* escrito por un embajador del PRN ante la UNESCO dotado de un distanciamiento de la propia experiencia dictatorial, sino por su tono. Aceptando el fracaso, Massuh, sin embargo, apuntaba a la democracia de una manera que parecía colocar a su autor como un caso singular en quien se podía combinar el oscuro gesto del ensayismo sobre la crisis nacional con los tonos de la apertura democrática.

⁴³ Massuh, Víctor (1983), *El llamado de la Patria Grande*. Buenos Aires: Sudamericana.

Ante la hora liminar

Lejos de los modos ensayísticos y el lenguaje barroco de Masuh, en el resto del espacio liberal-conservador las urgencias de la hora liminar se procesaban de manera muy distinta, pero bajo una lectura común: sólo quedaba el paso a la nueva democracia, bajo las luces del fracaso de la esperanza iniciada en 1976. Pero los modos de este paso eran complejos. Por ello, el mismo año García Belsunce planteaba las complejidades de la cuestión democrática desde un ángulo distinto al de Masuh, retomando la problematización entre República y democracia en un reforzamiento de los conceptos más duros que hemos relevado previamente. De ahí la cita prolongada:

Nuestra forma de gobierno por imperio del artículo 1° de la Constitución Nacional es la república representativa y federal. La Constitución Nacional no alude a la democracia como forma de gobierno; no obstante la ciencia política y la doctrina constitucional han admitido que la elección del gobierno por el pueblo es un concepto inmanente a la república como forma pura de gobierno. Pero tampoco debemos ligar como conceptos inseparables, por seguir un doctrinarismo que como tal puede y debe ser superado frente a un estado de necesidad, los de república y democracia.

La democracia es un proceso para llegar a la república representativa (...). La república como forma de gobierno lleva como principio esencial el de la limitación de los poderes y los derechos. La república está dada en su esencia por la noción de la representatividad y éste es un concepto no cuantitativo sino cualitativo que, por lo tanto, se desnaturaliza frente a la llamada democracia de masas que, generalmente de origen espurio, termina por conculcar la propia democracia con que se autotitula. Además, la república representativa exige también la representatividad cualitativa en el representante o, lo que es lo mismo, el gobierno de los más por los mejores, a fin de no caer en el acertado concepto de la “kakistocracia”, tan usado en nuestro medio en los últimos tiempos.⁴⁴

⁴⁴ García Belsunce (1982), *Política y economía...* p. 32.

El refuerzo de las más radicales interpretaciones liberal-conservadoras que García Belsunce postulaba en el final del ciclo procesista marcaba las dificultades con las cuales se abría el tránsito democrático al interior del espacio de nuestros autores y cuán hondo golpeaba el fracaso de las expectativas ante el “Proceso”. Dicha radicalidad, continuación de las lecturas propias de mediados de los setenta, era la misma que explicaba el desolador momento en el cual el retorno de la democracia, lejano al teorizado en el espacio liberal-conservador, se plasmaba como realidad. Más que de los modos sinuosos que Massuh proponía en la democracia, García Belsunce anticipaba un modelo erigido, nuevamente, sobre la vituperada democracia masiva, lejos de la República. Alberto Benegas Lynch, a principios de 1983, planteaba entonces la necesidad impostergable de realizar las elecciones, en una lectura que se tramaba bajo el signo de un crudo realismo político marcado por un doble signo: el consumido ciclo procesista y la posibilidad de una situación de extremos. Nuevamente, la idea moderantista del orden político se hacía patente. Señalaba:

La convocatoria a elecciones no encuentra a nuestro país en condiciones óptimas para una consulta electoral. Sin embargo, es preciso apurar las elecciones, para evitar caer en la anarquía o la tiranía, dado el descalabro institucional a que hemos llegado y el completo agotamiento del Proceso de Reorganización Nacional.⁴⁵

El trance que significó para algunos de nuestros autores el horizonte transicional parecía, en las palabras del economista, querer ser asumido con velocidad, como si se tratara de un camino doloroso. No obstante, el momento liminar era temible: el economista entendía que, con la impericia del “Proceso” en desbaratar la “legislación antiliberal”, que analizaba como coincidente con pautas del *Manifiesto Comunista*, esta había llevado a una “deplorable situación

⁴⁵ Benegas Lynch, Alberto (1983a), “Nuestro porvenir incierto”. En *La Prensa*, 19 de enero, Buenos Aires, p. 6.

institucional [que] ha pervertido las funciones del Estado (...).⁴⁶ Precisamente Benegas Lynch había advertido, ya en el momento clave de 1981, una serie de pautas económicas y políticas sin las cuales el ciclo procesista no estaría cumplido: la privatización de las empresas del Estado y la derogación de la legislación totalitaria. La primera implicaba que “Va de suyo que una política liberal genuina impone la privatización de todas las empresas del Estado”, mientras que la segunda estaba especialmente reflejada en la Ley de Asociaciones Profesionales.⁴⁷

Las circunstancias en las cuales el proceso de apertura democrática se hacía real distaban de ser, como lo dejaba al mismo tiempo claro el economista, una situación de transición tranquila, sino más bien la necesidad de darle una legitimidad a la constitución del poder institucional ante la debacle. A los pocos días, Carlos Sánchez Sañudo trazaba una lectura similar a las propuestas ya por García Belsunce y, en un ángulo diverso, por López, enfatizando la problemática de la necesidad de ajustar a los partidos a los fines constitucionales. Retomando también las problemáticas del año 1972 (un fantasma que planeaba sobre los intelectuales liberal-conservadores desde allí como síntoma de todo aquello que podía hacerse mal en una transición), el autor de *Qué es y qué no es democracia* planteaba las complejas relaciones entre “la opinión mayoritaria y su límite”, que en su interpretación habían dado lugar a un

“sistema político” de la democracia ilimitada, hoy en boga –que no es el de nuestra Constitución– propugna medidas incompatibles con los fines que promete, creando una nueva frustración al ignorar el orden social (jurídico-económico) que requiere la sociedad moderna (...). “Las fantasías políticas son pecados que no purgan sus teorizadores sino los pueblos”, decía con razón [José Manuel] Estrada.⁴⁸

⁴⁶ Ibidem.

⁴⁷ Benegas Lynch, Alberto (1981), “La reforma necesaria”. En *La Prensa*, 23 de junio, Buenos Aires, p. 6.

⁴⁸ Sánchez Sañudo, Carlos (1983), “La ley electoral y la distracción sudamericana”. En *La Prensa*, 15 de febrero, Buenos Aires, p. 1.

El propio Sánchez Sañudo lo había advertido ya el año anterior, cuando destacaba que “una sutil tramoya” llevó a los partidos políticos nacionales a desconsiderar la letra de la Carta Magna, instalando “una ilegitimidad constitucional” que colocaba al sufragio delante del orden social.⁴⁹ Esta relación inversa entre el orden de la libertad constitucional y el problema de la democracia de masas era, entonces, “un cambio de legitimidad” en el que el populismo acabó devorando al “orden social de la libertad” desde la misma falsificación del sistema.⁵⁰ Los límites, marcaba por su parte Benegas Lynch, eran claros, salvo para los fanáticos: “Esos fanáticos ciegamente pretenden que, en toda circunstancia, la ciudadanía debe soportar impertérrita cualquier gobierno, sin importar sus monstruosidades y demasías, cualesquiera sea la magnitud de las tropelías cometidas desde el poder”.⁵¹ El peronismo de 1973 y la inmediata democracia aparecían en el juego especular de las palabras del autor. No en vano, el mismo García Belsunce hacía un paralelo con el proceso que llevó al justicialismo al poder hacía ya una década, y el ciclo allí abierto, en el décimo aniversario de dicha elección. El autor entendía que allí se abría una etapa superior en el drama argentino, problemática de la cual el país no había salido aún en 1983. Como Sánchez Sañudo, el catedrático de Derecho Tributario acudía a la idea de democracia ilimitada como clave problemática, concluyendo que en la experiencia del hasta allí último peronismo: “El Estado destruyó a la Nación y postró la República”.⁵² Era clave nuevamente, en la lectura de Sánchez Sañudo, la necesidad de recuperar la Constitución de 1853 y separarla de “sus irresponsables detractores”, en especial ante lo que entendía como un plano de resignación social que planteaba en los siguientes términos, imaginando una sentencia coloquial: “Bueno, habrá que acostumbrarse a *alternar* el partido A y el B, a pesar de que, a sabiendas, son ‘anti-

⁴⁹ Sánchez Sañudo, Carlos (1982), “La gran confusión”. En *La Prensa*, 26 de agosto, p. 1.

⁵⁰ *Ibidem*.

⁵¹ Benegas Lynch, Alberto (1983b), “Ganar las elecciones y perder el gobierno”. En *La Prensa*, 31 de mayo, p. 8.

⁵² García Belsunce, Horacio (1983), “En el décimo aniversario”. En *La Prensa*, 11 de marzo, Buenos Aires, p. 7.

sistema' (jurídico-económico)".⁵³ Se trataba de una premisa central, explicaba el autor, en tanto por un lado estaban los partidos populistas causantes del incesante movimiento pendular argentino, la Unión Cívica Radical y el Partido Justicialista (los no mencionados A y B del *dictum* ficcional de Sánchez Sañudo), y por el otro el sereno marco de límites de la Constitución, verdadero modo de cortar con dicho péndulo político.

Figura totémica, la Carta Magna retornaba un espacio de reflexiones que, sin abandonarla jamás, había formulado y reformulado lecturas en torno a la política nacional y se encontraba, para el momento, en el agotamiento de su ciclo. Democracia constitucional, República, allí se cifraba aquel horizonte finalmente inalcanzable que nuestros autores persiguieron durante el ciclo de este trabajo y que se habían marcado como ejes ya en el lejano 1955, cuando la generación descalza comenzó a marcar sus intervenciones. En tal sentido, el fracaso de la experiencia procesista, cargada de las expectativas refundacionales que hemos analizado, pareció obrar como un condensador de aquellas líneas que marcaron las perspectivas liberal-conservadoras de una generación que, aún allí, seguía descalza, pisando el áspero suelo de la democracia real.

⁵³ Sánchez Sañudo, Carlos (1983), "La ley electoral y..." Op. Cit. p. 1.

Conclusiones generales

Los autores liberal-conservadores fueron, ante la última dictadura, actores claves de los espacios intelectuales argentinos. Fuertemente visibilizados en una serie de sitios claves del espacio público a partir del derrocamiento del peronismo en 1955, sus preocupaciones centrales se basaron en un eje, el tiempo de las masas, y sus principales esfuerzos apuntaron a un proyecto, la creación de una democracia republicana. La convergencia de ese problema y esa búsqueda, hasta la década de 1970, ofreció diversos modos de imbricación que incluyeron transformaciones conceptuales, paréntesis político-teóricos, apuestas a la modernización, decepciones políticas. Los años setenta, marcados por el saldo negativo entre las expectativas abiertas en 1955 y las realidades con las cuales se abrió esa década, vieron un crecimiento exponencial de las posiciones más radicales de estos intelectuales, en tal sentido paralelas a las de la radicalización social y política experimentada en la sociedad argentina desde finales de la década de 1960. En el complejo contexto de esos años, el retorno del peronismo al poder fue el hecho que acabó por reconfigurar las posturas más extremas del espacio liberal-conservador.

La división que hemos realizado en la segunda parte de este libro es, empero, una operación analítica. Como se pudo ver, muchas veces los tres planos que dieron forma a los respectivos capítulos de tal sección (el refundacionalismo, la institucionalización y el ocaso) se superpusieron: las instancias mediante las cuales los intelectuales liberal-conservadores aparecieron ante la última dictadura fueron lo suficientemente complejas como para no comprender una pauta

unilineal. En el marco mencionado, el horizonte procesista apareció para estos intelectuales como una oportunidad de reformular, bajo una experiencia autoritaria, las pautas de la sociedad argentina. El devenir social, político, económico del país había sido leído bajo una interpretación general decadentista que aparecía imbricada con la democracia de masas como sistema y como forma de la misma democracia argentina. El plan mencionado en el mismo 1955 por Massuh acerca de entender la democracia como camino sinuoso tenía un límite en 1976 marcado por el proceso acumulativo de los años anteriores. Ante tal constatación, el “Proceso” aparecía imbricado por expectativas de máxima y de mínima: en el primero de los casos, las expectativas refundacionales, en el segundo, las lecturas ordenancistas. Entre unas y otras, se ubicó un complejo arco temático donde el problema del “tiempo de las masas” fue el eje determinante.

Los vínculos entre las derechas argentinas, como han demostrado diversos estudios, fueron sumamente complejos en la década de 1930 y los primeros años de la década de 1940. La centralidad que la crisis liberal mundial tuvo en la política nacional, marcada por fenómenos como la Revolución Rusa en 1917, las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, el ascenso de los nacionalismos radicales, el inicio de la Segunda Guerra Mundial, es difícil de exagerar, al punto que las oposiciones fascismo-antifascismo demarcaron diversos clivajes donde el enfrentamiento peronismo-antiperonismo fue central. Esos años de formación de los intelectuales liberal-conservadores fueron efectivamente experimentados por ellos bajo esas premisas, que posteriormente se articularon con otro tipo de lecturas oposicionales: populismo-antipopulismo, democracia republicana-democracia de masas, entre otras, que no eran sino diversos modos de procesar el problema del siglo de las masas. Los intentos de “desperonizar” a las masas tras el derrocamiento del segundo gobierno de Juan Domingo Perón, fracasados rápidamente, marcaron el antagonismo con las masas que fue haciéndose cada vez más denso, especialmente durante la década de 1970 y que marcó las interpretaciones del “Proceso” como una ocasión de lograr un nuevo tipo de articulación sociopolítica: allí estaba la principal pauta del refundacionalismo de los intelectuales liberal-conservadores.

Las miradas decadentistas de estos autores, sin embargo, implicaban que el refundacionalismo fuera una opción de máxima, en tanto el ordenancismo entendido como capacidad de cortar el ciclo decadente y articular una salida institucional a lo que veían como el desgobierno del tercer peronismo y de la propia democracia nacional.

Diversos puntos del pensamiento de los intelectuales liberal-conservadores convergieron sobre el momento procesista, marcados por la lectura decadentista que tenía en su centro la oposición entre elites y masas. Desde los usos del nuevo humanismo cristiano a la aplicación de las teorías de las generaciones de José Ortega y Gasset, el tiempo de las masas se constituyó en la clave de las lecturas liberal-conservadoras, algo que los propios autores enfatizaron desde las posiciones de autoconstrucción de sus figuras intelectuales: la elite de la elite presuntamente representada por ellos implicaba, desde sus intervenciones, la presencia de una palabra pública orientadora de la posible refundación nacional. Esa refundación aparecía marcada por la necesidad de cubrir un hueco: el del sujeto político capaz de conducir la reconstrucción de la Argentina. La vinculación entre los diagnósticos decadentistas y las expectativas de reconstrucción marcó el tránsito de las posiciones de los intelectuales liberal-conservadores ante la última dictadura.

El contexto de los años setenta fue un momento de radicalización de amplios sectores de la sociedad argentina, al cual los intelectuales que nos ocupan no sólo no fueron ajenos sino que ejecutaron su muy particular proceso de progresiva profundización de sus pautas derechistas. En ese sentido, la articulación entre sus concepciones decadentistas y los modos en los cuales interpretaron el crecimiento de la violencia sociopolítica, conformó una auténtica suma de los miedos que definió el plano temporal donde se darían sus lecturas a propósito de la ocasión procesista. La antropología negativa, la postulación de una concepción moderantista del republicanismo, la apelación a un tipo restrictivo de democracia, típicos del liberal-conservadurismo expresado por nuestros actores, se entraron en la postulación de la necesidad de reformar el mapa político nacional. Ante tal constatación, como enfatizamos, la dictadura era leída bajo la doble pauta de una expectativa de máxima y otra

de mínima: refundar la República o, al menos, conjurar el tiempo que dio lugar a su surgimiento. Si en 1955 se había apostado, de manera nada sencilla ni lineal, a la transformación identitaria de las masas, ahora el problema era claramente analizado bajo una lente dicotómica: se trataba de una oposición entre la Argentina guiada por una elite o la Argentina de las masas. Allí, el occidentalismo se transformó en una clave analítica que, en el marco de la Guerra Fría, podía funcionar como rescate de las posiciones católicas vinculadas al liberal-conservadurismo y enfrentadas a lo que se postulaba como el nihilismo de masas, tanto como fungir de modalidad de condenar las expresiones distorsivas de la propia cultura occidental, como el marxismo, el humanismo ateo o el populismo.

El rescate de la religión como base de Occidente fue un movimiento dinámico dentro de las consideraciones liberal-conservadoras: lejos de proponerse con ello un humanismo teocéntrico cerrado, esta idea promovía una lectura racionalista del humanismo, por lo que aparecía como oposición tanto al racionalismo no religioso como al irracionalismo. Dentro de la sumamente particular concepción religiosa que primó en el espacio de nuestros actores (ruptura con la Iglesia argentina, primacía del concepto de *Ecclesia*, aperturismo religioso, quiebre con el nacionalismo católico), el eje occidentalista operó a modo de punto multifocal donde el personalismo podía unirse a posiciones que antagonizaban tanto con las articulaciones políticas masivas (de los fascismos a la democracia de masas, pasando por las formas socialistas) como con las individualistas (como el nihilismo subjetivista o ciertas pautas neoliberales). Las particularidades de las concepciones liberal-conservadoras, en este punto, pudieron al mismo tiempo sumarse a una gramática propia de las derechas en el contexto de la Guerra Fría y seguir articulando sus propias pautas conceptuales.

El elitismo de raíz religiosa fue parte de una articulación con el elitismo de raíz política que convergieron (en determinados puntos, hasta una mimetización) a la hora de leer la decadencia nacional como parte de un fenómeno más extendido: la propia crisis de la era de las masas y del golpeado Occidente. Toda una serie de posiciones, por lo tanto, que conformaban los particulares modos en los

cuales las masas aparecían definiendo la construcción de fronteras políticas que caracterizó la radicalización liberal-conservadora en los años setenta. A esta operación se le unió el peso de una clave analítica que completaba el movimiento: los usos de la idea orteguiana de generación. En efecto, el peso que Ortega y Gasset tuvo entre los autores liberal-conservadores implicó, entre otros puntos, la asunción de las teorías del madrileño, y de su discípulo Javier Marías, sobre el problema generacional en una nación. Así, las conceptualizaciones de los liberal-conservadores no sólo aplicaron las pautas teóricas de Ortega y Gasset y Marías a la lectura de la historia nacional sino que hallaron en esa adaptación la clave de lectura para uno de los problemas que más claramente aparecieron en este espacio en la década de 1960: la ausencia de una elite rectora de los destinos del país. El sujeto político hueco de la dirigencia se interpretó al mismo tiempo como eje de la problemática nacional y como modo de construcción de una autoridad intelectual capaz de señalar no ya las falencias de la Argentina sino los modos de refundar la República. Decadencia y oportunidad se imbricaron ante el horizonte procesista, marcando cómo los problemas históricos y conceptuales encontraban una matriz interpretativa y una ocasión política neta. Los diversos modos en los que se interpretó el legado de la “Generación del 80” y del liberal-conservadurismo decimonónico tutelar (un ícono del discurso dictatorial) mostraron, asimismo, cómo los intelectuales liberal-conservadores procesaron los diversos modos de asimilación de una experiencia entendida no sólo como ejemplar (aún para los autores más críticos dentro de este espacio) sino como una clave para leer la historia nacional e, incluso, las potencialidades de un país sobre el cual estos autores imprimían constantemente el pedido de recuperar las que entendían como sus páginas más aleccionadoras.

La dinámica abierta por las expectativas refundacionales sobre el “Proceso” tuvo en los usos de la “Generación del 80” uno de sus puntos más notables, en tanto las propuestas de constituir una “Nueva Generación del 80” durante la experiencia dictatorial implicaron poner en juego la capacidad de instaurar un régimen liberal-conservador, meta que se mostró, más pronto que tarde, sumamente compleja. Institucionalizar los basamentos procesistas,

aún bajo las letras de molde de las *Bases* convenidas en 1979, fue el eje sobre el cual, una vez pasado el momento de las expectativas ante el horizonte dictatorial, las intervenciones liberal-conservadoras mostraron sus complejas posiciones entre el apoyo categórico de los proyectos y la evaluación desencantada de las realizaciones. El orden liberal-conservador imposible se mostró en su plenitud a la hora de debatir con el propio gobierno procesista las pautas de la institucionalización de las *Bases* así como al analizar los logros del plan económico de abril de 1976, plenamente político en las propias asunciones de estos intelectuales. Por un lado, entonces, la constante remisión a la Constitución Nacional de 1853 se mostró como el eje que dificultó que las apuestas liberal-conservadoras acompañaran en todos sus detalles a las propuestas gubernamentales. Aún en los puntos ordenancistas, sin embargo, nuestros autores se mostraron más partidarios del mito originario de la Carta Magna que de las posibles modificaciones procesistas. Por el otro, las distorsiones entre lo que se pretendía del proyecto económico y el verdadero derrotero de éste llevaron a cuestionar no sólo los resultados del plan sino hasta la propia ideología que lo sustentaba y lo ponía en práctica. El plano económico, que operó a modo de dique de fuga para las críticas al gobierno del PRN, había sido abordado como un problema por estos intelectuales, quienes, incluso sosteniendo la primacía de la política por sobre la economía, desarrollaron sentencias cuyo tono aplastante dejaba trascender que la decepción estaba lejos de cerrarse al plano económico.

Un fracaso compartido apareció como clave de lectura de las imposibilidades de concretar las pautas que habían trazado el horizonte de expectativas, la oportunidad procesista, y marcarían el particular momento transicional que dibujaron los intelectuales liberal-conservadores. Efectivamente, los diversos problemas para llevar a cabo la institucionalización del “espíritu del Proceso” marcaron el punto central sobre el cual giró el momento transicional para estos autores, pese a lo cual las posiciones no fueron uniformes. Por un lado, una serie de lecturas enfatizaron la percepción del horizonte de la transición como un momento oscuro, marcado por lo incompleto de la tarea procesista y por las amenazas de reedición de

la historia reciente, con los hechos de 1972-1973 como un espejo atemorizante. Esta posición recuperaba el clásico planteo liberal-conservador sobre la insuficiencia de entender a la democracia en tanto concepto pleno, más aún en la historia nacional leída como reguero de lágrimas. Por otro lado, las operaciones que se abrieron a la democracia como un momento de densidad propia: sea como estrategia intelectual o como modo de leer una nueva etapa en la cadena de fracasos nacionales, estas posturas, empero, ofrecían un rostro distinto de las anteriores. Finalmente, la apelación a la Carta Magna que marcó el momento liminar del año 1983 unía, sin embargo, a las diversas posturas: volvía la democracia, pero estaba ausente, aún, la República, el mito político más consistente en las respuestas de estos autores a la crisis que marcó sus modos de intervención, su particular modo de ser entre las derechas argentinas: el tiempo de las masas.

En cierta manera, y permitiéndonos salir por un momento del recorte temporal de este trabajo y llevarlo a un plano proyectual, la “nueva derecha argentina”, en términos de Sergio Morresi,¹ que emerge luego del derrumbe del régimen procesista, apareció, como certeramente indicó el autor, marcada por las pautas de las intervenciones de los intelectuales liberal-conservadores durante el momento de la dictadura. En un cierto sentido, el tránsito de la reciente democracia argentina reprodujo, dentro del espacio de las derechas liberales, muchas de las inquietudes teóricas, políticas e identitarias que marcaron a los actores que hemos estudiado aquí: el fracaso de la experiencia procesista, por lo tanto, implicó tanto una serie de cambios como de continuidades en el espacio de las derechas de signo liberal. Así como el liberal-conservadurismo no atravesó el “Proceso de Reorganización Nacional” de manera incólume y su experiencia fue un tránsito de la refundación al ocaso, la historia de las derechas argentinas tendrá en esa experiencia un signo clave de su renovación en la nueva etapa democrática.

¹ Morresi, Sergio (2008), *La nueva derecha argentina...* Op. Cit.

Fuentes y bibliografía

Fuentes citadas

- Alemann, Juan (1981), “La ideología liberal del equipo económico saliente”. En *La Prensa*, 20 de marzo, p. 9.
- Alsogaray, Álvaro (1968), *Bases para la acción política futura*. Buenos Aires: Planeta.
- Alsogaray, Álvaro (1969), *Política y economía en Latinoamérica*. Buenos Aires: Atlántida.
- Alsogaray, Álvaro (1976), “Cinco meses después”. En *La Prensa*, 22 de agosto, Buenos Aires.
- Alsogaray, Álvaro (1978), “Nuevas corrientes económicas y políticas”, conferencia, mimeo, Buenos Aires.
- Alsogaray, Álvaro (1980), “Dijo Alsogaray que el actual sistema económico es dirigista e inflacionario”. En *La Prensa*, 14 de junio, Buenos Aires.
- Alsogaray, Álvaro (1981a), “Después de la tormenta”. En *La Prensa*, 1 de marzo, Buenos Aires.
- Alsogaray, Álvaro (1981b), “Necesidad de una ideología”. En *La Prensa*, 15 de marzo, Buenos Aires.
- Benegas Lynch, Alberto (1977), “No gastar más de lo que se tiene”. En *La Prensa*, 18 de enero, Buenos Aires.
- Benegas Lynch, Alberto (1979), “La antinomia eterna”. En *La Prensa*, 2 de marzo, Buenos Aires.
- Benegas Lynch, Alberto (1980), “Espíritu republicano de los hombres del 80”. En *Anales de la ANCMP*, tomo 9, Buenos Aires.

- Benegas Lynch, Alberto (1981), “La reforma necesaria”. En *La Prensa*, 23 de junio, Buenos Aires.
- Benegas Lynch, Alberto (1983a), “Nuestro porvenir incierto”. En *La Prensa*, 19 de enero, Buenos Aires.
- Benegas Lynch, Alberto (1983b), “Ganar las elecciones y perder el gobierno”. En *La Prensa*, 31 de mayo, Buenos Aires.
- Bercowitz, Peter (20019), *El liberalismo y la virtud*. Santiago: Andrés Bello.
- Bidart Campos, Germán (1977), *Las elites políticas*. Buenos Aires: EDIAR.
- Bidart Campos, Germán (1981), *Los valores de la democracia argentina*. Buenos Aires: Eudeba.
- García Belsunce, Horacio (1978), *Trece años en la política económica argentina. 1966-1978*. Buenos Aires: Emecé.
- García Belsunce, Horacio (1981a), “El plan económico de 1976. Su ejecución y resultados. I”. En *La Prensa*, 16 de marzo, Buenos Aires.
- García Belsunce, Horacio (1981b), “El plan económico de 1976. Su ejecución y resultados. II”. En *La Prensa*, 17 de marzo, Buenos Aires.
- García Belsunce, Horacio (1981c), “El plan económico de 1976. Su ejecución y resultados. III”. En *La Prensa*, 18 de marzo.
- García Belsunce, Horacio (1982), *Política y economía en años críticos*. Buenos Aires: Troquel.
- García Belsunce, Horacio (1983), “En el décimo aniversario”. En *La Prensa*, 11 de marzo, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (1956a), “Reseña de *El futuro de Occidente*, de J. G. de Beus”. En *Criterio* n° 1253, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (1956b), “Reseña de *Los católicos, la política y el dinero*, por Peirre Henri Simon”. En *Criterio* n°1262, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (1961), “En torno de la noción de pueblo”. En *Criterio* n°1378, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (1962), *Ante el fin de la historia*. Buenos Aires: Troquel.
- García Venturini, Jorge Luis (1967), *Introducción dinámica a la filosofía política*. Buenos Aires: Losada.

- García Venturini, Jorge Luis (1969), *Qué es la filosofía de la historia*. Buenos Aires: Columba.
- García Venturini, Jorge Luis (1973), “Ha muerto Maritain”. En *La Prensa*, 8 de mayo, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (1981a), “Señores, aclaren, por favor”. En *La Prensa*, 15 de abril, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (1981b), “Una aclaración semántica”. En *La Prensa*, 27 de mayo, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (1981c), “El juicio final”. En *La Prensa*, 21 de junio, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (1983a), “La ansiada democracia”. En *La Prensa*, 6 de agosto, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (1983b), “La Revolución Libertadora en el recuerdo”. En *La Prensa*, 16 de septiembre, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (1983c), “En el décimo aniversario”. En *La Prensa*, 11 de marzo, Buenos Aires.
- García Venturini, Jorge Luis (2003), *Politeia*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas [original: (1978). Buenos Aires: Troquel].
- Grondona, Mariano (1959), “Los factores de poder en la Argentina”. En *Criterio* n° 1345-1346, Buenos Aires.
- Grondona, Mariano (1967), *La Argentina en su tiempo y en el mundo*. Primera Plana.
- Grondona, Mariano (1977), “Las torpezas del progreso”. En AA.VV. *Pensar la República*. Buenos Aires: Fundación Piñero Pacheco - Persona a Persona.
- Grondona, Mariano (1983), *La construcción de la democracia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Linares Quintana, Segundo V. (1956), *Tratado de la ciencia del Derecho Constitucional. La libertad condicional. Libertades particulares*. Buenos Aires: Alfa.
- Linares Quintana, Segundo V. (1976), *Sistemas de partidos y sistemas políticos*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Linares Quintana, Segundo V. (1977), “La constitución como instrumento de la reconstrucción nacional”. En *Anales de la AN-DCSBA*. Separata n° 16, Buenos Aires.

- Linares Quintana, Segundo V. (1980a), "El partido dominante en la tipología de los partidos políticos". En *Anales de la ANCMP*. Buenos Aires.
- Linares Quintana, Segundo V. (1981b), *Derecho constitucional e instituciones políticas*. Tres tomos. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Linares Quintana, Segundo V. (1981c), "El partido antidemocrático constitucional". En *Anales de la ANCMP*, tomo X. Buenos Aires.
- López, Mario Justo (1981a), *Esbozo para una teoría del partido anti-sistema*. Buenos Aires: ANCBA.
- López, Mario Justo (1982a), "Documentos de base". En López, Mario Justo et al. *La empresa política de la generación de 1880*. Buenos Aires: De Belgrano.
- López, Mario Justo (1982b), "Partidos políticos". En *La Prensa*, 10 de diciembre, Buenos Aires.
- López, Mario Justo (1982c), "Responsabilidad de los gobernantes". En *Anales de la ANCMP*. Tomo XI. Buenos Aires.
- Martínez de Hoz, José Alfredo (1981), *Bases para una Argentina moderna. 1976-80*. Buenos Aires: Emecé.
- Massuh, Víctor (1955), "Restitución de la verdad". *Sur* n° 237, Buenos Aires.
- Massuh, Víctor (1969), *Nietzsche y el fin de la religión*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Massuh, Víctor (1975), *Nihilismo y experiencia extrema*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Massuh, Víctor (1982), *La Argentina como sentimiento*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Massuh, Víctor (1983), *El llamado de la Patria Grande*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Massuh, Víctor (1984), *La libertad y la violencia*. Buenos Aires: Sudamericana [original: (1968). Buenos Aires: Sudamericana].
- Ministerio del Interior (1980b), "El ministro del Interior dialogó hoy con dirigentes de la Sociedad de Estudios y Acción Ciudadana (SEA)". Buenos Aires: Ministerio del Interior, 22 de julio, Mimeo.
- Ministerios del Interior (1980a), "Bases políticas de las Fuerzas Armadas. Opinión del Académico Dr. Segundo V. Linares Quintana". Buenos Aires. Mimeo.

- Ministerio del Interior (1980c), “Resumen de los comentarios del Dr. Alberto Benegas Lynch sobre las *Bases Políticas de las FFAA para el Proceso de Reorganización Nacional*”. Ministerio del Interior, 12 de agosto. Buenos Aires. Mimeo.
- Perriaux, Jaime (1956), “Notas sobre la sociología de Ortega”. En *Sur* n° 241, Buenos Aires.
- Perriaux, Jaime (1970), *Las generaciones argentinas*. Buenos Aires: Eudeba.
- Perriaux, Jaime (1979), “El ministro del Interior dialogó hoy con dirigentes de la Sociedad de Estudios y Acción Ciudadana (SEA)”. Buenos Aires. Mimeo.
- Romero Carranza, Ambrosio (1975), *El triunfo del cristianismo*. Buenos Aires: Club de Lectores [original: (1947). Buenos Aires: Huarpes].
- Romero Carranza, Ambrosio (1980), *El terrorismo en la historia universal y en la Argentina*. Buenos Aires: Depalma.
- Sánchez Sañudo, Carlos (1981a), “La Argentina invertebrada o el camino del abismo”. En *Anales de la ANCMP*. Tomo X. Buenos Aires.
- Sánchez Sañudo, Carlos (1981b), “Hayek y nuestra profunda crisis”. En *La Prensa*, 29 de abril, Buenos Aires.
- Sánchez Sañudo, Carlos (1981c), “Democracia antirepublicana y antifederal”. En *La Prensa*, 31 de julio, Buenos Aires.
- Sánchez Sañudo, Carlos (1982), “La gran confusión”. En *La Prensa*, 26 de agosto, Buenos Aires.
- Sánchez Sañudo, Carlos (1983), “La ley electoral y la distracción sudamericana”. En *La Prensa*, 15 de febrero, Buenos Aires.
- Zinn, Ricardo (1976), *La segunda fundación de la República*. Buenos Aires: Pleamar.
- Zinn, Ricardo (1980), *4 años después en la segunda fundación de la república*. Buenos Aires: Pleamar.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.
- Ackerman, Bruce (1995), *El futuro de la revolución liberal*. Buenos Aires: Ariel.
- Adamovsky, Ezequiel (2009), *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta.
- Aguilar, Enrique (1992), “Ortega y la tradición liberal”. En *Liber-tas* 17, Buenos Aires. Disponible en: <http://institutoamagi.org/download/Aguilar-Enrique-Ortega-y-la-tradici%C3%B3n-liberal.pdf>
- Aguilar, Enrique (2004), “*Del imperio romano: el dilema de la libertad y el liberalismo en tiempos de conflicto*”. En AA.VV. *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Aguilar, Enrique (2008), *Tocqueville. Una lectura introductoria*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Altamirano, Carlos (2001), *Bajo el signo de las masas*. Buenos Aires: Ariel.
- Álvarez, Emiliano (2007), “Los intelectuales del ‘Proceso’. Una aproximación a la trama intelectual de la última dictadura militar”. En *Políticas de la memoria* n° 6/7, Buenos Aires. Disponible en: <http://www.cedinci.org/politicas/PM6.pdf> pp.79-85.
- Ashford, Nigel y Davies, Stephen (1992), *Diccionario del pensamiento liberal y conservador*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Barrón, Luis (2001), “Liberales conservadores: Republicanismo e ideas republicanas en el siglo XIX en América Latina”. En *Latin American Studies Association*, Washington. Disponible en: <http://lasa.international.pitt.edu/lasa2001/barronluis.pdf>
- Barrón, Luis (2001), “Liberales conservadores: Republicanismo e ideas republicanas en el siglo XIX en América Latina”. En *Latin American Studies Association*, Washington.
- Baruch Bertocchi, Norberto (1988), *La cara civil de los golpes de Estado*. Buenos Aires: Editorial Galerna.

- Beltrán, Gastón (2005), *Los intelectuales liberales. Poder tradicional y poder pragmático en la Argentina reciente*. Buenos Aires: EUDEBA - Libros del Rojas.
- Berkowitz, Peter (2001), *El liberalismo y la virtud*. Santiago: Andrés Bello.
- Bianchi, Susana (2001), *Catolicismo y peronismo. Religión y Política en la Argentina. 1943-1955*. Buenos Aires: Trama - Prometeo.
- Blanco, Alejandro (2006), *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bohoslavsky, Ernesto (2009), *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Bohoslavsky, Ernesto y Morresi, Sergio (2011), “Las derechas argentinas en el siglo XX: ensayos sobre su relación con la democracia”. En *Iberoamérica Global*, vol. 4, n° 2, Jerusalén. Disponible en: http://media.wix.com/ugd/b9eda6_2c318a6175f5e20add9d74339d32de58.pdf
- Bonald, Louis de (1988), *Teoría del poder político y religioso*. Madrid: Tecnos.
- Botana, Natalio (1997), *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Botana, Natalio (1998), *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bourdieu, Pierre (1997), “La ilusión biográfica”. En *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (1999), *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bourdieu, Pierre (2000), “El campo intelectual: un mundo aparte”. En *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre (2002), *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires: Montessor.
- Bourdieu, Pierre (2007a), “La ilusión biográfica”. En *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2007b), *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2008), *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos* Madrid: Akal.

- Bruno, Paula (2007), “Un balance acerca del uso de la expresión *generación del 80* entre 1920 y 2000”. En *Secuencia* n° 68, México. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/3191/319127423004.pdf>
- Bunzel, John (1990), *Los intelectuales norteamericanos y las ideologías (1968-1988)*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Burgos, Raúl (2004), *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Burke, Edmund (1996), *Textos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bustos Domecq, Honorio (seud. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares) (1977), “La fiesta del Monstruo”. En *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*. Buenos Aires: Librería La Ciudad.
- Caimari, Lila (2010), *Perón y la Iglesia Católica. Religión, estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires: Emecé.
- Craiu, Aurelian (2003), *Liberalism under Siege: The Political Thought of the French Doctrinaires*. Oxford: Lexington Books.
- Canelo, Paula (2008a), *El proceso en su laberinto. La interna militar, de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo – IDAES – UNSAM.
- Canelo, Paula (2008b), “Las dos almas del Proceso. Nacionalistas y liberales durante la última dictadura militar argentina (1976-1981)”. En *Páginas* n° 1, Rosario.
- Canitrot, Adolfo (1980), “La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976”. En *Desarrollo Económico*, vol. XIX, n° 76, Buenos Aires.
- Carey, John (2009), *Los intelectuales y las masas. Orgullo y prejuicio en la intelectualidad literaria, 1880-1939*. Madrid: Siglo XXI.
- Castellani, Ana (2009), *Estado, empresas y empresarios. Difusión de ámbitos privilegiados de acumulación en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo.
- Cerruti, Gabriela (2010), *El pibe. Negocios, intrigas y secretos de Mauricio Macri, el hombre que quiere ser presidente*. Buenos Aires: Planeta.
- Charle, Christophe (2000), *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*. Madrid: Siglo XXI.

- Charle, Christophe (2009), *El nacimiento de los "intelectuales"*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Chesterton, Gilbert Keith (1998). *Ortodoxia*. México: Porrúa.
- Correas, Carlos (2011), *La manía argentina*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Craiu, Aurelian (2003), *Liberalism Under Siege: The Political Thought of the French Doctrinaires*. Oxford: Lexington Books.
- Dahl, Robert (1989), *La poliarquía. Gobierno y oposición*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- De Ípola, Emilio (2001), *Metáforas de la política*. Rosario: Homo Sapiens.
- De Ípola, Emilio y De Riz, Liliana (1982), "Un juego de cartas políticas. Intelectuales y discurso autoritario en la Argentina actual". En Camacho, Daniel (*et. al.*), *América Latina: ideología y cultura*. San José: Flacso.
- De Maistre, Joseph (1978), *Estudio sobre la soberanía*. Buenos Aires: Dicio.
- Devoto, Fernando (2006), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en Argentina. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Doman, Fabián y Olivera, Martín (1989), *Los Alsogaray. Secretos de una dinastía*. Buenos Aires: Aguilar.
- Dosse, Françoise (2007), *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: PUV.
- Dotti, Jorge (2000), *Carl Schmitt en la Argentina*. Rosario: Homo Sapiens.
- Eagleton, Terry (2005), *Ideología. Una introducción*. Barcelona: Paidós.
- Echeverría, Olga (2009), *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. Rosario: Prohistoria.
- Fazio, Mariano (2008), *Cristianos en la encrucijada. Los intelectuales cristianos en el periodo de entreguerras*. Madrid: RIALP.
- Fiorucci, Flavia (2011), *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*. Buenos Aires: Biblos.
- García Sebastiani, Marcela (ed.) (2006), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*. Barcelona: Iberoamericana.

- Gargarella, Roberto (2008), *Los fundamentos legales de la desigualdad. El constitucionalismo en América (1776-1860)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Georgieff, Guillermina (2008), *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en la Argentina (1960-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Ghirardi Enrique (1983), *La Democracia Cristiana*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- González Bombal, Inés (1991), *El diálogo político: la transición que no fue*. Buenos Aires: CEDES.
- Gramsci, Antonio (2006), *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gronzona, Ana (2011), "Las voces del desierto. Aportes para una genealogía del neoliberalismo como racionalidad de gobierno en la Argentina". En *Revista del CCC* vol. 4, Buenos Aires. Disponible en: http://www.centrocultural.coop/revista/articulo/271/las_voces_del_desierto_aportes_para_una_genealogia_del_neoliberalismo_como_racionalidad_de_gobierno_en_la_argentina_-1955-1975-.html
- Harbour, William (1985), *El pensamiento conservador*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Heredia, Mariana (2000), "La identificación del enemigo. La ideología liberal conservadora frente a los conflictos sociales y políticos en los años sesenta". En *Sociohistórica* n° 8, La Plata. Disponible en <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHn08a03/1831>
- Heredia, Mariana (2002), "Política y liberalismo conservador a través de las editoriales de la prensa tradicional en los años '70 y '90". En Levy, Betina (org.). *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano: lecturas políticas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Heredia, Mariana (2004), "El proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA". En Pucciarelli, Alfredo (coord.). *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Heredia, Mariana (2007), *Les metamorphoses de la representation. Les economistes et le politique en Argentine (1975-2001)*. París, Ecole del Hautes Etudes en Sciences Sociales, mimeo.
- Hobsbawm, Eric (2003a), *La era del imperio, 1875-1914*. Buenos Aires: Debate.
- Hobsbawm, Eric (2003b), *La era del capital*. Buenos Aires: Debate.
- Hobsbawm, Eric (2003c), *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Debate.
- Invernizi, Hernán y Judith Gociol (2002), *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Jarsic, Iván y Posada Carbó, Eduardo (2011), *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- King, John (1989), *Sur. Estudio de la revista argentina y su papel en el desarrollo de una cultura (1931-1970)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kozel, Andrés (2008), *La Argentina como desilusión. Contribución a la historia de la idea del fracaso argentino (1890-1955)*. México: Nostromo - UNAM.
- Lakoff, Sanford (1998), "Tocqueville, Burke, and the Origins of Liberal Conservatism". En *The Review of Politics*, vol. 60, n° 3, Cambridge.
- Llamazares Valduvico, Iván (1995), "Las transformaciones ideológicas del pensamiento liberal-conservador en la Argentina contemporánea: un examen del pensamiento político de Federico Pinedo y Álvaro Alsogaray". En *América Latina Hoy* n° 12, Salamanca. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30801214>
- Lvovich, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Javier Vergara - Ediciones B.
- Macpherson, Crawford Brough (1980), *Burke*. Madrid: Alianza.
- Manent, Pierre (1987), *Historia del pensamiento liberal*. Buenos Aires: Emecé.
- Marías, Julián (1967), *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Revista de Occidente.

- Marichal, Carlos (1980), *La revolución liberal y los primeros partidos políticos en España. 1834-1844*. Madrid: Cátedra.
- Mazzei, Daniel (1997), *Medios de comunicación y golpismo. El derrocamiento de Illia (1966)*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- McGee Deutsch, Sandra (2005), *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Mill, John Stuart (2005), *Sobre la libertad*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Montesquieu, Charles de (1984), *Del Espíritu de las Leyes*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Morresi, Sergio (2005), *O liberalismo desenquadrado. Uma crítica às leituras neoliberais do liberalismo classico*. San Pablo, Universidade de São Paulo, Teses doutoral, mimeo.
- Morresi, Sergio (2007), “Neoliberales antes del neoliberalismo”. En Soprano, Germán y Frederic, Sabina (orgs.). *Construcción de escalas en el estudio de la política*. Buenos Aires - Los Polvorines: Prometeo – Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Morresi, Sergio (2008), *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento - Biblioteca Nacional.
- Morresi, Sergio (2009), “Los compañeros de ruta del Proceso. El diálogo político entre las Fuerzas Armadas y los intelectuales liberal-conservadores”. Trabajo presentado en las *XII Jornadas Interescuelas de Historia*, Bariloche. Disponible en: http://www.researchgate.net/publication/255483892_Los_compaeros_de_ruta_del_Proceso._El_dilogo_politico_entre_las_Fuerzas_Armadas_y_los_intelectuales_liberal-conservadores
- Morresi, Sergio (2010), “El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional”. En *Sociohistórica* n° 27, La Plata. Disponible en <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/n27a04/299>
- Morresi, Sergio (2011), “Las raíces del neoliberalismo argentino (1930-1985)”. En Rossi, Miguel y López, Andrea. *Crisis y metamorfosis del Estado argentino. El paradigma neoliberal de los noventa*. Buenos Aires - Luxemburg.

- Muleiro, Vicente (2011), *1976. El golpe civil*. Buenos Aires: Planeta.
- Nallim, Jorge (2002), *The Crisis of Liberalism in Argentina. 1930-1946*. Pittsburg, University of Pittsburg, Tesis PHD, mimeo.
- Nallim, Jorge (2014), *Transformación y crisis del liberalismo. Su desarrollo en la Argentina en el periodo 1930-1955*. Buenos Aires: Gedisa.
- Nash, George (1987), *La rebelión conservadora en los Estados Unidos*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Neiburg, Federico (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires: Alianza.
- Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (2004). "Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad". En Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (Comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Nino, Carlos (1990), "Liberalismo conservador: ¿liberal o conservador?". En *Revista de Ciencia Política*, Vol. XII, n° 1-2, Buenos Aires.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003), *La dictadura militar argentina. 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- Oakeshott, Michael (2001), *El racionalismo en política y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Orbe, Patricia (2006), "La concepción política de Jacques Maritain, eje de una controversia católica". En Biagini, Hugo y Roig, Arturo (Dirs.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II*. Buenos Aires: Biblos.
- Ortega y Gasset, José (1976), *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, José (1992), *La rebelión de las masas*. Madrid: Planeta.
- Ortega y Gasset, José (2005), "Generación contra generación". En *Los escritos de José Ortega y Gasset en La Nación*. Buenos Aires: La Nación.
- Ory, Pascal y Sirinelli, Jean-François (2007), *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*. Valencia: PUV.
- Ovejero, Félix (2008), *Incluso un pueblo de demonios. Democracia, liberalismo y republicanism*. Madrid: Katz.

- Palti, Elías (2005), “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’”. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano”. En *Anales*, n° 7-8, Göteborg. Disponible en: https://gupea.ub.gu.se/bitstream/2077/3275/1/anales_7-8_palti.pdf
- Pettit, Philippe (1999), *Republicanism: una teoría sobre la libertad y el gobierno*. Barcelona: Paidós.
- Piñeiro Pacheco, Raúl (1981), *La degeneración del 80*. Buenos Aires: El Cid Editores.
- Pocock, John G. A. (2003), *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid: Tecnos.
- Ponza, Pablo (2010), *Intelectuales y violencia política (1955-1973). Historia intelectual, discursos políticos y concepciones de lucha armada en la Argentina de los sesenta-setenta*. Córdoba: Babel.
- Potash, Robert (1994), *El ejército y la política en la Argentina. 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Primera parte, 1962-1966*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Pucciarelli, Alfredo (Coord.) (2011), *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Quiroga, Hugo (2004), *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares. 1976-1983*. Rosario: Homo Sapiens.
- Reato, Ceferino (2013), *Disposición final. La confesión de Videla sobre los desaparecidos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Remond, René (1982), *La Droite en France de 1815 à nos jours. Continuité et diversité d’une tradition politique*. París: Aubier-Montaigne.
- Rodríguez, Laura Graciela (2011), *Católicos, nacionalistas y políticas educativas durante la última dictadura (1976-1983)*. Rosario: Prohistoria.
- Rouquié, Alain (1982), *Poder militar y sociedad política en la Argentina. II: 1943/1973*. Buenos Aires: Emecé.
- Rouquié, Alain (1984), *El Estado militar en América Latina*. Buenos Aires: Emecé.

- Rouquié, Alain (1994), “La tentación del catolicismo nacionalista en la República Argentina”. En *Autoritarismos y democracia. Estudios de política argentina*. Buenos Aires: Edicial.
- Rubinich, Lucas (2002), “La modernización cultural y la irrupción de la sociología”. En James, Daniel, *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Saitta, Sylvia (2004), “Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965)”. En Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano, *Intelectuales y expertos. La constitución del pensamiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Schmitt, Carl (2006), *Concepto de lo político*. Buenos Aires: Struhart.
- Scharzner, Jorge (1986), *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires: Hyspamerica.
- Seoane, María y Muleiro, Vicente (2001), *El Dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Sigal, Silvia (2002a), *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sigal, Silvia (2002b), “Intelectuales y peronismo”. En Torre, Juan Carlos (Dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sivak, Martín (2004), *El Doctor. Biografía no autorizada de Mariano Grondona*. Buenos Aires: Aguilar.
- Skinner, Quentin (2004), *La libertad antes del liberalismo*. México: Taurus.
- Skinner, Quentin (2007), *Lenguaje, política e historia*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- Smith, James (1994), *Intermediarios de ideas. Los “grupos de expertos” (Think Tanks) y el surgimiento de la nueva elite política*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Spinelli, María Teresa (2005), *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “Revolución Libertadora”*. Buenos Aires: Biblos.
- Strauss, Leo (2007), *Liberalismo antiguo y moderno*. Buenos Aires: Katz.

- Strauss, Leo y Voegelin, Eric (2009), *Fe y filosofía. Correspondencia 1934-1964*. Madrid: Trotta.
- Svampa, Maristela (2006), *El dilema argentino. Civilización o barbarie*. Buenos Aires: Taurus.
- Terán, Oscar (1983), “El error Massuh”. En *Punto de Vista* n° 17, Buenos Aires.
- Terán, Oscar (1991), *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina. 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur.
- Tocqueville, Alexis de (2006), *El Antiguo Régimen y la Revolución*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tocqueville, Alexis de (2010), *La democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, Tzvetan (1999), *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista*. Barcelona: Paidós.
- Traverso, Enzo (2001), *El totalitarismo. Historia de un debate*. Buenos Aires: Eudeba.
- Turolo, Carlos (1996), *De Isabel a Videla. Los pliegues del poder*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Vicente, Martín (2008), *Rastros de azufre. La intelectualidad del liberal-conservadurismo argentino, entre la obturación retrospectiva y las lógicas de la última dictadura militar*. Buenos Aires, IDAES-UNSAM, Tesis de Maestría, mimeo.
- Vicente, Martín (2011), “‘¿Tú también, Bruto?’ Críticas liberales a un programa liberal. El plan de Martínez de Hoz según Alsogaray, Benegas Lynch y García Belsunce en *La Prensa* (1976-1981)”. En *Question*, vol. 1, n° 32, primavera, La Plata, pp. 1-14. Disponible en http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/34650/Documento_completo.pdf?sequence=1
- Vicente, Martín (2012), “El fundamento religioso del elitismo en los intelectuales liberal-conservadores argentinos en la década de 1970. Los casos de Jorge L. García Venturini y Víctor Masuh”. En *Papeles de Trabajo*, n° 9, junio de 2012, pp. 179-197. Disponible en http://www.idaes.edu.ar/papelesdetrabajo/paginas/Documentos/N9/Papeles_09_09_Vicente.pdf

- Vicente, Martín (2013), “Los furores de una demagogia destructora’: sociedad de masas, liderazgo político y Estado en la trayectoria político-intelectual de Federico Pinedo”. En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, actualización julio 2013, París, pp. 1-19. Disponible en <http://nuevomundo.revues.org/65654>
- Vicente, Martín (2014a), “Trazando círculos cuadrados: en torno al liberal-conservadurismo como ideología”. En *Intersticios*, vol. 8, n° 1, marzo de 2014, Madrid, pp. 73-94. Disponible en <http://www.intersticios.es/article/view/11336/8700>.
- Vicente, Martín (2014b), *Una opción, en lugar de un eco. Los intelectuales liberal-conservadores en la Argentina, 1955-1983*. Buenos Aires, FCSOC-UBA, Tesis Doctoral, mimeo.
- Vicente, Martín (2014c), “El cuerpo roto de la Nación Católica: del humanismo cristiano a los intelectuales liberal-conservadores en el momento posperonista”. En *PolHis* n° 13, Buenos Aires. Disponible en http://archivo.polhis.com.ar/datos/Polhis13_VICENTE.pdf.
- Winock, Michel (2010), *El siglo de los intelectuales*. Barcelona: Edhasa.
- Zanatta, Loris (1995), *Perón y el mito de la Nación Católica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Zanca, José (2006), *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad. 1955-1966*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zanca, José (2013), *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zizek, Slavoj (2003), *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

El autor

Martín Alejandro Vicente es licenciado en Comunicación Social (FCECS-USAL, 2006), magíster en Ciencia Política (IDAES-UNSAM, 2009) y doctor en Ciencias Sociales (FSOC-UBA, 2014). Es becario posdoctoral del CONICET en el IDH-UNGS. Sus temas de trabajo han transitado por la historia político-intelectual de las derechas argentinas, con especial atención a las tradiciones liberales, y actualmente se centran en el catolicismo democrático y la revista *Orden Cristiano*. Sobre estos temas ha publicado trabajos en libros colectivos y en revistas especializadas de Argentina, Brasil, Estados Unidos y Francia, entre otros países.

Colección
Entre los libros de
la buena **MEMORIA**

El presente trabajo analiza el rol de la intelectualidad liberal-conservadora argentina ante la última dictadura, el "Proceso de Reorganización Nacional" (1976-1983). El libro estudia las posiciones e intervenciones de un conjunto de catorce actores: Álvaro Alsogaray, Alberto Benegas Lynch, Germán Bidart Campos, Horacio García Belsunce, Jorge Luis García Venturini, Mariano Grondona, Juan Segundo Linares Quintana, Mario Justo López, José Alfredo Martínez de Hoz, Víctor Massuh, Jaime Perriau, Ambrosio Romero Carranza, Carlos Sánchez Sañudo y Ricardo Zinn. La elección de estos nombres implica considerar un abanico amplio de trayectorias que componen figuras intelectuales de diversidad, unidas sin embargo por muchos más vínculos que la adscripción política. La obra se interna en la historia político-intelectual de un espacio ideológico aún poco explorado desde los estudios sobre la intelectualidad, las derechas y la propia dictadura, reponiendo los diversos espacios ocupados por estos hombres, sus proyectos, coincidencias, polémicas y desencantos en un momento clave de la historia argentina.